



ÓNOMASTICA
T. 5
V. 3
ER 1817 DE

861.98

239



1080018928



EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO DE HESLUYCA UNIVERSITARIA

3-03-83 MICROFILMADO R-57

POESÍAS

SELECTAS CASTELLANAS,

Desde el tiempo de Juan de Mena,
hasta nuestros días,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

TERCERA EDICIÓN.

TOMO TERCERO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO VALDES"
1926 1928 MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valdes y Tolosa

MADRID, CAS

POR GOMEZ FUENIENEYRO Y COMPAÑIA.

1817.

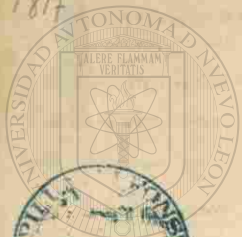
10108

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas.	
Núm. Autor	
Núm. Edic.	10108
Núm. Vol.	3
Núm. Ejemplar	

WICKS, JUAN DO
POESÍAS CASTELLANAS
TOMO TERCERO
10108

Pa 6176
85
v.3
1817



FON. RIO
VALVERDE Y TELLEZ

132859

CONTINUACION

DE LAS POESÍAS

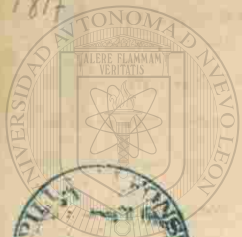
DE LOPE DE VEGA

CANCIÓN I.

O libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra,
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sur entre su nisar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo,
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal aparta y a tu leño nos llamas,
En ti solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.
Quando de las luminas
Timidas vi del cielo
La luz, principio de mis dulces dias,
Aquellas tres hermanas,
Tomo III.

i*
010108

Pa 6176
85
v.3
1817



FON. RIO
VALVERDE Y TELLEZ

132859

CONTINUACION

DE LAS POESÍAS
DE LOPE DE VEGA

CANCIÓN I.

O libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra,
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sur entre su nisar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo,
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal aparta y a tu leño nos llamas,
En ti solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.
Quando de las luminas
Timidas vi del cielo
La luz, principio de mis dulces dias,
Aquellas tres hermanas,
Tomo III.

i*

010108

Que nuestro humano velo
 Tejiendo llevan por inciertas vías,
 Las duras penas mías
 Trocáran en la gloria,
 Que en libertad poseo
 Con siempre igual deseo;
 Donde vera por mi dichosa historia,
 Qué mas leyere en ella,
 Que es dulce libertad lo ménos della.

Yo pues, señor exento
 De esta montaña y prado,
 Goto la gloria y libertad que sengo;
 Soberbio pensamieto
 Jamas la derribado.
 La vida humilde y pobre que entretengo;
 Quando á las manos vengo
 Cón el muchacho ciego,
 Haciendo rostro embuto,
 Venzo, triunfo y reueto
 La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
 Y con libre albedrio

Llora el ageno mal, y espanto el mio.

Quando la suroza baña
 Con helado rocío
 De aljófar celestial el monte y prado,
 Salga de mi cabana
 Riberas deste río
 A dar el nuevo pasto á mi ganado:
 Y quando el sol dorado

Muestra sus fuerzas graves,
 Al sueño el pecho inclino
 Deixo un saute ó pino,
 Oyendo el son de las parleras aves,
 O ya gozando el aura,
 Donde el perdido aliento se restaura.

Quando la noche obscura
 Con su estrellado manto
 El claro día en su tiniebla encierra,
 Y suena en la espesura
 El tenebrosa canto
 De los nocturnos hijos de la tierra,
 Al pie de aquesta sierra
 Con rústicas palabras
 Mi ganadillo cuento;
 Y el corazón contento
 Del gobierno de ovejas y de cabras,
 La temerosa cuenta
 Del cuidadoso Rey mi representá.

Aquí la verde pera
 Con la manzana hermosa
 De gualda y roja sangre matizada,
 Y de color de cera
 La cermeña olorosa
 Tengo, y la entruña de color morada;
 Aquí de la enramada
 Parra que el olmo enlaza
 Melosas uvas cojo,
 Y en cantidad recojo,

Al tiempo que las ranas descuelara
 El caluroso estío,
 Membrillos que coronan este río.
 No me da descuento
 El hábito costoso
 Que de lascivo el pecho noble infama:
 Es un dulce sustento
 Del campo generoso
 Estas silvestres frutas que derrama:
 Mi regulada cama
 De blandas pieles y hojas,
 Que algun Rey la envidiara,
 Y de ti, fuente clara,
 Que hallando el arena y agua arroja,
 Estos cristales puros,
 Sustentos pobres, pero bien seguros.
 Estése el cortetano
 Procurando á su gusto
 La blanda cama y el mejor sustento,
 Bese la ingrata mano
 Del poderoso injusto,
 Formando torres de esperanza al vicario,
 Viva y muera sediento
 Por el honoroso oficio,
 Y goze yo del surto
 Al ayre, al sol, al hiello
 Ocupado en mi rústico exercicio,
 Que mas vale pobreza
 En paz, que en guerra quisiera riqueza.

Ni temo al poderoso,
 Ni al rico fisoagro,
 Ni soy comalcion del que gobierna:
 Ni me tiene envidioso
 La ambicion y deseo
 De agena gloria, ni de fama eterna:
 Carne salrosa y tierna,
 Vino aromatizado,
 Pan hisano de aquel dia,
 En prado, en fuente fria,
 Halla un pastor con hambre fatigado,
 Que el grande y el pequeño
 Somos iguales lo que dura el sueño.

CANDIDON II.

Por la florida orilla
 De un claro y manso río
 De salvia y de verbena coronado,
 Al tiempo que se humilla
 Al planeta mas frío
 Con templado calor el sol dorado,
 Libite, solo y aruido
 De acero olvido y nieve,
 Pasaba peregrino
 Ya fuera del camino
 Del juvenil ardor que el pecho mueve,
 Quando al salir Apolo,
 Un niño vi venir desnuda y solo.

Rubio el cabello de oro
 Con una cinta preso,
 Que los hermosos ojos le cubría,
 Y como Alarbe ó Moro,
 De innumerable peso
 Un corcax que del cuello le pendía,
 Y como quiza vivía
 De saltar los hombres
 Un arco puesto á punto:
 Mas quando le pregunto
 Que me diga sus titulos y nombres,
 Respóndeme arrogante
 Niño en la vista, y en la voz gigante:
 Yo soy aquel que suelo
 Con apacible guerra,
 Con alegre dolor y dulces males,
 Desde el supremo cielo
 Hasta la baxa tierra,
 Herir los dioses, hombres y animales:
 Transformaciones tales
 Jamas Circe las supo,
 Porque un hechizo formo
 Con que nullo y transformo.
 Qualquiera ser que de mi fuego ocupo;
 Y al alma que condeno
 La hago yo vivir en cuerpo ageno.
 Fácil tengo la entrada,
 Difícil la salida,
 Ablandame el desprecio y causa el ruego,

Ni hay alma tan helada,
 O en piedra convertida,
 Que no enternezca mi amoroso fuego.
 Por eso rinde luego
 Las armas arrogantes:
 De que vas victorioso:
 Que el rayo mas furioso
 Se templea con mis flechas penetrantes,
 Y lloran mis agravios
 Igualmente los fuertes y los sabios.

Yo respóndele entónces:
 Mal me conoces, niño,
 Mira que soy un Capitan valiente
 Que en marciales y brances,
 Con esta que me ciño,
 Hago escribir mis hechos á la gente:
 ¿Como tu fuego ardiente,
 O tus blandos suspiros
 Pueden temer los brazos
 Que han visto en mil pedruzos
 Burlar tanto esquadron entre los tiros
 De la pólvora fiera,
 Que vence el fuego de su misma esfera?

Yo al duro helado invierno,
 Y al verano alzizado
 De iguales armas y valor vestido,
 Llevando á mi gobierno
 El esquadron formado,
 Tanta varia nacion he combatido,

Que tengo convertido
 En dero acero el peno :
 Por eso en paz te torna ,
 Que mi espada no adorna
 Las puertas de tu templo sin provelo ,
 Ni pudiese tales ojos
 Humillarse á tus lágrimas y enojos.

Así le replicaba ,
 Quando di entre unas yedras
 Una hermosa celestial salía ,
 Que no lo que miraba ,
 Pero las mismas piedras
 En ceniza amorosa convertía :
 Amor que ya me via
 Con pensamientos vanos
 Aperchibir defensa ,
 A la primera ofensa ,
 Me derribó la espada de las manos
 Y en viéndome tan ciego
 Lloré, rendime y abrase me luego.

Tu esto al verde llano

Un carro victorioso
 Dos tigres ya domesticos traxéron :
 Así el amor la mano
 De aquel rostro amoroso ,
 Y juntos á su trono se subieron :
 Y los que allí me vieron ,
 Entre sus picas me ataron ,
 Y al fin sus ruedas fieras

Mis armas y banderas
 Por despojos vencidos adornáron ,
 Llevándome cautivo
 Adonde agora lloro, mnero y vivo.
 Mas todo vencimiento es mas victoria :
 Y aquesta pena es gloria ,
 Con solo que me mire Isabels un día,
 Y entre sus ojos arda el alma mia.

CANCION III.

Ya mis ruegos oyéron ,
 Lidia, los cielos, y mis votos justos
 Alegre fin tuvieron ,
 Pues truceas en disgustos
 Tus verdes años y tus verdes gustos ,
 En fin envejecistes ,
 En fin llegó el estío de tus años :
 La fama que tuvistes
 En propios y en extraños
 Creció nuestras venganzas y tus daños.

Amanecía en tu cara

Un sol, que el mundo en vivo fuego ardia ,
 Corrió la edad avata ,
 Pasó ligero el día ,
 Y vino en su lugar la noche fría.

Cerróse el lirio ufano
 Con la tiniebla del oscuro cielo ,
 Y el almendro temprano
 Marchito con el yelo
 Sembró de flores el desierto suelo.

Esfuérzaste lorana
A parecer muchacha á los que miras,
Mas ya tu frente caña
Nos dice que aspiras
Quando al espejo miras, y te admiras.

Ha hecho diferentes
La edad, que sola el alma inmortaliza,
Tu bella boca y dientes,
Y el ver atemortiza
Carbon las perlas, y al coral ceniza.

¿Adonde huyó la nieve
Que derretía el fuego de tus ojos?
Mas ay! que el tiempo breva
Sellando tus despojos
Pasó la nieve á los cabellos rojos.

La grana en Tiro sola
Vencieron tus mullas, ya no vences
La inútil ampolla,
Para que te avergüences
De tus engaños, y á llorar comiences.

La cándida azucena,
La tersa plata y el marfil bruñido,
La limpia y blanca arena,
Al cuerpo que has tenido
Comparadas, dexáron ofendido.

Mas ya todo lo pierdes,
Y allí tus esperanzas se perdiéron,
Porque si de hojas verdes

Las

Las plantas se vistieron,
Los hombres nunca son lo que ántes fueron.

Podrás, hermosa Lidia,
Que de tus gustos es remedio en parte,
De Circe, y de Candida
Si quieres enseñarte,
Cobrar la fama, y sprender el arte.

Y ya que la hermosura
No tiene aquí poder, cuya violencia
Volvió de piedra dura
Taata mortal presecucia,
Lo que hizo la hermosura líbrá la ciencia.

Que ya los que penamos
Por esos ojos que ninguno crea,
Con risa nos vengamos
De la sierpe Lerna,
Que Hércules mató, y el tiempo afez.

CANCION IV.

La verde primavera
De mis floridos años
Pasé cautivo, amor, en tus prisiones,
Y en la cadena fiera
Cantando mis engaños,
Lluré con mi razón tus sutrezoues
Amargas confusiones
Del tiempo que ha tenido
Ciega mi alma, y loco mi sentido.

Tomo III,

2

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tolbez

Mas ya que el fiero yugo
 Que la cerviz domaba
 Desata el desengaño con tu afrenta;
 Y al mismo sol enxugo
 Que un tiempo me abrasaba,
 La ropa que saqué de la tormenta;
 Con voz libre y exenta
 Al desengaño santo
 Consagro altares y alabanzas canto.

Quisito contento encierra
 Contar en herida el sano,
 Y en la patria su cárcel el cautivo.
 Entre la paz la guerra,
 Y el libre del tirano,
 Tanto en cantar mi libertad recibo,
 ¡O mar! ¡o fuego vivo!
 Que fuiste al alma mis
 Herida, cárcel, guerra, tiranía.

Quédate, falso amigo,
 Para coger a aquellos
 Que siempre están contentos y quejosos;
 Que desde aquí mal digo
 Los mismos ojos bellos,
 Y aquellos lezos dulces y autorosos,
 Que un tiempo tan hermosos
 Tuvieron, aunque injusto,
 Asida el alma y engusado el gusto.

HIMNO.

Al Amor.

Amor poderoso en el cielo y tierra,
 Dulcísima guerra de aquestos sentidos,
 ¡O quantos perdidos con vida inquieta
 Tu imperio sujeta!

Con vanos deleytes y locos empleos,
 Ardientes deseos y helados temores,
 Alegres dolores y dulces engaños
 Usurpax los años.

Tirano violento de tiernas edades,
 El bien persumes y al mal precipitas,
 El fin sollicitas del mismo a quien quieres,
 ¡Tan bárbaro eres!

Huid sus engaños, haced resistencia
 A tanta violencia, ó locos amantes,
 Que son semejantes al éspid en flores
 Sus vanos favores.

Templa las flechas en agua de olvido,
 Amor bien nacido, de iguales extremos,
 Porque cantemos tus loores divinos
 En sáficos himnos.

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
 UNIVERSIDAD DE LEÓN

UNIVERSIDAD DE LEÓN
 BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

ESTANCIAS.

Riberas del humilde Manzanares
 Apacentaba una Pastora hermosa,
 Que trasladada del famoso Henares
 Honraba su corriente sonora:
 Donde con voces tiernas y dulces
 Se queja Filomela lastimosa,
 Hay una fuente cristalina y fría
 En cuyo espejo el sol comienza el día.

Tirano de su gusto y hermosura
 Un rústico Pastor era su dueño,
 Que toda la aspereza y espesura
 Del bosque inculto retrató en su ceño:
 Al rayo de su luz hermosa y pura
 Desvelado Lizardo pierde el sueño,
 Celebrando su nombre en versos graves
 Como al salir del sol cantan las aves.

O mas hermosa Pastorcilla mía,
 Que entre claveles cándida azucena
 Alas las hojas al nacer el día,
 De granos de oro, y de cristales llena:
 ¿Que fuerza, que rigor, que tiranía
 A tanta desventura te condena?
 ¿Mas quando á tantas gracias importuna
 No fué madrastra la cruel fortuna?

¿Visteis por dielos, Ninfas, la belleza
 En este valle de sus verdes cielos,

Si aquel alma de roble, y su aspereza
 Esta licencia permitió á sus celos?
 Aquí vimos, respondien, su tristeza
 Murmurada de tantos arroyuelos,
 Que á las aguas, las plantas y las flores
 Dió vida, dió esperanzas, dió colores,

En esta fuente, cuya márgen pia
 Tal vez con breve estampa el pie de nieve,
 En la del agua retrató su rísa
 Y con sus rosas su hermosura bebe:
 Tuviera el valle nueva flor Narcisa,
 Pues á mirarse Florida se atreve,
 Pero turbó el cristal llorando enojos
 El claro aljófar de sus verdes ojos.

No pudiendo Lizardo resistirse
 A tanto amor, y por ventura amado,
 Con dulces ansias intento morirse
 Sobre las yerbas del florido prado:
 Que imaginando un Angel consumirse,
 Que debiera vivir bien esculpido
 Por lo ménos garandola un discreto,
 Su desesperacion puso en efecto.

Las Ninfas y Pastores que le oyeron,
 Viendo que su Pastor se les moría,
 Baxáron á llorarle, y le cubrieron
 De quantas flores en el prado había:
 Y en el papel de un álamo escribiéron
 Para memoria de aquel triste día,

Ninfas de Manzanares, y Pastores,
Ya no hay amor, que aqui murió de amores.

Oyó las quejas la Serrana hermosa,
Y llegando al lugar adonde estaba,
Al frio labio le aplicó la rosa,
Que los divinos rayos animaba:
Y fue aquella virtud tan poderosa,
Que le dió vida al tiempo que espiraba,
Y desde entonces Ninfas y Pastores
A desmayos de amor aplican flores.

ROMANCES.

I.

Enfrente de la cabina
De la divina Amarillis,
Pastora de tiernos años,
Y de pensamientos libres:
Mas gallarda y mas heruosa
Que el alba quando se ríe,
Y que las perlas que llora
Sobre rozas y jazmines:
Mas que el sol recién nacido
Entre dorados matices,
Mas que la diosa á quien llevan
Las palomas, ó los cisnes:
Estaba Fabio, un pastor
Que por ella muere y vive,
Generoso para todos,

Para Amarillis humilde.
Altivo de pensamientos,
Que le fuerzan que al sol mire,
Y encogido de esperanzas
Que las alas le derriten.
Adorando está las rejas
De aquellos rayos eclipse,
Que como están entre yerbas,
No la luz, la fuerza impide.
No hay pintada mariposa
Que mas á la luz se inclino
Dando tornos á su fuego
Que Fabio á su cielo aniste.
Vase perdido el ganado
Entre las zarzas y mimbres,
Porque él piensa que lo está,
Como la contempe y mire.
No sabe quando anochece,
Aunque el sol se ponga y quite,
Que solo tiene por dia
Quando amanece Amarillis.
Alli los pasa elevado,
Que como en ella imagine,
No hay interes que le mueva,
Ni cuidados que le obliguen.
No le sirven sus pastores,
Después que á Amarillis sirve,
Que no piensan que aquel cuerpo
Aluz tiene que le anime.
Mira los álamos blancos

Abrazados de los vides,
 Porque la desconfianza
 No hay estado que no evulsa;
 Y dando entre tierno llanto
 Suspiros del alma, dice:
 ¡Ay! ¿Que así esta mi pastora
 Entre los brazos de Tirse?
 Toma á besar con mas fuerza,
 Y la ribera repite,
 Tirse, Amarillo y Fabio;
 Tirse alegre, Fabio triste.
 Humilde soy para tí,
 El tierno pastor prosigue,
 Pero si es riqueza el alma,
 Pastora, el alma me pide.
 Tú eres perlas, tú eres oro;
 Tú diamantes, tú rubies,
 Quien no te sirve con alma,
 Mas te ofende que te sirve.
 Yo mientras rijo este cuerpo,
 Si no eres tú quien te rige,
 Alma te doy, si eres Cielo,
 Razón es que el alma estimes.
 Dixo, y en un aliso verde
 Estas palabras escribe:
 Quanto es amarillo bello,
 Es Fabio en amarla firme.

II.

En una peña sentado,
 Que el mar con soberbia furia
 Convertir pensaba en oga
 Y la descubrió mas dura,
 Fabio miraba en las olas
 Como la playa les hurta
 A las que vianen la plata,
 Y las que se van la espuma.
 Contemplando está las penas
 De amor y de olvido juntas,
 El olvido en las que mueren,
 Y el amor en las que duran,
 Verdades de largo amor
 No hay olvido que las cubra,
 Ni diligencias humanas
 A desdenosas injurias.
 En vano ruegos humildes
 Las desidades importunan,
 Porque se rien los cielos
 De los amantes que juran.
 Desea amor olvidar,
 Y no quiere que se cumpla,
 Porque nunca esté mas firme,
 Que pensando que se muda.
 Naturaleza se alabe
 De discretas hermosuras,
 Pero quando sou tiranas,
 No se alabe de ninguna.

Tomó Fabio su instrumento,
Y dixo á las penas mudas
Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciesen suyas,

III.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene el Aldea,
Donde vivo y donde muero;
Que con venir de mí mismo
No puedo venir mas lejos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Fará castivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Como se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De quantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un secreto.

La diferencia conozco
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
O sabe naturaleza
Mas que supo en este tiempo;
O tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dixo un Filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo mas es ménos.
No me precio de entendido,
De despreciado me precio,
Que los que no son dichosos,
¿Como pueden ser discretos?
No puede dudar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
Ver que todos le perdamos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de ménos.
Dixéron, que antiguamente
Se fué la verdad al Cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entónces no ha vuelta.
En dos edades vivimos
Los propios y los ajenos,

Lá de plata los extraños,
 Y la de cobre los nuestros.
 ¿A quien no dará cuidado,
 Si es Español verdadero,
 Ver los hombres á lo antiguo
 Y el valor á lo moderno?
 Dixo Dios, que comeria
 Su pan el hombre primero
 Con el sudor de su cara
 Por quebrar su mandamiento:
 Y algunos inobedientes
 A la vergüenza y al miedo,
 Con las prendas de su honra
 Han trocado los efectos.
 Virtud y Filosofía
 Peregrinan como ciegos:
 El uno se lleva al otro,
 Llorando van y pidiendo.
 Dos Polos tiene la tierra,
 Universal movimiento,
 La mejor vida el favor,
 La mejor sangre el dinero.
 Oyo túner las campanas,
 Y no me espanto, aunque puedo,
 Que en lugar de tantas cruces
 Haya tantos hombres muertos.
 Mirando estoy los sepulcros,
 Cuyos mármoles eternos
 Están diciendo sin lengua
 Que no lo fueron sus dueños.

¡O bien laya quien los hizo!
 Porque solamente en ellos
 De los poderosos grandes
 Se vengaron los pequeños.
 Fea pinta á la envidia:
 Yo confieso que la tengo
 De unos hombres que no saben
 Quin vive pared en medio.
 Sin libros y sin papeles,
 Sin tratos, cuentas ni cuentos,
 Quando quieren escribir,
 Piden prestado el tintero.
 Sin ser pobres, ni ser ricos,
 Tienen chimeras y hurtos:
 No los despiertan cuidados,
 Ni pretensiones, ni pleytos.
 Ni murmuraron del grande
 Ni ofendieron al pequeño,
 Nunca como yo firmaron
 Parabien, ni Pascuas dieron.
 Con esta envidia que digo,
 Y lo que paso en silencio
 A mis soledades voy,
 De mis soledades vengo.

ODAS.

A la Barquilla.

I.

Pebre Barquilla mía,
 Entre peñascos rota,
 Sin velas desvelada,
 Y entre las olas sola,
 ¿Adonde vas perdida?
 ¿Adonde, di, te enguiffas?
 Que no hay dioses cuerdos
 Con esperanzas locas.
 Como las altas naves
 Te apartas animosa
 De la vecina tierra,
 Y el fiero mar te arroja:
 Igual en las fortunas,
 Mayor en las congojas,
 Pequeña en las defensas
 Incitas á las ondas.
 Advierte que te llevan
 A dar entre las rocas,
 De la soberbia envidia,
 Naufragio de las honras.
 Quando por las riberas
 Andabas costa á costa,
 Nunca del mar temiste
 Las iras procelosas.
 Segura navegabas ¡

Que por la tierra propia
 Nunca el peligro es mucho
 Adonde el agua es poca
 Verdad es, que en la patria
 No es la virtud dichosa;
 Ni se estimó la perla,
 Hasta dexar la concha.
 Dirás, que muchas barcas,
 Con el favor en popa,
 Saliendo desdichadas
 Volviéron venturosas.
 No mires los exemplos
 De las que van y tornan,
 Que á muchas ha perdido
 La dicha de las otras.
 Para los altos mares
 No lleras cautelosa,
 Ni velas de mentiras,
 Ni remos de lisonjas.
 ¿Quien te engañó, Barquilla?
 Vuelve, vuelve la proa,
 Que presumir de nave
 Fortunas ocasiona.
 ¿Que xarcas te entretexen?
 Que ricas vanderulas
 Asote son del viento,
 Y de las aguas sombra?
 ¿En que gubia descubres,
 Del árbol alta copa,
 La tierra en perspectiva

Del mar incultas orlas?
 ¿En que celages fundas,
 Que es bien cchar la scuola,
 Quando perdido el rumbo
 Erraste la derota?
 Si te sepulta arena,
 ¿Que sirve ilmo herovra?
 Que nunca desdichados
 Sus pensamientos logran.
 ¿Que importa que te ciñan
 Ramas verdes o roxas,
 Que en selras de corales
 Salada ceped brota?
 Laureles de la orilla
 Solamente coronan
 Navios de alto bordo,
 Que xarcias de oro adornan.
 No quieras que yo sea,
 Por tu soberbia pompa,
 Fastonte de barqueros,
 Que los laureles flozan.
 Pasaron ya los tiempos,
 Quando lamiendo rosas
 El Céfiro bullia
 Y suspiraba aromas.
 Ya fieros urscanes
 Tan arrogantes soplan,
 Que calcipando estrellas,
 Del sol la frente mojan,
 Ya los valientes rayos

De la volcans furja,
 En vez de torres alias
 Abrasan pobres chozas.
 Contenta con tus redes
 A la playa arrojosa
 Mojado me sacabas;
 Pero vivo, ¿que importa?
 Quando de roxo nizar
 Se afeytaba la Aurora,
 Mas peces te llenaban,
 Que ella lloraba aljófar.
 Al bello sol, que astoro,
 Excusa ya la ropa
 Nos daba una cubañ
 La cama de sus hojas.
 Esposo me llamaba,
 Yo la llamaba Esposa,
 Parándose de envidia
 La celestial antoscha.
 Sin pleyto, sin disgusto,
 La muerte nos divorcia:
 ¡Ay de la pobre barca,
 Que en legtimas se aloga!
 Quedad sobre el arca,
 Inútiles erotas,
 Que no ha menester velas
 Quien a su lieu no torna.
 Si con eternas plantas
 Las fixas lienzas doras,
 ¡O dueño de mi barca!

Y en dulce paz reposas ;
 Merezca que te pidas
 Al bien que eterno gozas ,
 Que adonde estás me lleva
 Mas pura y mas hermosa.
 Mi honesto amor te oblique ,
 Que no es digna victoria
 Para quejas humanas
 Ser las deidades surdas .
 ¡ Mas ay que no me escuchas !
 Però la vida es corta ,
 Viviendo todo falta ,
 muriendo todo sobra .

II.

Para que no te rayas ,
 Póbre Barquilla á pique ,
 Lastremos de desdichas
 Tu fundamento triste .
 Però tan grave peso
 Cómo podrás sufrirle ?
 Si fuera de esperanzas
 No fuera tan difícil .
 De viento fueran todas ,
 Para que no te fies
 De grandes Oceanos ,
 Que las bonanzas ligen ,
 Halagan las orillas
 Con ondas apacibles ,
 Pezando las arenas

Con círculos sutiles .
 Serenas de semblante
 Engañan los espigiles ,
 Jugando con los remos ,
 Porque no los ayisen .
 Però en llegando al golfo ,
 No ay monte que se empina
 Al Cielo mas gigante ,
 Adonde tantos gimen .
 Traydoros son las aguas :
 Ninguna se confie
 De condiccion tan facil ,
 Que á todos vientos sirve .
 Tan presto ver el cielo
 Á las gabias permite ,
 Como que los abismos
 Las rotas quillas pierda ,
 Yo , pobre leño mio ,
 Que tantos años foiste
 Desprecio de las orillas ,
 Por Seixas y Caribdis ;
 Es justo que descanses ,
 Y en este tronco firmes
 Atado como loco
 Del agua te retires .
 No llores nuevas tablas ,
 Ni al viento desafies ,
 Que ruinas del tiempo
 Ninguna emienda admitta .
 Mientras te cuelgo al templo ,

Victorioso apercebe
 Para injustos agravios
 Paciencias invencibles.
 En la deshecha popa
 Desengañado escribe:
 Ninguna fuerza humana
 Al tiempo se resiste.
 No te anuncien las aves
 Tempestades terribles,
 Ni el ver que entre las ramas
 Airado el viento silve.
 No admires los que salen,
 Ni barco nuevo envidies
 Porque le adornen xarcías,
 Y velas le colapacen.
 A climas diferentes
 La hiercada pros inclinan.
 Las poderosas naves
 De Césares Felipes.
 Antárticos tesoros
 Alegres soliciten,
 Diamantes orientales,
 Záfiro y amatistas.
 Las armas de las popas
 Con generosos timbres
 Los montes de agua espantan.
 La tierra opuesta admiraen.
 Y tú de solo el cielo
 Cubierta, no porfies
 A volver á las ondas,

De quien saliste libre,
 Huye abrasadas Troyas,
 Siendo al furor de Aquiles
 Entas el silencio,
 Y la virtud An quisas.
 Quando tu dieno y mio
 En esta orilla viste,
 Saliendo de las aguas,
 Salir á recibirme,
 Aun no mostraba el Alba
 Sus cándidos perfiles
 Riendo en azucenas,
 Labrando en aletas.
 Quando á buscar regalos,
 Eras pomposo enoie
 Por las ocultas sendas
 Del Reyno de Anlitrte;
 Ni temias tormentas,
 Ni encantadoras Circes,
 Que ya para Sirenas
 Era mi amor Ulixas.
 Y aun me vieron á veces
 Sus cristalinas sirtes
 Búzmo de las perlas,
 Y de las peces lince,
 Que pesca no le traxo,
 Quando la noche viste
 De sombras estos montes,
 Que con mi amor compiten?
 Y no en luciente plata,

Sino en texidas nimbres,
 Que donde vienen almas
 Son las riquezas viles.
 No hay cosa entre dos pechos
 Que más el plus estime,
 Que verdades discretas
 En apariencias sutiles.
 Ya la temida parca,
 Que con igual pie mide
 Los edificios altos,
 Y las chozas humildes,
 Se la roba la tierra.
 Y con eterno esclase
 Cultivó sus verdes ojos,
 Ya de los cielos tris.
 Aquellas escaraballas,
 Que con el sol dividen
 La luz y la hermosura,
 En otro cielo asisten.
 Aquellos que tuvieron,
 Biéndose apacibles,
 La humildad por alma,
 Que no el despejo libre;
 Y de su vez no tienen,
 Que propiamente imiten
 Dulcissimos pasages,
 Los ruyseñores tiples.
 No es qual fué de entrambos,
 Bellísima Amarilis,
 Ni quien murió primero,

Ni quien agora vive.
 Prejuicio, que trocamos
 Las almas al partirse:
 Que pienso que es la tuya
 Esta que en mí reside.
 Tendido en esta arena
 Con lágrimas repite
 Mi voz tu dulce nombre,
 Porque mi pena alivio.
 Las ondas me acompañan,
 Que en los opuestos fines
 Con tristes ecos suenan,
 Y lo que digo dicen.
 No hay roca tan soberbia
 Que de verme y oirme,
 No se deslaga en agua.
 Se rompa y se lastime.
 Levantan las cohezas
 Las Focas y Delfines
 A las amargas voces
 De mis acentos tristes.
 No os admiréis, les digo,
 Que flore y que suspire
 Aquel harpiero pobre,
 Que alegre conocisteis.
 Aquel, que comabán
 Laureles por lasigne,
 Si no imitate la fama,
 Que á los estudios signe,
 Ys por desdichas tantas

Que le humillan y oprimen ,
 De lúgubres cipreses
 La humilde frente cune.
 Ya todo el bien que tuve
 De verlo me despide :
 Su muerte es esta vida
 Que me gobierna y rige.
 Ya mi amado instrumento ,
 Que hazias invencibles
 Cantó por zimbabwés,
 Lloró por infelices,
 En estos verdes sauces
 Ayer pedazos hice ;
 Supiéronlo Barqueros,
 Enajados me ríen.
 Qual toma los fragmentos
 Y á unirlos se apresta ;
 Pero difunto el dueño,
 ¿ Las cuerdas de que sirven ?
 Quil la compone vexas :
 Qual porque no le pisca
 Le cuelga de las ramas
 Transformacion de Tisbe.
 Mas yo, que tu fallo engaña
 Que tu hermosura olvide,
 A quanto me dijeron
 Llorando estallice.
 Primero que me alegre
 Será posible unirse

Fate mar al de Italia,
 Y el Tajo con el Fibre.
 Con los corderos mansos
 Retozarán los tigres,
 Y faltará á la ciracia
 La envidia, que la sigue.
 Que quiero yo que el alma
 Llorando se destile,
 Hasta que con la suya
 Esta unidad duplique.
 Que puesto que mi llanto
 Hasta morir porfie,
 Tan dulces pensamientos
 Serán despues Fenices.
 En bronce sus memorias,
 Con eternos bariles,
 Amor, que no con plomo,
 Blando papel imprime.
 ¡ O luz, que me dexaste,
 Quando será posible
 Que vuelva á verte el alma,
 Y que esta vida animes !
 Mis soledades siente ;
 ¡ Mas ay ! que donde vives
 De mis desos locos
 En dulce paz te ríes.

III.

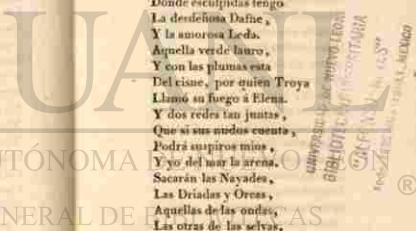
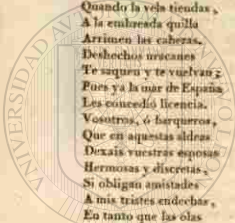
¡Ay soledades tristes
 De mi querida prenda,
 Donde me escuchan solas
 Las ondas y las fieras!
 Las unas que espumosas
 Nieve en las peñas siembran,
 Porque parezcan blándas
 Con mi dolor las penas,
 Las otras, que bramando
 Ya tiemblan la fiereza,
 Y en sus entrañas hallan
 El eco de mis quejas:
 Como sió alma viva
 En esta seca arena?
 ¿O como espero el día
 Si está mi Aurora muerta?
 ¿O podré llorando
 La noche de su ausencia,
 Que pues ya viven juntas,
 Entrámbas amanezcan?
 Pero saldrán las tuyas,
 Y no saldrá mi estrella:
 Que aunque de noche salen,
 Pádecen noche eterna.
 Alma Vénus divina,
 Que día y noche muestras
 La senda del aurora,

Y del mayor planeta,
 Por esta noche sola
 Le da la presidencia;
 Pues sabes que te iguala
 Su luz, y su pureza,
 Cubra funesto luto,
 Barquilla pobre y yerma,
 De la proa á la popa
 Tus xarcias y tus velas.
 No ya ceñal te vista,
 Ni te coronen fiestas
 Marítimos linojos,
 Mas venenosos adelfs.
 Las juncias y espaldans,
 Que de aquestas riberas
 Con sus dorados lirios
 Textidas orlas eran,
 Y los laureles verdes
 Secos tarayes sean:
 Lo inútil de sus hojas
 Mis esperanzas tengan.
 Y rómpaste de suerte,
 Que parezcas deshucha
 Cabana despreciada,
 Que los Pastores dexan.
 No ya por la mozana
 Tus flautas parezcan
 Serpes de seda el viento,
 De tafetan cometas.

No de alegres colores,
 Sino de sombras negras,
 Las palas de tus remos
 Las ondas encanecian.
 No las desnudas Ninfas,
 Quando la vela tiendan,
 A la embreada quilla
 Arrimen las cabezas.
 Deshechos uriscanes
 Te saquen y te vuelvan;
 Pues ya la mar de España
 Les concedió licencia.
 Vosotros, ó barqueros,
 Que en aquestas aldeas
 Dexais vuestras esposas
 Hermosas y discretas,
 Si obligan amistades
 A mis tristes endechas,
 En tanto que las olas
 Por estas rocas trepan;
 Pues viven retiradas
 Las barcas y las pescas,
 Ayudad con suspiros
 Mis lastimosas quejas.
 El que á la mar saliere,
 Para que presto vuelva
 Embárguese en mis ojos,
 Y le tendrá mas cerca.
 El que estuviere alegre,

Ni venga, ni me vea,
 Que volverá de verme
 Con inmortal tristeza.
 Cortad cipreses funesto,
 Y acompañad mi pena
 Con versos infelices
 De miserables elegias.
 Y el que mejores rimas
 Hiciera á las exéquias
 De mi querida esposa,
 Tal premio se prometa
 Aquí tengo dos vasos,
 Donde esculpidas tengo
 La desdichosa Dafne,
 Y la amorosa Leda.
 Aquella verde laureo,
 Y con las plumas esta
 Del cisne, por quien Troya
 Llamó su fuego á Elena.
 Y dos redes tan juntas,
 Que si sus nudos coeute,
 Podrá suspiros míos,
 Y yo del mar la arena.
 Sacarán las Nayades,
 Las Driadas y Orceas,
 Aquellas de las ondas,
 Las otras de las selvas,
 Las frentes que coronan
 Corales y verbenas,

10108



Para que doble el llanto
 Tan misera tragedia.
 Ya es muerta, decid todos,
 Ya cubre poca tierra
 La divina Amarilis,
 Honor y gloria nueva.
 Aquella, cuyos ojos
 Verdes, de amor centellas,
 Músicos celestiales
 Orfeos de almas eran:
 Cuyas hermosas arias
 Tenian, como Reynas,
 Dociles de su frente,
 Con armas de sus cejas.
 Aquella cuya boca
 Daba leccion risueña
 Al mar de hacer corales,
 Al alba de hacer perlas.
 Aquella, que no dixo
 Palabras extranjeras
 De la virtud humilde
 Y la verdad honesta.
 Aquella, cuyas manos,
 De vivo azar compuestas,
 Eran nieve en blancura
 Cristal en transparencia.
 Cuyos pies parecian
 Dos ramos de azucenas,
 Si para ser mas lindas

Nacieran tan pequeñas,
 La que en la voz divina
 Desafió Sirenas,
 Para quien nunca Ulises
 Pudiera hallar cautela:
 La que añadió al Parnaso
 La Musa mas perfecta,
 La virtud y el ingenio,
 La gracia y la belleza.
 Matóla su hermosura,
 Porque ya no pudiera
 La envidia oír su fama,
 Ni ver su gentileza,
 Venid á consolarme,
 Si puede ser que sea;
 Mas no vengais, harqueros,
 Que no quiero perderla.
 Que si mi vida dura,
 Es solo porque sienta
 Mas muerte con la vida,
 Mas vida, que sin ella.
 Ya roto el instrumento,
 Los lazos y las cuerdas,
 Lo que la voz solia,
 Las lágrimas celebran.
 Su dulce nombre llamo;
 Mas poco me aprovecha,
 Que el eco que me burla,
 Con mis acentos suena.

Mi propia voz me engaña,
 Y como voy tras ella,
 Quanto la sigo y llamo,
 Tanto de mi se aleja.
 En este dulce engaño,
 Pensando que me espera,
 Sulen del alma sombras
 A fabricar ideas.
 Delante se me ponen,
 Y yo con ansia extrema
 Lo que imagino abrazo.
 Por ver si efecto engendia.
 Pero en desuicha tanta,
 Y en tanta diferencia,
 Los brazos que engañaba
 Desengañados quedan.
 ¡Que alegre respondia
 Dividiendo risueña
 Aquel clavel honesto.
 En dos esferas medias!
 Y yo, su esposo triste,
 Al desatar la lengua,
 Cogía de sus hojas
 La risa con las perlas.
 Mas ya no me responde
 Mi dulce amada prenda.
 Que en el silencio eterno
 A nadie dan respuesta.
 De suerte sus memorias

En soledad me dexan,
 Que busco sus estampas
 Por esta arena seca.
 Y donde tantas miro,
 (¡Que locura tan nueva!)
 Escojo las menores,
 Y digo que son ellas.
 No hay árbol donde tuva
 Alguna ver la siesta,
 Que no le abrace y pida
 La sombra que me sirga:
 Y entre estas soledades,
 Con ansias tan estrechas,
 No miro su retrato,
 Y muérome por verla.
 Que no pueden los ojos
 Sufrir, que muerta sea
 La que tan lindo talle
 Pintada representa.
 Lo que deseo huyo,
 Porque de ver me pesa,
 Que dure mas el arte
 Que la naturaleza.
 Sin esto, porque creo,
 (Como me mira atenta)
 Que pues que no me habla
 No debe de ser ella.
 Pintóla Francélese:
 De las paredes cuelga

De mi cabaña pobre ;
 ¡ Mas que mayor riqueza !
 Si alguna vez acaso
 Levanto el rostro á verla,
 Las lágrimas la miran,
 Porque los ojos ciegan,
 Mas no podrá quejarse
 De que otra cosa vean,
 Aunque mícase flares,
 Sin parecerme feas.
 Tan triste vida paso,
 Que todo me atormenta ;
 La muerte porque huye,
 La vida porque espera.
 Cuando barqueros miro,
 Cuyas esposas muertas,
 Que tanto amaron vivas,
 Olvidan y se alegran,
 Huyo de hablar con ellos,
 Por no pensar que puedan
 Hacer en mi los tiempos
 A su memoria ofensa.
 Porque si alguna cosa,
 Aun suya, me consuela,
 Ya pienso que la agravio,
 Y dexo de tenerla.
 Así lloraba Fabio
 Del mar en las riberas
 La vida de Amarilis,

La muerte de su ausencia,
 Quando atajáron juntas
 Con desmayada fuerza
 El corazon las ansias,
 Las lágrimas la lengua.
 Amor que le escuchaba,
 Dixo : la edad es esta
 De Piramo y Leandro,
 De Porcia, Julia y Fedra :
 Que no son de estos siglos
 Amores tan de véras,
 Que ni el morir los cura,
 Ni el tiempo los remedia.

SONETOS.

I.

Arde en Troya, y sube el humo oscuro
 Al enemigo cielo, y entretanto
 Alegre Juno mira el fuego y llanto ;
 ¡ Venganza de muger, castigo duro !

El vulgo aun en los templos mal seguro,
 Huye cubierto de amarillo espanto,
 Corre cuajada sangre el turhio Xánto
 Y viene á tierra el levantado muro. ®

Crece el incendio propio al fuego extraño,
 Las empuñadas máquinas cayendo,
 De que se ven ruinas y pedrezos :

Y la dura ocasion de tanto daño,
Mientras vencido París muere ardiendo,
Del Griego vencedor duerme en los brazos.

II.

Tenid piedad de mí que muero ausente,
Hermosas Ninfas de este blando río,
Que bien os lo merece el llanto mio
Con que suelo aumentar vuestra corriente.

Saca la coronada y blanca frente,
Tórnese famoso, á ver mi desvarío;
Así jamás te mengue el seco estío,
Y esta montaña tu cristal aumente.

¿Mas que importa que el llanto me recibas
Si no vas á morir al Tajo, donde
Mis penas pueda ver la causa dellas?

Tus Ninfas en tus ondas fugitivas,
Y tu cabeza coronada esconde,
Que basta que me escuchan las estrellas.

III.

Judith.

Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombre diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Betulia en vano
Despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto

Revuelto con el ansia el roxo velo
Del pabellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.

Vertido Baco el fuerte urnes afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardas que tan mal emplea;

Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israel, la casta Hebrea
Con la cabera resplandece armada.

IV.

Con nuevos lazos como el mismo Apolo
Hallé en cabello á mi Luciuda un día,
Tan hermosa que al cielo parecia
En la risa del alba abriendo el polo.

Vino un ayre sutil y desatólo
Con blando golpe por la frente mia,
Y dixé á Amor, que para que tenia
Mil cuerdas juntas para un arco solo.

Pero el responde, fugitivo mio,
Que burlaste mis brazos, hoy aguardo
De nuevo celar prision á tu albedrío.

Yo triste que por ella muero y ardo,
La red quise romper: ¡ que desvario!
Pues mas me enredo quanto mas me guardo.

Tomo III.

5

V.

A la pérdida del Rey D. Sebastian.

¡O nunca fueras, Africa desierta,
En medio de los trópicos fundada
Ni por el fértil Nilo coronada
Te viera el Alba cuando el sol despierta!

¡Nunca tu arena inculta descubierta
Se viera de cristiana planta hourada,
Ni abriera en ti la portuguesa espada
A tantos males tan sangrienta puerta!

Perdióse en ti de la mayor nobleza
De Lusitania una florida parte,
Perdióse su corona y su riqueza:

Pues tú que no mirabas su estandarte,
Sobre el los pies, levantas la cabeza
Ceñida en toruo del laurel de Marte.

VI.

Quando pensé que mi tormento esquivo
Hiciera fin, comienza mi tormento,
Y allí donde pensé tener contento,
Allí sin él desesperado vivo.

Donde cavaba por el verde olivo
Me truxo sangre el triste pensamiento,
Los bienes que pensé gozar de asiento
Huyéron mas que el ayre fugitivo.

¡Cuidado yo! que la enemiga mia
Ya de tibieza en yelo se deshace,
Ya de mi fuego se consume y arde.

Yo he de morir, y ya se acerca el día;
Que el mal en mi salud su curso hace,
Y quando llega el bien es poco y tarde.

VII.

Guzman el Bueno.

Al tierno niño, al nuevo Isac Cristiano
En el arena de Tarifa mira
El mejor padre con piadosa ira,
La lealtad y el amor luchando en vano.

Alta la daga en la temida mano,
Glorioso vence, intrépido la tira,
Ciega el sol, nace Roma, amor suspira,
Triunfa España, enmudece el Africano.

Baxó la frente Italia, y de la suya
Quitó á Toreats el lauro en oro y bronce,
Porque ninguno ser Guzman presume:

Y la fama principio de la tuya,
Guzman el Bueno escribe, siendo entonces
La tinta sangre, y el cuchillo pluma.

Antes que el cierzo de la edad ligera
Seque la rosa, que en tus labios crece,

Y el blanco de ese rostro que parece
Cándidos grumos de lavada cera,

Estima la esmaltada primavera,
Laura gentil, que en tu heldad florece,
Que con el tiempo se ama y se aborrece,
Y mira de ti quien á tu puerta espeta.

No te detengas en pensar, que vives,
O Laura, que en tocarte y componerte
Se entrará la vejez sin que la llames.

Estima un medio honesto, y no te esquives
Que no ha de amarte quien viniere á verte,
Laura, quando á ti misma te desames.

IX.

Qual engañado niño, que contento
Pintado paxarillo tiene estado,
Y le dexa en la cuerda confiado,
Tender las alas por el manso viento:

Y quanto mas en esta gloria atento,
Quebrándose el cordel quedó hurlado,
Siguiéndole en sus lágrimas bañado
Con los ojos y el triste pensamiento;

Contigo he sido amor, que mi memoria
Dexé llevar de pensamientos vanos
Colgados de la fuerza de un rabello:
Llévose el viento el páxaro y mi gloria;
Y dexóme el cordel entre las manos
Que habrá por fuerza de servirme al cuello.

X.

Daba sustento á un paxarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuésese de la jaula el paxarillo
Al libre viento en que vivir solía.

Con un suspiro á la ocasion tardía
Tendió la mano, y no pudiendo aïllo,
Dixo, y de sus mexillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardía.

¿Adonde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora?

Oyóla el paxarillo enternecido,
Y á la antigua prision volvió las alas,
Que tanto puede una muger que llora.

XI.

Suelta mi manso, mayoral extraño,
Pues otro tienes tú de igual decoro.
Suelta la prenda que en el alma adoro
Perdida por tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño,
Y no le engañen tus collares de oro,
Toma en alhucias este blanco toro
Que á las primeras yerbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellocino
Perdo, enrespado, y los ojos tiene
Como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas, que no soy dueño, Alcino,
Suelta y verásle si a mi choza viene,
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

XII.

Canta páxaro amante en la enramada
Selva a su amor, que por el verde suelo
No ha visto el cazador, que con desvelo
Le está acobchando la ballesta armada.

Tírale, yerba, vuelas, y la turbada
Voz en el pico convertida en yelo;
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
Por no alejarse de la prenda amada.

Destá suerte el amor canta en el nido
Mas luego que los celos que revela
Le tiran flechas de temor, de olvido:

Haye, teme, sospecha, inquiere, zela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuelá.

XIII.

Esporcido el cabello por la espalda,
Que fue del sol desprecio a maravilla,
Silvia cogía por la verde orilla
Del mar de Cádiz conchas en su falda,

El agua entre el hinojo de esmeralda
Para que entrase mas su curso humilla,
Textio de mimbres una alta canastilla,
Y písola en su frente por guirnalda.

Mas quando ya desamparó la playa,
Mal haya, elixo, el agua, que tan poca
Con su sal me abrasó pies y vestidos.

Yo estaba cerca y respondí: mal haya
La sal que tiene tu graciosa boca,
Que así tiene abrazados mis sentidos.

XIV.

Merezca yo de tus graciosos ojos,
Que de los míos, dulce Tursi, creas
Aquestas puras lágrimas, y seas
Templado en el rigor de tus enojos.

La arena y yerbas en espigas y abrojos
Se me conviertan quando tú me veas
Mis plantas ocupar en obras feas,
O por necesidad, ó por antojos.

Fálteme el bien y el mal me venga junto,
Si en el mudar mi firme pensamiento
Engaño contra ti mi pecho fragua.

Esto juraba Alcifia, Tursi al punto
Hizo de aquella fe testigo al viento,
Y escribió las palabras en el agua.

XV.

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto,
Catorce versos dicen que es soneto,
Burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy á la mitad de otro quarteto,
Mas si me veo en el primer terceto
No hay cosa en los quartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho,
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho.

XVI.

Así en las olas de la mar feroces,
Bétis, mil siglos tu cristal escondas,
Y otra tanta ciudad sobre tus ondas
De mil navales edificios goces;

Así tus cuevas no interrumpen voces
Ni quillas toquen, ni permitan sondas,
Y en tu campo tan fértil correspondas,
Que rompa el trigo las agudas hoces;

Así en tu arena el Indio márgen rinda,
Y el svarienco corazón desentrañe,
Mas barras que en ti mira el cielo estrellas;

Que si pusiere en ti sus pies, Lucinda,
No, por besallos, sus estampas cubras,
Que estoy zeloso y voy leyendo en ellas.

EPÍSTOLA.

Serrana hermosa, que de nieve helada
Fueras, como parece en el efecto,
Si amor no hallara en tu rigor posada;

Del sol y de mi vista claro objeto,
Centro del alma que á tu gloria aspira,
Y de mi verso altísimo sujeto;

Alha dichosa que en mi noche á ira,
Divino basilisco, lince hermoso,
Nube de amor por quien sus nubes tira;

Salteadora gentil, monstruo amoroso,
Salamandra de nieve, y no de fuego,
Para que viva con mayor reposo;

Hoy que á estos montes y á la muerte llega
Dónde vine sin ti, sin alma y vida,
Te exciño de llorar cansado y ciego.

Pero dirás que es pena merecida
De quien pudo sufrir mirar tus ojos
Con lágrimas de amor en la partida.

Advierte que eres alma en los despojos
Desta parte mortal, que á ser la mía,
Faltara en tantas lágrimas y enojos.

Que no viera quien de ti partia,
Ni ausente ahora, á no esforzarle tanto.
Las esperanzas de un alegre dia.

Aquella noche en su mayor espanto
Consideré la pena de perderte;
La dura soledad creciendo el llanto;

Y llamando mil veces á la muerte,
Otras tantas miro que me quitaba
La dulce gloria de volver á verte.

A la ciudad famosa que dexaba.
La cabeza volví que desde lejos
Sus muros con sus fuegos me enseñaba:

Y dándome en los ojos los reflexos,
Gran tiempo hacia la parte en que vivias,
Los tuvo amor suspensos y perplexos.

Y como imaginaba que tendrias
De lágrimas los bellos ojos llenos,
Pensándolas juntar crecí las mias.

Mas como los amigos de esto agenas
Reparasen en ver que me paraba,
En el mayor dolor fue el llanto menos.

Ya pues que el alma y la ciudad dexaba,
Y no se oia del famoso rio
El claro son con que sus muros lava;

A Dios, dixé mil veces, dueño mio,
Hasta que á verme en tu ribera vuelva,
De quien tan tiernamente me desvío.

No suele el ruiseñor en verde selva
Llorar el nido de uno en otro ramo
De florido arrayan y madre selva,

Con mas doliente voz que yo te llamo,
Ausente de mis dulces paxarillos
Por quien en llanto el corazon derramo.

Ni brama, si le quitan sus novillos,
Con mas dolor la vaca, atravesando
Los campos de agostados amarillos:

Ni con arrullo mas lloroso y blando,
La tórtola se queja, prenda mia,
Que yo me estoy de mi dolor quejando.

Luciuda, sin tu dulce compañía,
Y sin las prendas de tu hermoso pecho,
Todo es llorar desde la noche al dia:

Que con solo pensar que está deshecho
Mi nido ausente, me atraviesa el alma,
Dando mil nudos á mi cuello estrecho.

Que con dolor de que le dexo en calma,
Y el fruto de mi amor goza otro dueño,
Parece que he acurrido lugrta palnia.

Llegué Lucinda, al fin, sin verme el sueño
En tres veces que el sol me vió tan triste,
A la asperez de un lugar peñano:

A quien de montas, y penascos viste
Sierra Morena, que se pone en medio
Del dichoso lugar en que nascite.

Allí me pareció que sin remedio
Llegaba el fin de mi mortal camino,
Habiendo apenas caminado el medio.

Y quando ya mi pensamiento vino,
Dexando atrás la sierra, á imaginarle
Creció con el dolor el desatino:

Que con pensar que estás de la otra parte,
Me pareció que me quitó la sierra
La dulce gloria de poder mirarte.

Baxe á los llanos de esta humilde tierra
A donde me prendiste y cautivaste,
Y yo fui esclavo de tu dulce guerra.

No estaba el Tajo con el verde engaste
De su florida margen, qual solía
Quaxdo con esos pies su orilla honraste:

Ni el agua clara á su pesar subía
Por las sonoras ruedas, ni baxaba,
Y en pedazos de plata se rompía.

Ni Filomela su dolor cantaba,
Ni se enlazaba parra con espino,
Ni yedra por los árboles trepaba:

Ni pastor extranjero, ni vecino
Se coronaba del laurel ingrato,
Que algunos tienen por laurel divino.

Era su valle imagen y retrato
Del lugar, que la corte desampara
Del alma de su espléndido aparato.

Yo,

Yo, como aquel que á contemplar se para
Ruinas tristes de pasadas glorias,
En agua de dolor bañó mi cara.

De tropel acudieron las memorias,
Los asientos, los gustos, los favores,
Que á veces los lugares son historias.

Y en mas de dos que yo te dixé amores,
Parece que escuchaba tus respuestas,
Y que estaban allí las mismas flores.

Mas como en deventuras manifestas
Suele ser tan costoso el desengaño,
Y sus veloces alas son tan prestas:

Vencido de la fuerza de mi daño
Cai desde mi mismo medio muerto,
Y conmigo tambien mi dulce engaño.

Teniendo pues mi duro fin por cierto,
Las ninfas de las aguas, los pastores
Del soto, y los vaqueros del desierto,

Cubriéndome de yerbas y de flores
Me lloraban diciendo: aquí fenece
El hombre que mejor trato de amores:

Y puesto que Lucinda le mereció,
Que su vida consiste en su presencia,
El tambien con su muerte le engrandece.

Entónces yo, que haciendo resistencia
Estaba con tu luz al dolor mio,
Abri los ojos que cerró tu ausencia.

Tomo III.

6

Luego desamparando el valle frío
Las ninfas bellas, con sus rubias frentes
Rompiéron el cristal del mazono río :

Y en círculos de vidrio transparentes
Las divididas aguas resonaron,
Y en las peñas los ecos diferentes.

Los pastores tambien desampararon
El muerto vivo, y en la tibia arena
Por sombra de quien era me dexaron.

Yo solo acompañado de mi pena
Volvíme el alma, en el dolor quejoso,
Que de pensar en ti la tuvo agena.

Así ha llegado aquel pastor dichoso,
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,
Del Bétis rico al Tajo caudaloso.

Este que miras es retrato suyo,
Que así el esclavo que llorando pierdes
A tus divinos ojos restituyo.

O ya me olvidés, ó de mi te acuerdes,
Si te olvidare mientras tengo vida,
Marchite amor mis esperanzas verdes.

Cosa que al cielo por mi bien le pida
Jamás me cumpla, si otra cosa fuere
De aquestos ojos donde estás querida :

En tanto que mi espíritu rigiere
El cuerpo que tus brazos estimaron,
Nadie los míos ocupar espere.

La memoria que en ellos me dexaron
Es alcayde de aquella fortaleza
Que tus hermosos ojos conquistaron.

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza,
Y que es de acero el pensamiento mio
Con las pastoras de mayor belleza.

Ya sabes el rigor de mi desvío
Con Flora, que te tuvo tan zelosa,
A cuyo fuego respondí tan frío.

Pues bien conoces tu que es Flora hermosa,
Y que con serlo sin remedio vive
Envidiosa de ti, de mí quejosa.

Bien sabes que habla bien, que bien escribe,
Y que me solicita, y me regala
Por mas desprecios que de mí recibe.

Mas yo que de tu pie donastre y gala
Estimo mas la cinta que desechas,
Que todo el oro con que á Creso iguala;

Solo estimo tenerte sin sospechas,
Que no ha nacido ahora quien desate
De tanto amor lazadas tan estrechas.

Quando de yerbas de Tesalia trate,
Y discurriendo el monte de la Luna
Los espíritus infernos maltrate.

No hay fuerza en yerbas, ni en palabra alguna
Contra mi voluntad, que hizo el cielo
Lábre en adversa y próspera fortuna.

Tú sola mereciste mi desvelo,
Y yo también después de larga historia
Con mi fuego de amor vencer tu hielo.

Viva con esto alegre tu memoria,
Que como amar con celos es inferno,
Amar sin ellos es descanso y gloria.

Que yo sin atender á mi gobierno,
No he de apartarme de adarte ausente,
Si de tí lo estuviese un siglo eterno.

El sol mil veces discurriendo cuante
Del cielo los dorados paralelos,
Y de su blanca hermana el rostro amante;

Que los diamantes de sus paros celos,
Que vienen fijos en su octava esfera,
No han de igualarme aunque me maten celos.

No habrá cosa jamás en la ribera
En que no te contemplan estos ojos,
Mientras ausente de los tuyos muera.

En el jazmín tus candidos despojos,
En la rosa encarnada tus mejillas,
Tu bella boca en los claveles rojos:

Tu olor en las retamas amarillas,
Y en maravillas, que mis cabras pacen,
Contemplaré también tus maravillas.

Y quando aquellas arroyuelos que hacen
Templados á sus quejas consonancia
Desde la tierra donde juntos nacen,

Dejando el sol la furia y arrogancia
De dos tan encendidos animales,
Volviese el año á su primera estancia;

A pesar de sus fuentes naturales
Del hielo arrebatadas sus corrientes
Cuelgan por estas peñas sus cristales;

Contemplaré tus concertados diques,
Y á veces en carámbanos mayores
Los dedos de tus manos transparentes.

Tu voz que acordarán los rniñeños
Y de estas yedras, y olmos los abrazos
Nuestros hermafroditicos amores.

Aquestos todos de diversos lazos
Donde ahora se besan dos palomas,
Por ver mis peonías burlarán mis brazos.

Tú si mejor tus pensamientos domas,
En tanto que yo quedo sin sentido,
Dime el remedio de vivir que tomas.

Que aunque todas las aguas del olvido
Ebiese yo, por imposible tengo
Que me escape de tu lizo asido.

Donde la vida á mis dolor prevengo,
Triste de aquel que por estrellas ama,
Sino soy yo porque á tus brazos vengo!

Donde si espero de mis versos fama,
A ti lo debo, que tú sola puedes
Dar á mi frente de laurel la rama,
Donde muriendo vencedora quedas.

SILVA MORAL.

El siglo de oro.

Fábrica fue de inmensa arquitectura
Este mundo inferior que el hombre imita;
Pues como punto indivisible encierra
De su circunferencia la bermosura.

Y copiosa la tierra

De quanto en ella habita
Con tantos peregrinos ornamentos,
Llenos los tres primeros elementos
De peces, fieras y aves, que vivian
De toda ley esentos,
Si bien al hombre en paz reconocian.

Aun no paliso el oro,
Porque nadie buscaba su tesoro,
Y el diamante tan bruto aunque brillante,
Que mas era penasco que diamante.
Los árboles sembrados de colores,

Y los prados de flores

Entre bosques sombríos,
Buscando los arroyos sonorosos
En arenosas calles,

Por las obliquas venas de los valles,
Los rios caudalosos.

Y los soberbios rios,
Vestidos de cristales transparentes,
Sin volver la cabeza á ver sus fuentes,

Anhelando á Oceanos,

Perdiendo en él sus pensamientos vanos.

Y sin temor alguno

De verse el tridentifero Neptuno,

Oprimido del peso de las naves;

Abriendo sendas por sus ondas graves,

Los hijos de los montes,

Excehos pínos y labradas hayas,

Para pasar por varios horizontes

A las remotas playas

De climas abrisados,

Frigidos ó templados.

Ni el cabello animoso relincliaba

Al son de la trompeta :

Ni la cerviz sujeta

Al yugo el tardo huey el campo araba :

Que sin romper la cura de la tierra,

Con natural impulso producía

Quanto su pecho generoso encierra,

Que como la primera edad vivía

Con desórden florida y halbucente,

Daba prodigamente,

Con fértil abundencia,

Al mundo su riqueza,

Porque como muger naturaleza

Es mas hermosa en la primera infancia.

No haciendo distincion de tiempo alguno,

Daba flores Vertuno,

Con diferentes frutas primitivas :

Las parras y pacíficas olivas,
 Y la Dodónea encina por la rubia
 Cérés, que no tenía
 Necesidad de lluvia,
 Y de su misma caña renacía:
 Matizando los prados de violetas,
 De rosas y de cándidas mosquetas.
 No de otra suerte que la alfombra pinta.
 El Tracio con la seda de colores,
 En cada rueda de labor distinta
 Caracteres arábigos, y flúres:
 Que la naturaleza aun no pensaba
 Que el arte su pincel perfeccionaba.
 A la parte Oriental Euro tendía
 Las alas vagarosas,
 El Austro y Mediodía,
 Y Boreas fiero á las distantes Osas
 Por el Septentrion temor ponía.
 El sol por sus dorados paralelos
 Comenzaba el camino de los cielos:
 Cuya eclíptica de oro no sabía,
 El nombre de los signos que tenía,
 Ni en su campo, pensó que espigas de oro
 Paciera el Aries, y ruinizara el Toro.
 La casta luna en su argentado plastro.
 No se mostraba al Austro
 Llavioso, alternativas las dos puntas,
 Una á la tierra y otra al claro cielo,
 Sino pidiendo con las manos juntas
 Calor al sol para su eterno hielo.

Los hombres por las selvas discurrían
 Amando solo el dueño que tenían
 Sin interes, sin zelo:
 ¡O dulces tiempos! ¡o piadosos cielos!
 Allí no adulteraba la hermosura
 El marfil de su cándida figura,
 Ni la fúgida nieve
 Y el lastardo carmin daban al arte
 Lo que naturaleza no se atreve;
 Ni á Venus bella en conjuncion de Marte
 Al cielo el sol zeloso descubría;
 Ni en Chipre se vendía,
 Amor artificial. ¡O siglo de oro,
 De nuestra humana vida desengaño,
 Si vieras tanto engaño,
 Tan poca fe, tan házbaro decoro!
 Todo era amor suave, honesto y puro,
 Todo limpio y seguro,
 Tanto que parecia
 Una misma zramosa
 La del cielo y el suelo.
 Que aspiraba á juntarse con el cielo,
 En este tiempo de las altas coros
 Hermosa virgen con Real ornato,
 Bajó á la tierra, que adoró el retrato
 De Júpiter diuino, y por los poros
 De sus fértiles venas
 Vertió blancos racimos de ztucenas,
 Y las fuentes sonoras

Provocaban las aves
 A canciones suaves
 En las del verde abril frescas auroras,
 Que del son de las aguas aprendieron,
 Cuantos después cromáticos supieron.
 Venia la castísima doncella
 Vestida de una túnica esplendente,
 Sembrada de otras muchas siendo estrella,
 Y una corona en la espacios frente,
 Cuya labor y auríferos espacios
 Ocupaban jacintos y topacios:
 Los coturnos con lazos carmeales
 Forjaban esmeraldas y rubies,
 Que descubría el céfiro suave,
 De la fimbria talar con pompa grave,
 Y un ardiente crisólito la planta,
 Para estamparla en tierra pura y santa.
 No sale de otra suerte por el cielo,
 Con frente de marfil y pies de hielo,
 La cándida múzana

Guarnecida de plata sobre grana
 La capa de zafiros,
 De las sombras sonámbulos retiros,

Los hombres admirados
 De vez tanta heruosuras,
 Preguntáron quien era:
 No habiendo visto por los tres estados
 Del ayre exálicion tan viva y pura,
 Ni páxaro tan raro que pudiera

Cenir la frente de tan rica esfera,
 Ni dar tales acombres;
 Resplandecer sus hombros
 Con alas de oro, y plumas de diamantes,
 No conocidos antes;
 Y aun presumir la admiracion pudiera,
 Que el sol baxaba de su ardiente esfera
 A vivir tan los hombres como Apolo
 Viéndose arriba, como sol, tan solo.
 Entónces de sí misma esclarecida
 La hermosa licyus á su piadoso ruego;
 Por una rosa de rubí partida
 En el jardin Angélico nacida,
 Yo soy, les dixo, la Verdad, y luego
 Como dormida en celestial sosiego
 Quedó la tierra en paz, que alegre tuvo
 Mientras con ella la Verdad estuvo,
 Que quanto en ella vivió
 Su misma luz y claridad recibe.

Pero felicidad tan soberana

Poco duró por la soberbia humana,
 Porque en países de diversos nombres,
 Por quanto el mar ohrza,
 En esta universal del mundo plaza,
 El número creciendo de los hombres,
 Desvanecido el sueño,
 Presumió desquiciar la puerta al cielo,
 Y haciendo ya ciudades,
 Y fábricas de inmensos edificios

Con armas en los altos frontispicios,
 Comenzaron con bárbaras crueldades,
 Intereses, envidias, injusticias,
 Los adulterios, logros y codicias,
 Los robos, homicidios, y desgracias;
 Y no contentos ya de Aristocracias,
 Empezaron llegar á Monarquías.
 La púrpura engendró las tiranías:
 Nació la guerra en manos de la muerte,
 Los campos dividieron fuerza, ó muerte:
 Dispuso la traición el blanco aczo
 Para verter su propia sangre humana;
 Y fué la envidia el agresor primero,
 Y procedió la ingratitude villana
 Del mismo bien á tantos vicios madre,
 Infame hija de tan noble padre.
 Bano la ley la pluma
 En pura sangre para tanta suma,
 Que excede su papel todas las cicucias:
 ¡Tales son las humanas diferencias!
 Pero por ser los parrafos primeros,
 Y ser los hombres, como libres, fieros,
 No siendo obedecidas,
 Quitáron las haciendas y las vidas
 A sus propios hermanos y vecinos,
 Y hicieron las vrgonzas desatinos,
 Porque durmidos los Juces sabios
 Castiga el ofendido sus agravios.
 Bababan las doncellas generosas

Para

Para amigas á título de esposas,
 Traydores á su amigo,
 Y todo se quedaba sin castigo:
 Que muchos que temieron,
 Por no perder las varas, las torcieron;
 Y muchos que tomaron,
 Pensando enderezallas, las quebraron.
 ¡O favor de los Reyes!
 Del sol reciben rayos las estrellas:
 Telas de araña llaman á las leyes,
 El pequeño animal se queda en ellas,
 Y el fuerte las quebranta.
 ¡Ay del señor, que sus vasallos dexa
 Al cielo remitir la justa queja!

Viendo pues la divina verdad santa
 La tierra en tal estado,
 El rico idolatrado,
 El pobre miserable,
 A quien ni aun el morir es favorable,
 Mientras mas voces da ménos oído,
 El sabio reburrecido,
 Vencedor el dinero,
 Escuchado y premiado el lisongero;
 Josef vendido por el propio hermano,
 Lástima y burla del estado humano,
 Y entre la confusión de tanto estruendo
 Demócrito riendo,
 Erásclito llorando,
 La muerte no temida,

Tomo III,

7

Y para el sueño de tan breve vida
 El hombre edificando,
 Ignorando la ley de la partida,
 Con presuroso vuelo,
 Subióse en hombros de sí misma al cielo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

LA GATOMACHIA,

POEMA BURLESCO

SILVA I.

Yo aquel que en los pasados
 Tiempos canté las selvas y los prados,
 Estos vestidos de árboles mayores,
 Y aquellos de garzapos y de flores,
 Las armas y las leyes
 Que conservan los Reinos y los Reyes;
 Ahora en instrumento menos grave
 Canto de amor suave
 Las iras y desdenes,
 Los males y los bienes,
 No del todo olvidado.

El fiero tarántara templado
 Con el silbo de pitino sonoro,
 Vosotras Musas del Castallo Coro,
 Dadme favor en tanto
 Que con el genio que me disteis canto
 La guerra, los amores y accidentes
 De dos gatos valientes:
 Que como otros están dados á perros,

O por agenos, ó por propios yerros,
Tambien hay hombres que se dan á gatos
Por olvidos de Principes ingratos,
O porque les peraxige la fortuna
Desde el columpio de la tierna cuna.

Tú, Don Lope, si ateso

Te dexa divertir por el Paraiso
El Holandex pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas,
Por donde con la armada peregrina,
Suspende un rato aquel valiente acero,
Con que al asalto llegas el primero,
Y escucha mi famosa *Gotomachés* :
Añ desde las Indias á Valaquia
Corra tu nombre y fama,
Que ya por nuestra patria se derrama ;
Desde que viste la morisca puerta
De Tunex y Biserta
Armado y niño en forma de Cupido,
Con el Marques famoso
Del mejor apellido,
Como su padre por la mar dichoso.
No siempre has de atender á Marte tirado
Desde su tierna edad exercitado,
Vestido de diamante,
Coronado de plumas arrogante :
Que alguna vez el ocio
Es de las armas cordial socreçio,

Y Véus en la paz como Santelmo,
Con manos de marfil le quita el yelmo,

Estabz sobre un alto caballete
Do un tejelo sentada
La bella Zapasquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan fruncida y mirrada,
Como si fuera gata de convento :
Su mismo pensamiento
De espejo la servia,
Puesto que un roto casco le traix
Cierta urracz burlosa,
Que no dexaba toca ni valona,
Que no escondia por aquel tejado,
Confía del corredor de un Licenciado.
Ya que lavada estuvo,
Y con las manos que lamidas tuvo,
De su ropa de martas aliada,
Cantó un soneto en voz medio forzada
En la arteria vocal, con tanta gracia
Como pudiese el músico de Tracia :
De suerte que qualquiera que la oyera
Que era solfa gustana conociera,
Con algunos cromáticos disons,
Que se daban al diablo los ratones.
Atomábase yz la primavera
Por un balcon de rosas y alieles,
Y Flora con dorados borçegües
Alegraba risueña la ribera :

Tiestos de Talavera
 Prevenia el verano,
 Quando Marramaquiz, gato Romano,
 Aviso tuvo cierto de Maulero,
 Un gato de la Mancha su escudero.
 Que al sol salia Zapaquilda hermosa
 Qual suele amanecer purpúrea rosa
 Entre las hojas de la verde cama,
 Rubi tan vivo que parece llama,
 Y que con una dulce cantilena
 En el arte mayor de Juan de Mena
 Enamoraba el vicento.

Marramaquiz atento
 A las nuevas del page,
 (Que la suya enamora desde lejos)
 Que fuera de las paganas de pellejos
 Del campanudo traje,
 Introducion de sastres y roperos,
 Doctos maestros de sacar dineros,
 Alababa su gracia y hermosura,
 Con tanta melindrifera mesura;
 Pidió caballo, y luego fué traída
 Una mona vestida
 Al uso de su tierra,
 Cautiva en una guerra,
 Que tuvieron las monas y los gatos;
 Púsose borreguies y zapatos
 De dos dediles de segar abiertos,
 Que con pena calzó por estar tuertos;

Una cuchar de plata por espada,
 La capa colorada
 A la Francesca, de una calza vieja,
 Tan igual, tan lucida y tan pareja
 Que no será bisonja
 Decir que Adonis en limpieza y gala,
 Aunque perdone Venus, no le ignala:
 Por gorra de Milan medis tornaja,
 Con un penacho roxo, verde y bayo,
 De un muerto por sus unas papagayo,
 Que diciendo: ¿Quién pasa? cierto día,
 Pensó que el Rey venia,
 Y era Marramaquiz que andaba á caza,
 Y halló para romper la jeula traza.
 Por coera dos mitades, que de un guante
 Le ataron por detras y por delante,
 Y un puño de una niña por valona.
 Era el gatazo de gentil persona,
 Y no ménos galan que enamorado,
 Bigote blanco y mostro despejado,
 Ojos alegres, niñas mensuradas,
 De color de esmeraldas diamantadas;
 Y á caballo en la moux parecia
 El Paladín Orlando, que venia
 A visitar á Angélica la bella.

La recatada niña, la doncella,
 En viendo el gato se miró de forma
 Que en una grave dama se transforma:
 Lamiéndose á manera de manteca

La superficie de los labios seca,
 Y con temor de alguna carambola
 Tapó las indecencias con la cola:
 Y bajando los ojos hasta el suelo,
 Su mirlo propio le sirvió de velo,
 Que ha de ser la doncella virtuosa
 Mas recatada, mientras mas hermosa.
 Marramapuz entónces con ligeras
 Plantas haciendo el tetum Caballo,
 Que no era Pie de hierro, ó pie de gallo,
 Le dió quatro carreras,
 Con otras gentilezas y escarceos,
 Alta demostracion de sus deseos,
 Y la gorra en la mano,
 Aceróse galán y cortésano,
 Donde le dixo amores.
 Ella con los colures
 Que imprimen la vergueza
 Le dió de sus gualdejas una trenza.
 Y al tiempo que los dos marramizaban,
 Y con tiernos singultos relamidos
 Abrazaban, sentidos
 Desde unas claraboyas que adornaban
 La azotea de un Clerigo vecino,
 Un bodegazo vino
 Disparado de súbita ballesta,
 Mas que la vista de los ojos presta,
 Que dándole a la mona en la almohada,
 Por dentro morada,
 Por defuera pelosa,

Dexó caer la carga, y presurosa
 Corrió por los tejados,
 Sin poder los lacayos y criados
 Detener el furor con que corría.

No de otra suerte que en sereno día
 Belas de nieve escupe, y de los senos
 De las nubes relámpagos y truenos
 Súbita tempestad en vacuete ó puado,
 Obligando que el tímido ganado
 Atónito se espanta,
 Ya dexando en la zarza,
 De sus pungentes laberintos vana,
 La blanca ó negra lana,
 (Que alguna vez la lana ha de ser negra)
 Y hasta que el sol en arco verde alegra
 Los campos que reduce á sus colores,
 No vuelven á los prados, ni á las flores;
 Así los gatos iban alterados
 Por corredores, puertas y cerrados
 Con trágicos manillos,
 No dando como tórtolas arrullos,
 Y la mona la mano en la almohada,
 La parte occidental descalabrada,
 Y los húmidos polos circunstantes
 Bañados de medio ambar como guantes.
 En tanto que pasaban estas cosas,
 Y el gato en sus amores discurría,
 Con ansias amorosas,
 (Porque no hay alma tan helada y fría

Que amor no agarre, prenda y engarrafo)
 Y el mas alto tejido enteruecia,
 Aun que fuesen las tejas de Xatafo,
 Y ellas con ñilí, ñáse
 Se defendia con semblante airado;
 Aquel de cielo y tierra monstru alado,
 Que vestido de lenguas y de ojos,
 Ya decrépito viejo con autojos,
 Ya lince penetrante,
 Por los tres elementos se pasea
 Sin que nadie lo vea,
 Con la forma elegante
 De Zapaquilda discurreó ligero
 Uno y otro hemisfero,
 Aunque con las verdades lianquera,
 Y en quanto bama en la terratre esiera,
 Sin exepcion de promontorio alguno,
 El cerúleo Neptuno,
 Plasmante universal de toda fuente,
 Desde Boótea á la austral corona,
 Y de la Zona frigida á la ardiente.
 Esto dixo la fama que pregona
 El bien y el mal, y en viendo su retrato
 Se erizó todo gato,
 Y dispuso venir con esperanza
 Del galardou que un fino amor alcanza.
 Los que vinieron por la tierra en postas,
 Truxéron por llegar á la ligera
 Solo plumas y banda, calza y cuera:
 Los que habitaban de la mar las costas,

(Tanto pueden de amor dulces empresas)
 Vinieron en artesas,
 Mas no por eso ménos
 Hasta la cola de riquezas llenos;
 Y otros por bizarría,
 Para mostrar despues la gallardia
 En cofres y baules,
 Sulezando las azules
 Montañas de Amfitrite,
 Y alguno que á disfraces se remite,
 Por no ser conocido,
 En una caja de orinal metido.
 Con esto en muchos siglos no fué vista,
 Como en esta conquista,
 Tanta de gatos multitud famosa
 Por Zapaquilda hermosa.
 Apenas hubo teja, ó chimenea
 Sin gato enamorado,
 De hodoque tal vez precipitado,
 Como Calisto fué por Melibea;
 Ni raton parecia,
 Ni el halhuciente hocico permitía
 Que del año saliese,
 Ni queso, ni papel se agujerasha
 Por costumbre, ó por hambre que tuviese;
 Ni poeta por todo el universo
 Se lamentó que le royesen verso;
 Ni gorrión saltaba,
 Ni verde legartija
 Salía de la cóncava rendija.

Por otra parte el daño compensaba,
 Que de tanto gatazo resultaba,
 Pues no estaba segura
 En sábado morcilla, ni asadura,
 Ni panza, ni qaojar, ni aua en lo sumo
 De la alta chimenea
 La loaganiza al humo,
 Por imposible que alcanzarla sea,
 Exento en la porfia á la esperanza,
 Que todo quanto mira, tanto alcanza.

Entre esta generosa ilustre gente
 Vino un gato valiente;
 De hocico agudo, y de narices rano,
 Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
 Que Mixifuf tenia
 Por nombre; en gata, cola, y gallardia,
 Célebre en toda parte
 Por un Zapinarciso y Gatimarte.
 Este luego que vio la bella gata
 Mas reluciente que fregada plata,
 Tan perdido quedó, que noche y dia
 Paseaba el tejado en que vivia,
 Con pagés y lacayos de librea,
 Que nunca sirve mal quien bien desea;
 Y sucedióle bien pues luego quiso,
 ¡O gata ingrata! á Mixifuf Narciso,
 Dando á Marramaquix celos y enojos;
 No sé por qual razon puso los ojos
 En Mixifuf, quitándole al primero

Con

Con súbita toudanza,
 El antiguo favor y la esperanza.
 ¡O quanto puede un gato forastero,
 Y mas siendo galán y bien hablado,
 De pelo rizo y garbo enortijado!
 Siempre las novedades son gustosas,
 No hay que fiar de gatas melindrosas.
 ¿Quien pensara que fuera tan mudable
 Zapaquilda cruel e inexorable,
 Y que al galán Marramaquix dexara
 Por un gato que vio de buena cara,
 Despues de haberle dado
 Un pie de puerco hurtado,
 Pedazos de tocino y de salchichas?
 ¡O quiza poco en las dichas
 Está firme el amor y la fortuna!
 ¿En que muger habrá firmeza alguna?
 ¿Quien tendrá constancia?
 Si quien dixo muger, dixo mudanza?
 Marramaquix con ansias y desvelos
 Vino á enfermar de celos,
 Porque ninguno cosa le alegraba.
 Finalmente Merlin que le curaba,
 Gato de cayas canas, nombre y ciencia
 Era notoria á todos la experiencia,
 Mando que se sangrase;
 Y como no bastase,
 Vino á verle su dama,
 Aunque tenia en un desmayo la cama,

Tomo III,

8

A donde la carroza no podía
 Subir por alta y por estrecha vía,
 Pero en su apesada
 Entró de su escudero acompañada.
 Mirándose los dos severamente,
 Después de asejado el accidente,
 El con maulló habló, ella con mirlo,
 Que fuera harto mejor pegarla un chicle.
 Pero por alegrarle la sangre,
 Le traxo su criada Bufalia
 Una patá de ganso y dos ostiones.
 El se quejó con tímidas razones
 En su lenguaje mizo,
 A que ella con vergüenza satisfizo.
 Quejas, que traducidas de él y de ella
 Así decían: « Zapaquilda bella,
 ¿Por qué me dexas tan injustamente?
 ¿Es Mizifus más sabio, más valiente,
 Tiene más ligereza, mejor cola?
 ¿No sabes que te quisie elegir sola
 Entre quantas se precian de mirradas,
 De bien vestidas y de bien tocadas?
 ¿Esto merece que un invierno helado,
 De tejado en tejado
 Me baltase el alba al madrogar el día,
 Con espada, broquel y bizarría,
 Mas cubierto de escarcha,
 Que soldado español que en Flandes marcha
 Con arcabuz y frascos?
 Si no te he dado telas y damascos,

Es porque tú no quieras vestir galas
 Sobre las naturales martingalas,
 Por no ofender, ingrata, á tu belleza
 Las nugas que te dió naturaleza.
 Pero en lo que es regalo, ¿quien ha sido
 Más cuidadoso, como tú lo sabes?
 En quanto en las cocinas strevido
 Pude garrafinar de peces y aves?
 ¿Que pastel no te truxe, que salchicha?
 ¡O terrible desdicha!
 Pues no soy yo tan feo,
 Que ayer me ví, mas no como me veo,
 En un caldero de agua, que de un pozo
 Sacó para regar mi casa un mozo,
 Y dixé: ¿Esto desprecia Zapaquilla?
 ¡O celos, ó impiedad, ó amor, reñida.
 No suelo desmayarse al sol ardiente
 La flor del mismo nombre, la arrogante
 Cerviz baxar humilde, que la grate
 Por la líca altitud llamó gigante;
 Ni queda el tierno instante
 Mas cansado después de haber llorado
 De su madre en el pecho regalado,
 Que el amante quedo sin alma. ¡O cielos,
 Que dulce cosa amor, que amarga zelos!
 Ella como le víó que ya exhalaba
 Blandamente el espíritu en suspiros,
 Y que piramizaba
 Entre dulces de amor fugidos tiros,
 Para que no se rompa vena ó fibra,

El mascarador de las ausencias vibra,
 Pasándole dos veces por su cara.
 Volvióle en sí, que aquel favor bastara
 Para libralle de la muerte dura,
 Y luego con melifera blandura
 Le dixo en lengua culta:
 • Si tu amor dificultá
 El que me debes, en tu agraxio piensas
 Tan injustas ofensas,
 Que aunque es verdad que Mizául me quiere
 Y dice á todas que por mí se muere,
 Yo te guardo la fe como tu esposo. •
 Cesó con esto Zapaquilda hermosa.
 Sellando honesta las dos rosas bellas,
 Que siempre hablaron poco las doncellas,
 Que como las viudas y casadas
 No están en el amor exercitadas.
 Baxaba ya la noche,
 Y las ruidas del coche
 Tachonadas de estrellas,
 Brilladores diamantes y centellas
 Detras de las montañas resonaban:
 Los páxaros callaban,
 Dexando el campo yermo,
 Quando los pajes del galán enfermo
 En el alto devan lachas metían,
 Que á alumbrar la carroza prevenían.
 Entónces los amantes,
 (Que son los cumplimientos importantes)
 Ella por irse, y él quedarse á solas,
 Se hicieron reverencia con las colas.

SILVA II.

Convaleciente ya de las heridas
 De los crueles zelos
 De Mizául, Marramaquiz valiente,
 Aquellos que han cortado tantas vidas,
 Y que en los mismos cielos
 A Júpiter, señor del rayo ardiente,
 Con disfraz indecente,
 Fugitivo de Juno,
 Su rigor importuno
 Tantas veces mostraron,
 Que en fuego, es cibus, en buey le transformaron
 Por Europa, por Leda y por Egius;
 Con pálida color y banda verde,
 Para que la sangria se le acuerde,
 Que amor enfermo á condoler se inclina,
 Paseaba el tejado y la bardada
 De aquella ingrata quanto hermosa fiera.
 ¿Quién ama lietas que firmeza espera,
 Que sea, que premio aguarda?

Zapaquilda gallarda
 Estaba en su balcón, que no atendía
 Mas de á saber si Mizául venía,
 Quando Garraf su paje,
 Si bien de su linaje,
 Llegó con un papel y una bandeja,
 Ella la cola y el confín despeja,
 Y la bandeja toma

Sobre negro color labrada de oro
 Por el Indio Oriental, y con decoro
 Mira si hay alguno que primero coma :
 Ofensa del cristal de la belleza,
 Propia naturaleza
 De gatas ser gulosas,
 Aunque al tomast se llaman melindrosas.
 Y antes de oír al page
 Ve las alhajas que el galán envía,
 Que joya, que invencion, que nuevo trage :
 En fin vió que traía
 Un pedazo de queso
 De razonable peso,
 Y un relleno de huesos y tocino,
 Atis en fruta que produce el pino
 Entre menudis zama
 En la faldá del alto Guadarrama,
 Pur donde van al bosque de Segovia :
 Y luego en fe de que ha de ser su novia
 Dos cintas que le arxan de arracadas,
 Gala que solo a gatas regaladas,
 Quando pequeñas, lax mugeres ponen,
 Que de rosas de núcar las componen,
 Tronó luego el papel y con sereno
 Rostro, spartando el queso y el relleno,
 Vió que el papel decía :
 - Dalee Señora, dulce prenda mia,
 Sabrosa, (aunque perdónes Garcilaso,
 Si el consonante mismo sale al paso)
 Mas que la fruta del cercado ageno,

Ese queso, mi bien, ese relleno,
 Y esas cintas de núcar os envío,
 Señas de la verdad del amor mio .

Aquí llegaba Zapaquilla, quando
 Macramaquez zeloso, que mirando
 Estaba desde un alto caballete
 Tan gran traicion! coléxico arremete,
 Y echa veloz de ardiente furia lleno
 Una mano al papel y otra al relleno :
 Garraf se parma y queda sin sentido,
 Como el que oyó del arcabuz el trueno
 Estuando divestido,
 A quien el ofendido
 Tiró una manotada con lax fieras
 Uñas de suerte que furmando esferas
 Por la region del ayte y agoroso,
 Le arrojó tan furioso,
 Que en el claro cristal de sus espejos
 Pudo cazar venuejos
 Menos apasionado y mas ojeoso.
 No de otra suerte el jugular ligero
 Le vuelve la pelota al que la saca
 Herida de la pala resonante,
 Quéjase el ayre que del golpe fiero
 Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
 Y chaza el que interviene el pie delante ;
 El gatazo arrogante,
 Sin soltar el relleno despedaza
 El papel que en los dientes

Con la espuma zelosa vuelve estraza,
 Y á Zapaquilda atónita amenaza.
 Como se suele ver en las corrientes
 De los undosos rios quien se ahoga,
 Que asiéndose de rama, yerba ó sogá,
 La tiene firme de sentido ageno;
 Así Marranaquiz tiene el relleno,
 Que ahogándose en congojas y desvelos,
 No saltala la caesa de los celos.
 ¡O quanto amor un alma desolpera,
 Pues quando ya se ve sin esperanza,
 En un relleno tomazé venganzas!
 ¿Mas quien imaginara que pudiera
 Dar celos el amor en ocasiones
 Con rellenos de huesos y pinones?
 ¡Maa ay de quien le habia
 Hecho para la cena de aquel día!

Huyóse en fin la gata, y con el miedo
 Tocó las tejas con el pie tan quendo,
 Que la Amazona bella parecia,
 Que por los trigos palidos corria.
 Sin doblar las espigas de las cañas,
 Que de tierras estranas
 Tales gazapas las historias cuentan.
 Los miedos que á la gata desalientan,
 Le hicieron prometer, si la libraba,
 Al niño amor un arco y una aljaba.
 De aquel zeloso Rodamonte fiero,
 Hasta pasar las furias del Encero,

El qual juró olvidarla, y en su vida,
 Desnuda, ni vestida
 Volver á verla, ni tener memoria
 De la pasada historia,
 Y buscar algun sabio
 Para satisfaccion de tanto agraxio:
 Pero fueron en vaho sus desvelos,
 Que amor no cumple lo que juran celos,
 Y tanto puede una muger que llora,
 Que vienen á reñirla y enamoira.
 Creyendo que el alma, en sus zelosas iras,
 Por una lagrimilla mil mentiras.
 Y como Ovidio escribe en su Epistolio,
 Que no me acuerdo el folio,
 Estas heridas del amor protervas
 No se curan con yerbas,
 Que no hay para olvidar á amor remedio
 Como otro nuevo amor, ó tierra en medio.

Garraf en tanto que esto se trataba,
 Estropeado á Mizifuf llegaba,
 Maullando tristemente
 En acento hipocóndrico y doliente,
 Como suelen andar los gallicérox
 Para sacar dineros,
 Manqueando de un brzo
 Colgado de un retazo,
 Y débiles las piernas,
 Una cerrando de las dos linternas,
 Por mirar á lo vizco,

Luego en el corazon le dió un pellizco
 La mala nueva que adelanta el daño,
 Haciendo el aposento al desengaño,
 Y díxole: ¿que tienes,
 Garraf amigo, que tan triste vienes?
 Entonces él moviendo tremolante
 Bixudo en la detrás, lengua delante,
 Le refirió el suceso.

Y que Marraucaquis papel y queso,
 Y relleno tambien le habia tomado,
 Como zeloso airado,
 Como agraviado necio,
 Con infame desprecio,
 Con descortes porfias,
 Y que de tan estraña gateria
 Zapaquilda admirada
 Huyó por el desvan la saya alzada:
 Que lo que en las mugeres son las naguas
 De raso, tela, ó chamelote de aguas,
 Es en las gatas la flexible cola,
 Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.
 Contóle que de aquella manotada,
 Con su cuerpo afligido,
 De miedo helado y de licor teñido
 Descalabró los ayres,
 Y con otros agravios y desayres,
 Que prometió vengarse por la espada
 De haberla enumorado á Zapaquilda,
 Y hablarla en el tejado de Castilla,
 Una tendera que en la esquina estaba:

Y díxo que pensaba
 En desprecio y zifenta de sus donas,
 Hacer de los listones
 Cintás á sus zapatos.
 ¡O zelos! si entre gatos
 De hurias y de veras
 Formais tales chimeras,
 ¿Que haréis entre los hombres
 De hidalgo proceder, y honrados nombres?

No estuvo mas virado
 Agamenon en Troys,
 Al tiempo que metiendo la tramoya
 Del gran Paladion de armas preñado,
 Echáron fuego á la Ciudad de Eneás
 De ardientes lachas y encendidas teas,
 Causa fatal del miserable estrago
 De Dido y de Cartago,
 Por quien díxo Virgilio,
 Que llorando decía,
 Destituída de mortal auxilio:
 ¡Ay dulces prendas quando Dios queria!
 Ni Barbaroxa en Tunex,
 Ni el fuerte Pirro, ni Simon Antanez,
 Este bravo Español y Griego el otro,
 Que Mizifuf como si fuera potro,
 Belinchando de cólera en oyuedo
 El fiero y estupendo
 Furor de su enemigo:
 Mas prometiendo darle igual castigo

Se fué á trazar el modo
De vengarse de todo,
Que á un pecho noble, á un inclito sugeto,
Mayor obligación mas zelo alcanza
De poner en efecto
Desempeñar su honor con la venganza.

Marramaquí en tanto
Desesperado por las selvas iba,
Para buscar el sabio Garfúnto,
Al tiempo que el aurora fugitiva
De su cansado esposo
Arrojaba la luz á los mortales,
Y el sol infante en líquidos pañales
De celages azules
Mandaba recoger en sus brazos,
Para poder abrir los de oro y rosa,
El manto de la noche temerosa,
Aunque era todo el manto de diamantes,
En el záfiro nítido brillantes,
Ojos del sueño, el harto y el espanto.
Este gatzro y sabio Garfúnto,
Cano de herba y de mostachos verde,
De un ojo resusliado, y de otro tuesto,
Bien que de ilustre cola venerable,
Y que sabís con rigor notable
Natural y moral filosofía,
Por las montes vivía
En una cueva oculta,
Cuya entrada á las fieras dificultá,

Como

Como el de Polífemo un alto risco.
No se le daba un prisco
De riquezas del mundo, que estimaba
Solo el sol que Alexandro le quitaba,
A aquel que de los hombres puesto en fuga
Metido en un tonel era tortuga.
Bien hay quien desprecia
Esta fabula necia
De honore, pretensiones y lugares,
Por estudios ó acciones militares.
Sabía Garfúnto Astrología,
Mas no pronosticaba,
Que decia que el cielo gobernaba
Una sola virtud que le movía,
A cuya voluntad está sujeto
Quanto crió, que todo fué perfecto
No sacaba Almanagues,
Ni decia que en Troya y los Alfaques
Verían abundancia
De pepinos y breras,
Muchas lentejas en París y en Tebas,
Y que cierta cabeza de importancia,
Sin decirnos á donde, saldría,
Que por mugeres Venus prometía
Fendencias y disgustos,
Como si paz sus zelos ó sus gustos,
Fuese en el mundo nuevo.
Pero volviendo á nuestro sabio Febo,
Despues de consultado

Tomo III.

9

Dixo á Marramaquiz, que su cuidado
 En vano á Zapaquilda pretendia,
 Y que solo sería
 Remedio, que pudiese en otra parte,
 Vengándose con arte,
 Los ojos, divirtiendo el pensamiento:
 Que amar era cruel desabrimiento
 Mas que traer un áspid en las palmas,
 En no reciprocándose las almas,
 Que Amor se corresponde con Anteros,
 Y mas si lo negociaban los dineros.

Destituido el gato
 Ya de mortal socorro,
 Se fué calando el morro,
 Y dióle una salchicha
 Por no mostrarse á Garfínanto ingrato,
 Que no pagar la ciencia
 Es cargo de conciencia,
 Mas dicen que de sabios es desdicha.
 Pensando en quien pudiese finalmente
 De toda la gatesca bizarria

La dulce enamorada fantasía
 Para verse de amor convalesciente,
 Se le acordó que enfrente
 De su casa vivia un boticario,
 De cuyo cocinante vestuario
 Una gata salia
 Que la bella Micilda se decía,
 Y sentada tal vez en su tejado

Miraba como dama en el estrado
 Los nidos de los sabios gorriones
 Dexando pulular los embriones,
 Y en viendo abiertos los maternos huevos
 Comerse algunos de los ya manebos.
 Admitiendo este nuevo pensamiento,
 Mas que su voluntad, su entendimiento,
 Que amor en las venganzas se resfria,
 Emprende mucho y executa poco;
 Por entonces templó la fantasía,
 Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.

Estaba el sol ardiente
 Una siesta de Mayo calurosa,
 Aunque amorosamente,
 Plegando el nácar de la fresca rosa,
 Que producen los niños abrazados,
 Huevos de cisne, y huevos estrellados,
 Pues que los hizo estrellas;
 Cuando Micilda con las manos bellas
 La cara se lavaba y componia

No lejos del tejado en que vivia
 Marramaquiz, que ya con mas cuidado,
 La miraba y servia,
 En fe del Garfínanto consultado.
 Quando al mismo tejado
 Zapaquilda llegó por accidente:
 El gato viendo la ocasion presente,
 Para que su deseo
 La diese zelos con el nuevo empleo,

Llegándose mas tierno y relamido
 A Micilda, que ya de vergonzosa
 Estaba mas hermosa,
 Y equívoco fingiendo,
 Falso desprecio, descuidado olvido,
 En su ven, mas misma padeciendo
 Amorosos deseos,
 (Tales son del amor los obreros)
 Requebrando a Micilda a quien pensaba
 Ofrecer los despojos
 De aquella guerra paz de sus ojos,
 Y a Zapauilla á lo mejor miraba
 En las intercadencias de los ojos.
 Tan extraño sentido
 Que es mena entenderlo
 Mientras que mas parece que se entiende,
 Pues siendo con engaños se defiende:
 Que si las luces de los ojos miras
 Basta ser niñas para ser mentiras.
 Micilda, a quien tocaba en lo mas vivo
 El amor primitivo,
 Porque como doncella fácilmente
 A lo que entonces siente
 La tierna edad se rinden y avasallan,
 Hablando con los ojos quando callan,
 De buena gana dio fácil oído
 A los requiebros del galán fingido,
 Con que ya andaban de los dos las cosas
 Mas turbulentas que del mar las olas.

Zapaquilla sentida,
 De aquella libertad (que es propio efecto
 De la que fué querida
 Sentir desprecio donde vió respeto)
 Murmurando entre dientes
 Amenazaba cosas indecentes
 Entre personas tales,
 En calidad y en nacimiento iguales.
 Como se ve grañir perro de casa
 Mirando al que se entro de fuera enfrente,
 Estando en medio de los dos el hueso,
 Que ninguno por el de miedo pasa,
 Parando finalmente
 Las iras del castigo sucesos
 En que ninguno de los dos lo come,
 Obligando á que tome
 Un palo algun erizado
 Que los desparte airado,
 Y dexa divididos
 Quezando el hueso en paz y ellos mordidos;
 Así feroz gruñia
 Zapaquilla envidiosa,
 Efectos de zelosa,
 Aunque al gallardo Mizifuf querria:
 Que hay mugeres de modo
 Que aunque no han de querer lo quieren todo
 Por que otras no lo quieren;
 Y luego que rindieron lo que esperan,
 Vuelven á estar mas tibias y olvidadas.
 Finalmente las gatas encontradas,

Siendo Marramaquí el hueso enemigo,
 (Tal suele ser de zelos el remedio)
 A pocos lances de mirarse airadas
 Vinieron á las manos dando al viento,
 Los cabellos y faldas,
 Y en tanto arañamísuto,
 Turbadas de color las escueraldas,
 Manillando en tripe y el gatazo en baxo,
 Cayéron juntas del tejado abaxo.
 Con ligereza tanta,
 Aunque decirlo espanta,
 Por ser como era el salto
 Cinco suelos en alto,
 Hasta el alero, del tejado fines,
 Que no perdió ninguna los chapines:
 Quekando el negro amante
 Deques de tan extraños desconsuelos
 Maneto de rasi en acto semejante:
 Tau dulce es la venganza de los zelos.

SILVA III.

Distaba de los polos igualmente
 En mansera del Sol y Cinouira,
 Estima quadrilátera figura,
 Con la estrella luciente
 Que usaba el navegante,
 Baxaba la celeste arquitectura:
 Velaba todo suante
 Por el silencio de la noche obscura,
 Y en el audiano clima el sol ardía,

En dos mitades dividido el día,
 Quando gallardo Mizifuf valiente
 Paseaba el tejado de su dama,
 Que sangrada en la cama
 La tuvo el accidente
 Dos días, que faltó sol al tejado
 Y estuvo la cocina sin cuidado,
 No por la altura de los siete suelos,
 Mas por el sobresalto de los relos.
 Iba galan y bravo,
 Un cucharon sin cabo
 Destos de hierro de sacar hueselos
 Por casco en la cabeza,
 Que en ella tienen la mayor firmeza:
 Pues no suelen morir de siete heridas,
 Por quien dicen que tienen siete vidas,
 Y un golpe en la cabeza los atonta,
 Asi la tienen á desmayos pronta.
 Broquel de cohertera,
 Espada de caballo, que ántes era
 Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
 Que él solia llamar timóndes gatos:
 Y por las muchachas de los pies y el anca
 Natural media blazica,
 Y capa de un honete colorado,
 Abierto por un lado,
 Plumaz de un pardo gorrion cogido,
 Por ligereza, pero no por arte.

Así rondaba el nuevo Darandarte,
 Galán favorecido,
 Porque son los favores de la dama
 Guarnición de las galas de quien ama.
 Dos músicos traían instrumentos
 A cuyo son y acentos
 Cantaban dulcemente,
 Y así llegando del balcón enfrente
 De Zorospalda bella,
 Cantáron un romance que por ella
 Compuso Mialful, poeta al uso,
 Que él tampoco entendió lo que computo.
 Mas puesta á la ventana
 Con serenero de su propia lana,
 Hasta que Bufalia
 Le traxo un rocadero
 Que por mas gravedad y fantasía
 Sirvió de capirote y sereneto,
 Y en medio de lo grave
 Del romance suave
 Les dixo con despejo,
 Pareciéndole veras á lo viejo,
 Que xácaras cantasen picaresca:
 Y así cantáron la mas nueva y fresca,
 Que para que lo heroyca y grave olviden,
 Hasta las gamas xácaras les piden;
 ¡Tanto el mundo decrepito delira!
 Aquí se resolvió la dulce Lira,
 En dos lascivos ayes,
 Andolas, guirigayes,

Y otras tantas hazezas.
 Cantáron pues las bárbaras proezas
 Y hazañas de rufianes,
 Que estos son los valientes capitanes
 Que celebran poetas,
 De aquellos que en extremas
 Necesidades viven, arrojados
 Al vulgo como perros á lencas,
 Que la virtud y estudios mal premiados
 Mueren por hospitales y mesnas,
 Verdes laureles de Virgílios y Enaios
 Percen la virtud y los ingenios.
 Mas ¿quien le mete á un hombre Licenciado
 Mas que en hablar de solo su tejado?
 Que no le dió la escuela mas licencia,
 Y es todo lo demas impertinencia.

Quando aquesto pasaba
 Marramquiz estaba
 Inquieto y acostado,
 Treguas pidiendo á su sazonal cuidado;
 Pero como el amor le deavelaba
 Dió, de sentido filto,
 Desde la cama un salto,
 Compuesta de pellejos,
 Otro tiempo conjeja
 Que en el Pardo vivian,
 Y en la cola sus cédulas traían
 Para seguridad de sus personas;
 Mas ¡Ay muerte cruel á quien perdonas!

Saltó en efecto como el Conde Claros,
 Y armándose de defensas y reparos,
 Vino de ronda al puerto por la posta
 Por ver si había moros en la costa,
 Y no siendo ilusión el pensamiento,
 Que del alma el primero movimiento
 Pocas veces engaña.
 No suele dehil caña
 En las espadas verdes esparceña
 Del ayre sacudida
 Hacer vano ruido
 Con mas veloz sonido,
 Como rugió los dientes:
 Ni entre los accidentes
 Del erizado frio
 Al enfermo sucede
 Aquel ardor contrario;
 Como de ver tan loco desvario,
 Que apenas le concede
 Entre uno y otro pensamiento vario,
 Respiracion y aligato,
 De la vida instrumento:
 Helado y abrasado
 Entre ardores y hielos,
 Que al frio de los relos
 Frigido fuego sucedió mezclado,
 Que con distinto efecto
 En un mismo sugeto
 Viven, siendo contrarios:
 La causa es una, y los efectos varios.

Miraba á Zapaquilda en la ventana
 Hablando con su amante
 Sin miedo de la luz de la mañana
 Que coronaba el último diamante
 Del manto de la noche que iba huyendo,
 Y cantando y tañendo:
 Los músicos con tanto desenfado
 Como si fuera su tejado el prado:
 Que nunca los amantes
 Previniéron peligros semejantes.
 Así los embeleca
 Amor de ceca en meca,
 Como olvidada Antonio con Cleopatra,
 La Gitana de Ménfis que idolatra,
 Que ciego de su gusto no temía
 Al César que siguiéndole venía:
 Porque si fué Romano Octaviano,
 También Marratuaquiz era Romano;
 Y si valiente César y prudente
 No ménos fué el presente que valiente,
 Que en su tanto, los méritos mirados,
 César pudiera ser de los tejados.
 Como detras del árbol escondido
 Mira y advierte con atento oido
 El cazador de paxaros el ramo
 Donde tiene la liga y el reclamo,
 Para en viendo caer el inocente,
 Gálguero, que los dulces silvos siente
 Del amigo traydor que le convida

A dura cárcel con la voz fingida,
 Y apenas ve las plumas revolando
 Entre la liga, quando
 Arremete y le quita, no piadoso,
 Sino fiero y cruel; así el zeloso
 Marramaquí atento
 Esperaba el pródigo movimiento
 Del venturoso amante, que decía
 Con dulce miramiento:
 « Dulce señora mía,
 ¿Quando será de nuestra boda el día?
 ¿Quando querrá mi suerte que yo pueda
 Libraros dulce esposa,
 Que entónces para mí será dichosa?
 ¡Ay, tanto bien el cielo me conceda!
 Mas fué nuestra fortuna
 Que Júpiter juras por Niña alguna,
 Aunque se transformaba
 En buy que el mar pasaba,
 En sastro, y en agulla, y en gato,
 Nunca le vieron transformarse en gato,
 Porque si alguna vez gaticuiera
 De las amantes gatas se doliera ».
 Con voz enahorada
 Doliente y decamayada
 La gata respondia:
 « Muero fuera el día
 De nuestra alegre boda,
 Pero todo, mi bien, desacomoda

Aquel

Aquel infame gata fensuido,
 Marramaquí zeloso de su olvido,
 Que en llegando á saber mi casamiento,
 Hubiera temerario arañamiento,
 Y estimar vuestra vida
 Me tiene temerosa y escogida,
 Que es rubiata y saliente,
 Y en materia de zelos impaciente:
 Mejor será matalle con veneno ».
 Aquí de furia lleno
 Respondió Mizifal: « ¿Por un villano
 Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
 ¿El, señora, lo estorba?
 ¿Es por ventura mas que yo valiente?
 ¿Tiene la uña coera
 Mas dura que la mía,
 O mas agudo ó penetrante el diente
 Entre la mostachosa arullería?
 ¿Que hueso de la pierna ó espinazo,
 Se me resista á mi, que fuerte brazo?
 ¿Yo no soy Mizifal, yo no desciendo
 Por línea recta, que probar pretendo,
 De Zafirón el gato blanco y rubio
 Que despues de las aguas del diluvio
 Fué padre universal de todo gato?
 ¿Pues como ahora con druden ingrato,
 Teneis temor de un maullador gallina,
 Valiente en la cocina,
 Cobarde en la campaña;

Tomo III.

10

Y referir por invencible hazaña,
 Dar á Garraf, un gato mi escudero,
 Que fuera de ser gato forzistero
 Es ahora tan mozo
 Que apenas tiene bozo,
 Una guantada con las uñas cinco,
 Si de repente dio sobre el un brinco?
 ¿Que Scipion del Africano estrago?
 ¿Que Anibal de Cartago?
 ¿Que fuerte Pero Vazquez Facanilla,
 El bravo de Sevilla?
 Por esos ojos, que á la verde faldá
 De las selvas hurtaron la esmeralda;
 Que si entouces mi hallara en el tejado,
 Que no llevara como se ha llevádo
 El queso y el relleno,
 ¿Y quereis que le mate con veneno?
 Esa es muerte de Principes y Reyes,
 Con quien no valen las humanas leyes,
 No para un gato bárbaro oobarde,
 Cuyas orejas os traré esta tarde,
 Y de cuya pellejo,
 Si no me luy con mejor consejo,
 Haré para comer con mas gobierno
 Una ropa de marta este invierno.
 Aquí Marramaquiz desatinado,
 Qual suele arremeter el xaramiño
 Toro feroz de media luna armado
 Al caballero con airado ceño,

Andaluz, ó estremiño,
 Que la patria jamas pregunta el toro,
 Y por la franja del bordado de oro
 Ceparon meterle en la burriaga
 Dos palmos de madera de tuercos,
 Acudiendo al socorro caballeros,
 A quien la sangre, ó la razon obliga,
 Al caballo inocente que pensaba
 Quando le vió venir que se burlaba:
 • Gallina Mizifuf, dixo furioso,
 El hocico limpiándose espamoso,
 Blasonar en ausencia
 No tiene de mugeres diferencia.
 Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble
 De todo gato de ascendiente noble:
 Si tú de Zapiron, yo de Malandro,
 Gato del Macedon Magno Alexandro,
 Desciendo, como tengo en pergamino
 Pintado de colores y oro fino,
 Por armas un morcin y un pie de puzco
 De Zamora ganados en el cerco,
 Todo en campo de gola
 Sangriento mes que raxas rompolar,
 Con un quartel de quesos esideros,
 Roeles en Castilla los primeros.
 No fueron en cocinas mis hazanas,
 Sino en galeras, naves y campañas;
 No con Garraf tu page,
 Con gatos moros, las mejores luzas.

Que yo maté en Granada á Trapaganzas
 Gatzco Abencerraje,
 Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á Murcifo,
 Gato que fué del Regidor Bengifo,
 Y de dos uñaradas
 Deshice á Golosillo las quixadas
 Por gusto de nna Miza, mi respeto,
 Y le quité una oreja á Boquiflito,
 Gato de un albañil de Salobreña:
 La cola en Fumidoña
 Quité de un estiron á Lameplatas
 Mesanero de Gatos,
 Sin otras cuchilladas que he tenido,
 Y la que di á Garrido,
 Que del corral de los naranjos era
 Por la espada primera
 Único gatyéida.
 Pero es hablar en cosa tan sabida
 Decir que el tiempo vuela y no se para,
 Que no hay cara mas fea que la cara
 De la necesidad; y la mas bella
 Aquella del nacer con buena estrella,
 Que alumbró el sol, y que la nieve enfria,
 Que es oscura la noche y claro el día.
 Esa gata cruel, que me ha dexado
 Por tu poco valor, verá muy presto,
 Si no es aqueste tejado
 El teatro funesto,
 Como te doy la muerte que mereces,

Porque mi vida á Zapaquilda ofrecés,
 Llerando tu cabeza presentada
 Á Micilda, que es ya mi preñada amada:
 Micilda que es mas bella
 Que al despertar sol escándida estrella
 Venas, que rutilante
 Es de su anillo espléndido diamante.
 Esta si que merece la fe mia,
 Mi constancia, mi amor, mi bizarría,
 Que no gatas mudables,
 Que si por su hermosura son amables,
 Son por su condicion aborrecibles,
 Amigos de mudanzas y imposibles.

Aquí sacó la espada ragniosa
 De la vaina mohosa,
 Y á los golpes primeros
 Se lamaron falleros,
 Si bien no hay deshonro desenvaynada,
 Y Zapaquilda huyendo,
 De súbito temor la sangre helada
 Dexóse el serenero en el tejado.
 Los músicos en viciada
 El belloso dardo conenado,
 Huyéron como suelen,
 Que no hay garzas que vuelen
 Tan altas por los vientos:
 Dicen que por guardar los instrumentos,
 Y mil razones tienen,
 Pues que solo á cantar con ellos vienen.

Que mal cantara un hombre si supiera
 Que habia luego de sacar la espada
 Que tanto el pecho altera;
 Ni pudiera formar la voz turbada:
 Que hay mucha diferencia, si se mira,
 De dar en los hroqueles ó en las cuerdas,
 Pasar la espada el pecho, ó por la Lira,
 El arco haciendo las pegadas cerdas.

Andaba entonces Guruguz de ronda
 Con una escuadra vil de sus esbirros,
 Cuyo abuelo nacido en Trapisonda
 Curaba hipococondriacos y cirros,
 Y viendolos sudar á la redonda,
 Como si fuesen Césares ó Pirros,
 Los dos valientes gatos,
 Con fuere anhelo descansando á ratos,
 Llegaron á ponerse de por medio,
 Que fue difícil, pero fué remedio.
 Mas como respetar á la justicia
 De gente principal respeto sea,
 Y lo contrario bárbara malicia,
 Luego Maeracauquit rindió la espada,
 ¿Quién habrá que lo crea?
 Mas viendo Guruguz que no quería
 Que el amistad quedase confirmada,
 Sino permanecer en su porfia,
 Llevólos á la cárcel enojado,
 Quando Febo dorado
 Asomaba la frente

Por las ventanas del rosado oriente
 Como si azúcar fuera, y de colores
 Ea campo verde iluminó las flores.

SILVA IV.

Quien dice que el amor no puede tanto,
 Que nuestro entendimiento
 No puede sojeterle, es imposible
 Que sepa que es amor, que reyna en quanto
 Compone alguna parte de elemento
 En el mundo visible,
 ¿O fuerza natural incomprehehsible,
 Que en todo quanto tiene,
 Una de las tres almas
 A ser el alma de sus almas viene?
 ¿Quien no se admira de mirar las palmas
 En la region del Africa desuada,
 Quando su fruto en oro el color muda
 Con solo aquel ardor vegetativo,
 Amarse dulcemente?
 Que en lo demas que siente
 No es tuculo que de amor el fuego vivo
 Imprima sentimiento,
 Y natural deseo
 Con lazos de pacifico himeneo.
 La fiera, el ave, el pez en su elemento,
 Todos aman y querrén
 Por la razon de hizo lo que es amable:
 Pues ama lo que solo es vegetable,

Si de ningún sentido el bien inferen.
 Entre las cosas que por él adquieren
 Algún conocimiento,
 Perdonen quantas aves y animales
 De su distinto gozan elemento,
 Ningunas son iguales
 En amor á los gatos,
 Exceptuando las monas.
 Que hasta en esto se precian de personas,
 Y ya que no en esencia, en ser retratos.
 Porque acontece con el hijo al pecho
 Abrazalle con lazo tan estrecho,
 Que le hacen exhalar la sensitiva
 Alma vital; así el amor les priva
 Que fué en la estimativa conocida
 Del natural sentido;
 Y si por opinión crítico alguno
 Tiene que suor tan loco
 No puede haber en animal ninguno,
 Vayase poco á poco
 Al Africano Tetuan á donde
 Verá como los árboles trepando
 Esta del hombre semejante propia,
 De que hay allí gran copia,
 Ya sale con el hijo, ya se esconde,
 Y á los que van ó vienen estamando
 Con risa de monesco regotijo
 Muestra el peloso hijo.
 Mas fuera disparate,

Si no es que de ellas trate,
 Ir por ver un a mona
 Hasta el Africa un hombre;
 Que si de Tito-Livio llevó el nombre
 Muchos hombres á Roma, fué corona
 De los historisadores,
 Que solo aquellas cosas superiores
 Dignas por fama de admirable espanto
 Es bien que cuesten tanto,
 Como ver á Venecia,
Perche chi sua la vede non la presta,
 Que al cielo desde el agua se avocina,
 Y en gondolas por coches se camina.
 Los gatos en efeto
 Son del amor un indice perfeto,
 Que á lo demás prefieren,
 Y quien no lo creyere
 Asómese á un tejado
 En frías noches de un invierno helado,
 Quando miren las Hélices nocturnas
 Las estrelladas urnas
 Del frígido Aquario,
 Verá de gatos el concurso vario
 Por los miriades de la amada gata,
 Que sobre tejás de escarchada plata
 Su estrado tiene puesto,
 Y con mirrado gesto
 Responde á los maullos amorosos
 De los competidores,

No de otra suerte oyendo sus amores,
 Que Angélica la bella
 De Ferragut y Orlando,
 Amantes belicosos,
 Quando andaban por ella
 Sin comer, ni dormir, acuchillando
 Franceses y Españoles,
 De que no se le dió dos caracoles.
 ¿Que cosa puede haber con que se iguale
 La paciencia de un gato enamorado,
 En la canal metido de un tejado
 Hasta que el alba sale,
 Que en vez de rayos corran al oriente
 De carambones frigidis la frente?
 Pues sin gaban, abrigo, ni sombrero
 Febo oriental le mirará primero,
 Que el dexa de obligar con tristes quejas
 Las de su gata rígidas orejas.
 Por mas que el cielo llevea
 Mariposas de plata quando nieva.

Mas dexando causadas digresiones,
 Que el Retórico tiene por viciosas,
 Aunque en breves paréntesis gustosas,
 Presos los dos gatíferos campeones
 Por no querer hacer las amistades,
 Y responder soberbias libertades;
 Dicen que Zapaquilla
 Y la bella Micilda
 Tapadas de medio ojo,

Con sus mantos de humo;
 Que es llegar á lo sumo
 De un amoroso autojo,
 Fuéron á ver sus presos,
 Que en tanta autoridad tales excesos
 Parecerá desatino.
 En fin Micilda enamorada vino,
 Con que á toda objecion amor responde:
 Así la Infanta Doña Sancha al Conde
 Garci-Fernandez preso visitaba
 En la oscura prison del Rey su padre,
 Dicen que con deseos de ser madre,
 Que habia dias que sin él estaba:
 Cada qual de las dos imaginaba
 Que la otra venia
 Por el que ella queria,
 Y con este engañado pensamiento,
 Que nunca tienen mucho fundamento
 Los zelos, comenzaron á mirarse,
 En manifestacion de sus enojos,
 Tirándose relámpagos los ojos.
 ¿O quiza las viera entónces levantar
 Sobre los pies derechos
 A ver si eran verdades las sospechas,
 Y de ser descubiertas recatarse:
 Condicion de los zelos esconderse,
 Quererse declarar y no atreverse!
 Que como son desprecio del paciente
 Huyen de que se entienda lo que siente,

Que amor siempre se tuvo por nobleza,
Y los celos por acto de baxeza.
Como si amor pudiese estar sin celos,
Que mas pueden estar sin sol los cielos,
Testigos Juno y Procris á quien llora
Céfalo por los celos de la aurora.
En fin despues de sufrimiento tanto
Quitó Micilda de la cars el manto
Á la siempre zelosa Zapaquilda,
Y ella echando las uñas á Micilda
Con el rebozo el moño.

No suele por los fines del otoño
Quedar la yib dudosa en los arbores
De los marchitos pámpanos robada,
Sin resistencia á los primeros vientos;
Que con nevado soplo y boca helada
Cierzo dexó cada vez con la fiera
Mano que floreció la primavera;
Como las dos quedáron en la rifa;
Ni Fatima y Xarifa
Por el Abencerrage Abindarraez:
Ni por Martin Pelaez
Que del Cid heredó la valentia,
Doña Urraca y Maria de Meneses,
Aquella á quien pedia
Con palabras corteses
Las nueces su galan, si no hablaba;
Así zeloso amor las provocaba.
En fin á puros tajos y reveses

De

De las rapantes uñas aguilenas,
Desmoñadas las grenas
Y el soliman raído,
Quedáron desmayadas sin sentido
Haciendo cada qual la gata-muerta.
No fué con esto la prison mas corta.
Pero salieron de ella finalmente,
Que el tiempo con los bienes ó los males,
Dexando siempre atras todo accidente,
Que fué final accion de los mortales,
Vuela sin detenerse
Dexándose llevar para perderse:
Así pasó la gloria de Numancia
Y la brava arrogancia
De la fuerte Saguato,
Porque la tierra toda es solo un punto
De la circunferencia de los cielos.
¿Pero que desatino de las Muzas
Me lleva á tan estrañas geratusas?
Las iras del amor y de los celos
Pasáron adelante
En uno y otro amante.
Pero Marramquiz aconsejado
De sus amigos, remitió el cuidado
Al amor de Micilda:
Mas como el que tenis á Zapaquilda
Era del alma verdadero afeto,
Aunque disimulaba á lo discreto
Andaba triste y de congojas lleno.

Tomo III,

11

¡Miseró del que vive en cuerpo ageno,
 Y por un amoroso desvario
 Pierde la libertad del albedrio,
 Que no le compra el oro,
 Porque es de todos el mayor tesoro?
 Tenga las mandíbulas de suerte
 Que era un retrato de la muerte fiera,
 Aunque es yerro pintarla calavera,
 Porque aquella es el muerto, no la muerte.
 La muerte ha de pintarse una figura
 Robusta, de cruel semblante airado,
 Los fuertes pies en una piedra dura,
 Fino sepulcro en pórfido labrado,
 Con Reyes y Monarcas
 Hasta el que extra rústicas abarcas,
 Damas que sujetaron Capitanes,
 Y en ásperas naciones
 Por bárbaras regiones
 De fieros Mamelucos y Soldanes,
 Y pintadas al uno y otro lado
 La Enfermedad, la Guerra y la Desgracia,
 Parcas que tantas muertes han causado
 Por tantos desconciertos,
 Que huesos ya no es inuerte, sino muertos.
 No aprovechaba la hermosura y gracia
 De Micilda á quitar al pobre amante
 La memoria tenaz, que amor escribe
 Con la flecha cruel en el diamante
 Del alma donde vive,

Y compitiendo con el tiempo quiere
 Que viva en ella quando el cuerpo muere.

En estos medios Mizifuf intenta,
 A su compedidor viendo remoto,
 Por medio de Garrullo su compadre,
 Que habia sido gato en una venta,
 Pedirla por muger á Ferramoto
 De Zapaquilda padre.
 Propósole Garrullo
 Con prudente maulló
 Las partes de su amigo,
 Como de ellas testigo,
 Sin otras consecuencias
 Que atajaban reloxas diferencias.
 Ferramoto era un gato
 De buen entendimiento y de buen trato,
 Cano de barba y negro de pellejo,
 Persona que en la verde primavera
 De sus años jamas en la ribera
 De Manzanares se le fué conejo;
 Porque sirvió de galgo
 A cierto pobre y miserable hidalgo
 Que con él se alumbraça:
 Y de suerte de noche relumbraça,
 Que pensando una moza que eran lumbre
 Las niñas de los ojos que brillantes
 En la ceniza estaban relumbraçantes
 Yendo al hogar, como era su costumbre,
 Sin pensar darle enojos,

Le metió le pajueta por los ojos.
 Nunca sin esto gato marquesote
 Oposicion le hizo :
 Oyó de buena gana lo propuesto,
 Y del novio galan se satisfizo,
 Aunque llegando á concertar el dote,
 De seca mimbre un cesto
 Dixo que le daria,
 Que de cama de campo le servia,
 Seis sábanas de lienzo de narices,
 Con algunos fragmentos por tapicet
 De viejos reposteros,
 Quatro queasos añejos casi enteros,
 Y una mona cautiva que tenia,
 Que hablaba en lengua culta y la entendia,
 Sin otras mentudencias.
 Con estas conveniencias
 Las capitulaciones se firmaron,
 Y el día de la boda concertaron.

Marramaquíz estaba

En ocasion tan triste,
 Como por burla y chiste,
 Jugando á la pelota
 Con un raton á quien pescó de paso,
 Que de un haal de versos del Parnaso
 A una maleta rota,
 Aunque llena de pleytos y escrituras,
 Pasaba haciendo gestos y figuras.
 Tal suele acontecer un triste caso

En medio de la vida,
 Que no hay seguridad en casa humana.
 Ya con veloz corrida
 Daba esperanza vana
 Al misero animal, ya le volvis,
 Ya le arrojaba en alto
 Mojado de temor, de aliento falto,
 Y en medio del camino le cogia
 Como quien tira al vuelo,
 Diciendo: tente como al agua el hielo;
 Ya con las manos mizas
 Le daba por los lados
 Algunos bofetones regalados,
 Quando llego Tomizas;
 Tomizas su escudero, y sin aliento
 Le dixo el casamiento concertado
 De Mizifuf y Zapaquilda ingrata.
 Y sintiendo perder su dulce gata,
 Dexó al pobre animal que desmayado
 Apenas acertaba con la vida;
 Mas puesto en fuga la libro perdida;
 Que quien no ha de morir, si la fortuna
 Retroca la sentencia
 Nunca le falta diversion alguna
 En aquella dichosa intercadencia.
 A Tomizas en fin la diligencia
 Valió una manotada con la zurda,
 Que quando no le sturda
 No es poco para zurda manotada

Que le dexó la cara desgalada :
 Esto gana traer del mal albricias.
 ; O quanto , Amor , de la razon desquicias
 Un noble caballero !
 Por eso ningun page, ni escudero
 Se fie en la privanza
 Que es fácil en señores la mudanza ,
 Y el Sol es gran señor y nunca para
 En rueda mas mudable ; á la fortuna
 Se parece la dama Doña Luna ,
 Que nunca vemos de una misma cara.
 Dexando la pelota el triste amante ,
 De zelos y de amor perdido y loco ,
 Que la vida y la honra tiene en poco ,
 Vinó á su casa con tristeza tanta
 Que se metió deaxo de una manta ,
 Y luego provocado á mayor furia
 De una carrera se subió al tejado.
 Así desnudo Orlando provocado
 De no menor injuria
 Quando leyó los rótulos del Moro
 Que decian : • Amor , que sin decoro
 En la buena fortuna te gobiernas ,
 Aquí gozó de Angélica Medoro •
 En el papel de las cortezas tiernas
 De aquellos olmos de su hien testigos ,
 Para el Frances Orlando cabra-lugos ,
 Baxó Marramaquiz desesperado ,
 Y entrando en la cocina ,

Sin respeto de Paula y de Marina
 Esclavas del ausente Licenciado ,
 Como laureles y álamos los mira
 Donde Climeu por Paston suspira.
 Los pucheros y cántaros quebraba ,
 Vertió la olla en la sazón que hervia ;
 Y llamando á Borbon herber decia.
 Y á tanto mal llegó su desatino
 Que sacó media libra de tocino
 Que andaba como nave en las espumas ,
 Y si no se lo quitan se lo mama ,
 Tanto pueden los zelos de quien ama.
 Una perdiz que estuviere
 Quiso tragarse , y no dexaba cosa
 Que no la deshiciese
 Por alta que estuviere :
 Trepaba la lustrosa
 Reluciente espetera ,
 Derribando sartenes y asadores :
 Y con estas demencias y furoras
 En una de fregar cayó caldera ,
 (Trasposicion se llama esta figura)
 De agua acibada de quitar del fuego ,
 De que salió pelado.
 Pero viniendo luego
 El señor Licenciado ,
 Dixo : que era veneno que tendria
 Algun vecino que matar queria
 Ratones de su casa ,

Hecha de rejalgat traydora masa,
 Y á su servicio ingrato
 Por matar los ratones mató el gato.
 Y dixo bien segun los aforismos
 De Nicandro, que son los zelos mismos
 Un veneno tan súbito, que apenas
 Toca la lengua, quando ya las venas
 Y el corazon abrasan:
 Tan presto al centro de la vida pasan,
 Que no bay frías cicutas, ni anspelos
 Como solo un escrupulo de zelos.
 En fin de ver el gato lastimado,
 Que le habia criado,
 Envió por triaza,
 Que todo venenoso ardor aplaza,
 De la magna que hacen en Valencia,
 De que tenis una redoma sola
 Cierta Farmacopola:
 El gato con paciencia,
 Respecto de su dueño,
 Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

SILVA V.

O tú, *Don Lope*, si por dicha zhora
 Por los mares antárticos navegas,
 O surto en tierra quando al puerto llegas,
 Preguntas á la aurora
 Que nuevas trae de la bella España
 Donde tus prendas amerosas dexas,

Y por regiones bárbaras te alejas;
 O miras en los golfos
 De la naval campaña
 Por donde vino Júpiter á Eoropa
 Encima de la popa
 Sin velas de Mauricios, ni Rodolfos,
 Mas traydores que fué Vellido de Olfos,
 Sereno el rostro en la dormida Tétis
 De la sirada Amfitrite,
 Mas que en Sevilla corre humilde el Bétis,
 Quando á la mar permite
 La luna Varquerola,
 No por las nubes de color de Angola,
 Una punta á la tierra y la otra al cielo,
 De pocas luces salpicando el velo;
 Escucha en voz mas clara que confusa
 Mi ganifera Masa,
 Y no permitas, *Lope*, que te espante
 Que tal sujeto un Licenciado cante
 De mi opinion y nombre,
 Pudiendo celebrar mi Lira un hombre
 De los que honraron el valor hispano,
 Para que al resonar la trompa asombre
Arma virumque cano.
 Que como no se usa
 El premio, se acobarda toda Musa;
 Porque si premio hubiera
 Del Tojo la ribera
 Oyera en trompa bélica sonora

Divinos versos hijos del aurora,
 Por esto quiere mas que ver ingratos
 Cantar batallas de amorosos gatos,
 Fuera de que escribieron muchos sabios,
 De los que dice Persio que los labios
 Pusieron en la fuente cabalina,
 En materias humildes grandes versos.
 Mira si de Virgilio fueron tersos,
 Cuya princesa pluma fué divina,
 Quando escribió el *Martio* que en la lengua
 De Castilla decimos *Atrodrote*,
 Sin que por él le resultase mengua,
 Ni por pintar el picador *Morquato*.
 ¿Y quien habrá que note,
 Aunque fuese satirico Aristarco,
 De Ulises el *Diálogo* á *Plutarco*?
 La calva en versos alabó *Sinesio*,
 Gran defecto *Tartasio*,
 Quiere decir que hay calvos en España
 En grande cantidad, que es cosa extraña,
 O porque nazen de cerebro ardiente.
 Y tambien escribió del transparente
Cantaleón *Demócrito*,
 Y las cabañas rústicas *Teócrito*,
 Y tanta filosófica fatiga
 Diocles puso en alabar el *Nato*,
 Materia apenas para un vil esclavo,
 El *Ribón* *Marcion*, *Fanias* la *Ortiga*,
 Y la *Pulga* Don *Diego* de *Mendoza*,

Que tanta fama justamente goza.
 Y si el divino *Homero*
 Canto con plectro á nadie *lisougero*.
 La *Batracholomomochío*,
 ¿Por que no cantare la *Gatomaschia*?
 Fuera de que *Virgilio* conocia
 Que á cada qual su genio le movia.

Ya todo prevenido
 Para el tálamo estabas,
 Y el día estatuido
 La posesion llamaba
 A la esperanza de los dos amantes:
 Mas muchas veces con peligro toca
 El vidrio lleno de licor la boca.
 Alegres los vecinos circunstantes,
 Convidados los deudos y parientes,
 Y escrito á los ausentes,
 Que en tales ocasiones mas atentos
 Están á la verdad los cumplimientos.
 Solo *Marramaquiz* gato furioso
 Lamentaba zeloso
 Sus penas y cuidados
 Por altos caballeros de tejados
 En que su voz resuena,
 Qual suele por las selvas *Filomena*
 Que ha perdido su dulce compañía,
 Con triste melonía
 Esparcir los aceros de su pena,
 Triuando la dulcísima garganta

Que á un tiempo llora y canta;
 O como perro bravo
 Que ha perdido su dueño,
 O Flamenco, ó Polaco,
 Que ni se rinde al sueño,
 Ni el natural sustento solicita,
 Aunque en cantar go imita
 Al ruiseñor suave,
 Que una cosa es el perro, y otra el ave,
 Y á cada qual su propio oficio quadra,
 Porque si canta el ave, el perro ladra.
 Tenia ya Ferrato
 En un raquizami curiosamente
 La sala aderezada
 De uno y otro retrato
 De helicosa, quanto ilustre gente,
 Que las efigies son de los mayores
 El mas heroico exemplo,
 De la perpetuidad glorioso templo,
 Como se ven del Tamborlan y Eneas
 Y su Calvo el de las fuerzas gigantes,
 En Jusa de Espera en Dios, y en Transilvano,
 En Pirro Griego, y Scévola Romano.
 Allí estaba Gafurio
 Que ganó la batalla de las monas,
 De grave gato y de naciun Lígurio,
 Y otros gatos con civicas coronas,
 Navales y murales,
 Y al laurel de los Césares iguales.

No faltaban el Túmir y el Mocho,
 Ni con el descolado Hociquimocho,
 Que asistia en las salas del cabildo,
 Y el armado Mufildo,
 Mas de valor que acera,
 Ni Garravillos gato perulero.
 Estaba el rico estrado,
 De dos pedazos de una vieja estera
 Hecha la barandilla,
 De ricas almohadas adornado
 En tarimas de corcho, y por defuera
 El grave adorno de una y otra silla,
 Con tanta maravilla,
 Que si un culto le viera
 Es cierto que dixera
 Por únicos retóricos pleonasmos:
Pestificando asombros, guiso pamos.

Ya las sombras cayendo
 De los mayores montes
 A los humildes valles
 Enlutaban los claros horizontes,
 Y el mecánico estruendo
 En las vulgares calles
 Cesaba á los oficios;
 Tráfigos y bullicios,
 Encerraba el silencio en mudos pasos;
 Y á diferentes casos
 La ronda y los amantes prevenian
 Las armas que tenian,

Quando á la luz huyendo la tiniebla
 De alegres deudos el salon se puebla.
 Vino Calvillo de fustan vestido
 De patas de conejo guarnecido,
 Gregüesco y saltambara,
 Mas amante de Laura que el Petrarca,
 Por una gata de este nombre propio,
 Aunque parezca en gatos nombre impropio:
 Pero si llaman á una perra Linda,
 Diana, Rosa, Fatima y Celinda,
 Bien se pudo llamar Laura una gata,
 De pie bruñido como tersa plata.
 Mauz de botaci truxo gregüesco,
 Cuera de cordaban, gorrón tudesco:
 Y de negro con mucha bizarría,
 Zurron, gato mirado,
 De medias y de estómago colchado:
 Ranillos que haxó de Andalucía
 De conejo en conejo
 Por la Sierra Morena
 A ver del Tajo la ribera amena,
 Con el cano Alcubil su padre viejo:
 Gruñillos y Cacharro
 La nata y flor del esquadron bizarro:
 Marrallos y Malvillo
 Uno de raso azul, y otro amarillo;
 Garrón, Cerote y Burro,
 Gatos de un zapatero.
 Mas para que discurso

Con verso torpe y proceder grosero,
 Quando lo menos de lo mas refiero,
 Si me guardan las damas que aquel dia
 Mostraron cuidadosa bizarría?
 Vino Mitarris bella,
 Motrilla y Palomilla,
 La flor de la canela y de la villa,
 Y cada qual en la opinion dancella,
 Cosa dificultosa:
 Por eso es bien que la muger hermosa
 Quando honesta se llama
 Tenga por obras el perder la fama:
 Y entre todas fué rara la hermosura
 De la bella y discreta Gatifura,
 Y vestida de nécar Zarandilla
 La gata mas golosa de Castilla.
 Ocupadas las sillas y el estrado,
 Salió Tresejos gato remendado,
 Y sacando á la bella Gatiparda
 Comenzáron los dos una gallarda
 Como en Paris pudiera Melisendra;
 Y luego con dos cascarras de almendra
 Atadas en los dedos, resonando
 El eco dulce y blando,
 Baylaron la chuscona
 Tragillos y maymona
 Cogiendo el delante con las dos manos,
 Si bien murmuracion de gatos canos.
 Mas ya, Musas, es justo

Qué me deis vuestro aliento y vuestro gusto
 Canoro si, mas claro,
 Que parezca de un nuevo Sanazaro:
 Denme vuestros cristales en los labios,
 Que de ignorantes me los vuelvan sabios,
 Que Zapaquilda de la mano sule
 De Doña Golosilla su madrina.
 Saya entera de tela columbina,
 De perlas arracadas
 En listones de nícar enlazadas,
 La cabeza de rosas primavera
 Mas estrellada que se ve la esfera,
 El blanco pelo rubio á pora gualda
 Y un alma en cada niña de esmeralda,
 De cuyos garabatos
 Colgar pudieran las de muchos gatos.
 Chapines de tabi cou sus virillas,
 Entre una y otra descubriendo espacios
 De la roxa color de los topacios,
 De nuestra edad y siglo maravillas,
 Que lo que ser solia
 Un medio telemin con ataxia
 Un pirámide es hoy de tela de oro,
 Y cuestan sus adornos un tesoro,
 Que ponea miedo de casarse á un hombre,
 Sufriendo el dote á un número sin nombre.
 Si piensa sustentarse trage tan rico.
 Sentóse al fin mirándose de hocico,
 Y prosiguió la fiesta de la danza

Contra la posesion de la esperanza.
 ¡Mas quien dixera que saliera incierta!
 Marramaquiz entrando por la puerta
 Vencido de un frenético cristismo,
 Enfermedad de amor, ó el amor mismo,
 Suspense y como atónito el seuado
 De ver de acero y de furor arinado
 Un gato en una hoda
 Donde es propia la gala y no el acero,
 Alborotóse todo:
 Y Zapaquilda viéndole tan fiero
 Humedeció el estrado, y con mesura
 Comunicó su miedo á Gatiñara,
 Si bien consideraba,
 Que entonces Mizifil ausente estaba.
 Porque solo esperaban que viniese,
 Y que la mano práctica le diese,
 De que ya la teórica sabia,
 Que confusate tan alegre dia.
 En esta suspension todos turbados
 Marramaquiz abrió los encendidos
 Ojos, vertiendo de furor centellas,
 Los dexó temerosos y admirados,
 Imprimiendo esta voz en sus oidos:
 Al aliento froz de sus querellas:
 Villanos descorteses,
 Mas falsos y traydores
 Que Moros y Holandeses,
 Porque siendo fautores

No sois en las maldades inferiores:
 Esquadron de gallinas,
 Junta de gatos viles,
 Que no de bien nacidos,
 Baxos habitadores de cocinas
 Entre asadores, ollas y candiles,
 Donde como á cobardes y ahatidos
 La mas humilde esclava os apalea:
 No trocando jamas la chimenea
 Por la guerra marcial y sus rebatos,
 Lamiendo lo que sobra de los platos,
 Y durmiendo el invierno quando eriza
 Los cabellos el hielo.
 Revueltos en la cálida ceniza,
 Hasta que ardiente el sol corona el cielo:
 Yo soy Marramaquis, yo soy, villanos,
 El asombro del orbe,
 Que como vidas y amenazas sorbe;
 Aquel de cuyos garfios inhumanos
 Leon en el valor, tigre en las manos
 Hoy tiemblan justamente
 Las repúblicas todas,
 Que desde el Norte al Sur por varios mares
 Miran de Febo la dorada frente,
 Y el que ha de hacer que tan infames bodas
 Y con tantos azares
 Sean las de Hipodamia,
 Esta en vosotros resultando infamia.
 O Musas! este gato habia leido.

A Ovidio, y por ventura
 De la fábula de Hércules queria
 El exemplo tomar, pues atrevido
 Hércules se figura,
 Y los gatos Centauros que aquel dia
 Nuriéron á sus manos,
 Porque no fuéron pensamientos vanos
 Los de sus zelos locos,
 Pues de sus manos se escapéron pocos,
 Llamándolos traydores Mauregatos:
 Y levantando una cuchar de hierro
 A eterno condensádoslos destierro,
 Fue Tamborlan de gatos,
 Haciendo mas estrago en arrogancia,
 Que en Cartago y Numancia
 El Romano famoso.
 A un gato que llamaban el Raposo,
 Mas que por el color, por el oficio,
 La cara que no tuvo reparada
 Quitó de una valiente cuchillada,
 Imposible quedando al beneficio:
 Y de un reves que sucedió á Garrullo
 Dió el último insulto,
 Costó una piewna al misero Trevejos,
 Gran cazador de gansos y conejos.
 Desbarató el estrado
 Que pensaron guardar gatos bisoños.
 Con cuclares de palo por espadas,
 Que de galas quedó todo sembrado,

Naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,
 Rosetas, gorgantillas y arracadas,
 Chapines, orejeras y zarcillos:
 Y porque decidí llegar Malvillos
 A robar á la novia, dió dos cabes,
 Como Hércules á Licas,
 Y quebrando con él á dos boticas
 Desde una claravohá
 Quanto componen purgas y xarabas,
 Ni á vista de sus naues.
 Fué mas furioso Aquiles quando en Troya
 Le dixéron la muerte de Patroelo;
 Ni con mazo ni escoplo
 Tantas astillas quitó el carpintero,
 Como vidas quitó zeloso y fiero;
 Ni mas sangriento Nero
 La misera plebeya
 Gente miró quemar desde Tarpeya.

En fin llegando donde ya tenia
 Zapaquilda la vida por segura
 Le dixo: « tente, ¿donde vas perjura »?
 Ella temblando respondió turbada:
 « Huyendo el filo de tu injusta espada
 Que se quiere vengar de mi inocencia
 Con tan fiera insolencia,
 Quitándume mi esposo;
 Pero yo me sabré quitar la vida,
 Polifemo de gatos ».
 « Ojos hermosos siempre, y siempre ingratos ».

(Le respondió furioso)
 ¿De esa manera hablais en mi presencia?
 ¡O gata la mas loca y atrevida!
 Yo soy solo tu esposo, fementida.
 Y al villano que piensa así sacarte
 Con este casamucito, será parte
 De estas enamoradas niñas mías,
 Que vencen las Harpias;
 Verás, si no me huye,
 Y el bien que me quitó me restituye,
 Como le mato, y desollando el cuero
 Le vendo para gato de dinero.
 « Si tú (le respondió) mi dulce esposo,
 Me matares tirano,
 Yo con mi propia mano
 Me quitaré la vida ».
 Furioso entónces sobre estar zeloso
 De donde estaba ¡ay misera! escondida,
 Trasládola á sus brazos inhumano,
 Qual suele vedra á los del olmo ávida
 Trepar lasciva á la pomposa copa
 Vistiendo el tronco de su verde ropa
 De tiernos brazos y corimbos llena.
 Así Paris robó la bella Helena,
 Las naues aguardando en la marina;
 Y así fiero Pluton á Proserpina
 Ella entónces llamaba
 A Mizifuf á voces,
 Que no la oia porque ausente estaba.

Al fin tirando coces
 Se le cayó un zapato,
 Mas ni por eso se dolió el ingrato,
 Viendo correr las lágrimas por ella;
 Y él corriendo con ella
 Que ni dando ni amigo la socorre,
 La puso de su casa en una torre,
 Como tuvo Galvan á Mariava:
 Tal es del mundo la esperanza vana,
 Porque quien mas en los principios fia,
 No sabe á donde ha de acabar el día.

SILVA VI.

Quando el soberbio bárbaro gallardo
 Llamado Rodamante,
 Porque rodó de un monte,
 Supo que le llevaba Mandricardo
 La bella Doralice,
 Como Ariosto dice,
 A diez y seis de Agosto,
 Que fué muy puntual el Ariosto,
 Cuenta que dixo cosas tan extrañas
 Que movieran de un bronce las entrañas,
 Prometiendo arrogante
 No ver toros jamas, ni jugar cañas,
 Aunque se lo mandasen Agramante,
 Rugero y Sacripante,
 Ni comer á mantelas,

Ni correr sin pretal de cascabeles,
 Ni pagar, ni escuchar á quien debiese,
 Porque mas el enojo encareciese,
 Ni dar á censo, ni tomar mohatra,
 Ni pintar con el áspid á Cleopatra.
 Y lo mismo decía quando el rapto
 De Helena fementida
 El Griego Rey Atrida
 Contra el pastor para trayciones apto,
 Que dió en el monte Ida
 En favor de Acidalia la sentencia;
 Que hay muchas en la Vera de Plasencia,
 Que vienen mas tempranas,
 Si las hacen los ojos
 De juveniles bárbaros antojos,
 Que aun no reparan en canas
 Esto que todos llaman epetino,
 Y mas donde no tienen por delito,
 Que la santa verdad corrompa el premio.

Mas todo este proemio
 Quiere decir en suya,
 Aunque era campo de extender la pluma,
 Lo que el valiente Mitifaf, oyendo
 El suceso estupendo
 Del robo de su esposa,
 Helena de las gotas,
 Dixo con voz furiosa,
 Quando galan venia á desposarse,
 Tan imposible ya de remediarle:

De las tremantes rotas
 Fugitivo esquadron con pies ligeros
 Teneroso ocupó los agujeros,
 Y arrojando la gorra,
 Que fué de un Ministral de Calahorra,
 Hizo temblar la tierra,
 A fuego y sangre prometiendo guerra.
 Ferrato, ya perdida la esperanza,
 Mesándose las barbas y cabellos
 Blancos, que nunca blancos fueron bellos,
 Culpaba su tardanza,
 Porque las dilaciones
 Pierden las ocasiones,
 Porque en la calva tienen un copete,
 Que solo se le coge el que acomete,
 Porque aguardar á que la espalda vuelva
 Es seguir un venado por la selva,
 Que alcanzarle no fuera maravilla
 Quien le fuero siguiendo por la villa.
 Mizifuf la tardanza disculpaba
 Con que lejos vivia
 El zapatero que esperando estaba:
 ¡O quantos males causa un zapatero!
 Y que despues calzarse no podia,
 Aunque las dientes remitiese al cunro,
 Las botas justas que con calzo larga
 Era la gala entonces, que por fresco
 Dicen autores que mató el gregüesco,
 Por quitar la opresion de tanta carga.

¡O quien para olvidar melancolias,
 De las que no se acaban con los dias,
 Un gato entonces viera
 Con bota y calza entera!
 ¿Pero donde me llevan niñerías
 Que en Italia se llaman baguetas,
 Ingiriendo novelas
 En tan funestos casos,
 Mas dignos de Marinós y de Tatos,
 Que de Helicon son solos y soles,
 Que de mis versos rudos españoles?
 Lloraba Mizifuf, lloraba fuego,
 Que fuego lloran siempre los amantes,
 Arrojando los guantes,
 A quien los cultos llaman Chiotecas,
 (¡O bien hayan Illescas y Ballescas!)
 Sin admitir un punto de sosiego,
 Como en Paris el Moro, en Troya el Griego.
 No suele de otra suerte pasarse
 Quien tiene algun extraño desconcierto,
 Sin que pueda apartarse
 Del negocio que trata,
 Pálido el rostro, de sudor cubierto,
 Como ya por su honor, ya por su gata
 Inquieto Mizifuf se condola
 Por dilatar de su venganza el dia,
 En tanto pues que amigos y parientes
 Consultaban el modo,
 Como acabar del todo

Agravios tan infames é insolentes;
 Marramaquiz estaba
 Solicitando el pecho
 De Zapaquila de diamantes hecho,
 Que en la dura prision perlas lloraba
 A guisa de la Aurora
 Que parece mas bella quando llora;
 Que la muger hermosa
 Quando baña la rosa
 De las mejillas con el tierno llanto,
 Aumenta la hermosura,
 Si no da voces y en el llanto dura.
 Marramaquiz en tanto
 Produciendo coucetos
 De su locura efectos,
 Ya en prosa ya en poesia,
 Desvelado la noche, y triste el día,
 Se alambicaba el misero cerebro.
 No dexaba requiebro
 Que no imitase tierno á los orates,
 Que el mundo amantes llama,
 Y de la tierna dama
 Amores y carinos,
 Hasta los disparates
 Que les dicen las amas á los niños
 Quando les dan el pecho las mananas
 Con intrinseco amor, diciendo nñanas:
 Mi Rey, mi amor, mi Duque, mi regalo,
 Mi Gonzalo; mas esto solamente
 Si se llama Gonzalo,
 Porque fuera requiebro impertinente

Si se llamara Pedro, Juan ó Hernando,
 Que convienen las flores con los frutos,
 Y á las cosas tambien sus atributos.

Estaba el sol apenas matizando
 Las plumas de las alas de los vientos,
 Dando á los dos primeros elementos
 Esmeraldas al uno, al otro plata,
 Quando salia por su amada gata
 Al soto de Luzon el triste amante,
 Sin respetar el arcabuz tronante
 A buscar el gazapo entre las venas
 De la tierra, que apenas
 Salir al campo osaba,
 Y de una manotada le pescaba.
 No habia pez, ni pieza
 De vaca en la cocina
 Que en volvieado Marina
 A buscar otra cosa la cabeza,
 No caminase ya por los tejados
 Para el dueño cruel de sus cuidados,
 Tan ligero, veloz, tan atrevido,
 Que no paraba sin hacer ruido
 Hasta sacar la carne de la olla,
 Del asador la polla,
 Aunque sacase por estar ardiendo,
 O pelada la mano ó con ampolla,
 Fufú, fufú diciendo.
 ¡O amor! y quantas veces
 De la misma sarten sacó los peces

Sin enclares de hierro, ni de plata;
 Y la cruel á mas amor, mas gata!
 • ¿Es posible (decia
 Con lastimosas quejas)
Omas dura que mirmol á mis quejas,
 (Porque el gato las Eglogas sabia)
Y al amoroso fuego que me enciende
Mar helada que nieve, Galatea,
 Que de mi fuego el hielo te desfiendo
 De ese pecho cruel, que me desea
 La muerte, que antes sea
 La de tu Adonis Mizifin coharde,
 Que gozarás, cruel, ó nunca ó tarde,
 Que no te duren tantas penas mias,
 Ni el verte tantos dias
 Cautiva en esta torre,
 Que si te viene á ver ni te socorre,
 Que para aborrecerte te bastaba?
 Micilda me buscaba,
 Micilda me queria,
 Por tí la aborrecia
 Siendo gata de bien, siendo estimada
 Por honesta doncella, y retirada
 De amigas, de papeles y paseos,
 Que clandestinos trazau himeneos.
 ¿Que no dexé por tí, que te has casado
 Con un gato alfreñado, que si suera
 Afrenta entre los hombres el ser gato,
 Que la costumbre toda ley altera,
 Solo este fuera gato por iagrata? •

• No te causes (la gata respondia
 Con ojos ruidos de Neron Romano)
 Mirramaqueix tirano,
 Que siendo como es justa mi porfia,
 Ni he de temer tus daños,
 Ni me podrás vencer con tus engaños ••
 ¿Que obstinacion, que furia
 Te obliga, Zapaquilda, á tanta injuria?
 Mira que la nobleza
 De tu zeloso amante,
 Siendo tan arrogante
 A su misma cruel naturaleza
 Se rebela teniendo respeto,
 Añadiendo al ser noble el ser discreto.
 Este apóstrofe ha sido
 Justamente advertido
 A la gata cruel desamorada,
 Por lo que á los retóricos agrada
 Que aduzcan la oracion con voces puras,
 Y sacan un retablo de figuras.
 Que quanto á mí, jamas me atravessara
 Con gente de unos y de mala cara.
 Y Mizifin en casa de Ferrato
 Juntaba deudos, procuraba amigos,
 De su dolor testigos,
 Acusando el cruel barbaro trato
 Del comun enemigo, que este nombre
 Como al Turco le daba:
 Y porque mas de su maldad se asombre

El robo de su esposa exágerala,
 Que cada qual en su dolor y pena
 Hasta una gata puede hacer Helena.
 Estudio pues sentados en secreto
 En el zaquizami de su posada,
 Dixo á la noble junta lastimada
 Con triste voz de su desdicha efeto:
 • Aquel justo concreto
 Que de vuestro valor tengo formado,
 Me excusa de retóricos ambages,
 Amigos y parientes,
 Si estuvisteis presentes
 A la dura ocasion de mi cuidado,
 De que tan tarde me avisaron pages,
 Que siempre llegan tarde los avisos
 A los que son para su bien remisos.
 ¿Con que podré moveros?
 ¿Con que podré obligaros?
 ¿O que podré deciros
 Que pueda enterneceros,
 Que pueda provocaros,
 Si no son los suspiros
 Medias voces del alma,
 Quando con el dolor la lengua calma?
 Este, que aquí no explico,
 Está diciendo el pálido semblante
 Lo que con muda lengua significo,
 Pues quando mas la encumbre y adelante
 Mas corto he de quedar: que los enojos
 Remiten la retórica á los ojos.

Que la muda tristeza muchas veces
 El Demóstenes fué de la eloquencia,
 Y mas donde son sabios los jueces,
 Que excusan de captar benevolencia,
 Pues no pudiera Grecia en su Liceo
 Ver mas doctrina que en vosotros veo.
 Todos Platones sois, todos Catones;
 Mas podrá la razon que las razones.
 Yo vine provocado de la fama
 A ver de Zapaquilda la hermanura
 Por alta mar del hado conducido,
 Donde mis ojos encendió mi llama
 Fuego de Fénix que á los siglos dura
 Opuestos á la muerte y al olvido.
 Si fui favorecido,
 Si agradeció mi amor y pensamiento,
 Bien lo dice el tratado casamiento,
 Pues que nos veis con la ocasion perdida,
 Ella sin libertad, y yo sin vida:
 Cortes la quise sin violencia alguna,
 Que nunca fué violenta la fortuna.
 Quando pagó mi amor yo no sabia,
 Como quien era gato forastero,
 Que este tirano á Zapaquilda amaba.
 Con esto la primera luz del día,
 Y con ella su candelido lucero
 En mis ojos brillaba
 Primero que en las flores,
 A su ventana repitiendo amores.

Allí tambien en su primera estrella
 La noche me buscaba divertido
 Adorando las tejas,
 De sus balcones rejas,
 Y dulce elevacion de mi sentido,
 Hasta que hablar con ella
 Envidioso traydor y fementido
 Me vió en su celosia,
 Donde probó mi amor su valentia.
 Resultó la prision, y es tan villano,
 Que ha engañado á Micilda,
 Y dándola su fé, palabra y mano
 De que será su esposo,
 Siendo cumpliria el acto mas honroso.
 Quando me vió casar con Zapoquilda,
 En ofrenda de todos sus parientes
 Y amigos que presentes
 Estuvieron atóptos al caso,
 Echando los mas graves por la tierra
 Como estaban de boda y no de guerra,
 Paleciendo mi sol tan triste ocaso,
 Se la llevó con atrevido paso;
 Zeloso el corazon, la vista airada,
 Hiriendo á quien delante se le puso,
 Tanto que con Garraf de una guantada
 Los botes y redomas descompuso
 De un boticazco que vivia enfrente;
 Y como de repente
 En un perol cayese desde un banco,
 Todo lo revistió de unguento blanco;

Vertió una melecina,
 Y paró medio muerto en la cocina,
 En ocasion tan dura,
 En ocasion tan triste;
 Que es miramol quien las lágrimas resiste.
 Mas quiero epitomar mi desventura:
 Mi esposa me han roldado,
 Sin honra estoy: : - Aquí si no fué mengua
 Fué el silencio la voz, los ojos lengua,
 Porque la grave pena
 Cortando la razon dexóle mudo.

Enterneciése el inclito senado
 Haciendo propis la desdicha agena,
 Luego que vió que proseguir no puda.
 Y respondió Panzudo,
 Un gato venerable de persona,
 Aunque pelado de cabeza estaba,
 Cosa que á muchos buenos acontece:
 Si hien esto no fué lo que parece,
 Quando á un amante viene la pelona;
 Mas golpe que le dió cierta fregonza
 Que de un menudo que laraz pensaba
 Quando ménos atenta la miraba
 Asido del principio de una tripa,
 Que á la vista las manos anticipa,
 Le fué desevolviendo hasta el tejido
 Como cordel de un cabo y otro atado,
 Del ovillo de sebo el laberinto,
 Y cada qual de todos participa

De este dolor como si propio fuera,
 Dixo con el semblante inesurado
 En prudentes palabras desatado
 • Con justa causa Mizifuf espera
 Verse favorecida,
 Y vengado tambien del atrevido
 Que le robó su esposa
 Fatal desdicha de muger hermosa •,
 Y respondió Tomillo
 Propia razon de gato mozalvillo:
 • Por mi ya lo estoviera,
 Porque con estas uñas se la diera •.
 Pero Zurrón que le miraba enfrente,
 Le dixo: • Con un gato el mas valiente
 Que han visto los tejados de esta villa
 Mejor es á la usanza de Castilla
 Escríble un papel de desafio •.
 • No es ese el voto mio,
 (Garrullo replicó) ni que se intente
 Venganza de victoria contingente,
 Que siempre há estado en varias opintones
 Si ha de haber desafio en las traiciones.
 Soy de voto que tome el agraviado
 Un arcabuz, y aguarde
 Al gato mas valiente, ó mas cobarde,
 Castigo del que vive descuidado
 Sin miedo del que agravia,
 Y propio efecto de la noche oscura •.
 • Si se pudiera executar segura,

Fuera venganza sabia,
 (Dixo Chapuz valiente
 Gato de buenas partes)
 Mas son tantas las artes
 De ese Marramaquix, gato insolente,
 Que no dará ocasion que se execute
 Por mucho que la noche el rostro enlute
 Y de mi parecer mejor seria
 Querellarse del robo y castigalle
 Por términos juridicos, y dalle
 Muerte que corresponda á la osadía •.
 • Dirán que es cobardía
 (Trevejos replicó) ni esa querella
 Está bien al honor de una doncella,
 Que es puner su defensa en opintones,
 Que se averigua mal con las razones
 Aquello que la causa pone en duda:
 Y no hay para mugeres lengua muda,
 Que ha dado el mundo en bárbaras querellas
 No pudiendo excusar el nacer de ellas.
 Pleytos aun no son buenos para gatos,
 Porque es gastar la vida y la paciencia:
 No hay que tratar de tratos ni contratos,
 Ni andar en pruebas ni esperar sentencia;
 Si aquesta injuria ha de quedar vengada
 Remítase á la pólvora ó la espada •.
 • Bien dice (respondió Rospo, haciendo
 Debido acatamiento al gran Senado)
 Trevejos, y no es justo,
 Aunque se apruebe lo que estáis diciendo,

Y quede á vuestro gusto sentenciado,
 Que deis al pueblo gusto
 Al teatro sacando neciamente
 Un gato con capuz y caperuz :
 Y no menor locura que se intente,
 No siendo Mizifuf el Moro Muza,
 Tratar de desafíos
 Con quien sabéis que tiene tantos bríos.
 Perdonéme Zurrun, Chapuz perdone,
 Y aunque la edad le abone
 Me perdone Panzudo
 Si de su parecer mi intento mudo :
 Que el mio es juntar gente
 Para tan grave empresa conveniente,
 Y formando esquadrones
 De caballos, y armada infantería
 De toda la puricenta gatería
 Hacer guerra al traydor, cercar la tierra
 Y asediándole tiros y cañones
 Batirle la muralla noche y día ;
 Hasta saber que gente le socorro :
 Porque si el campo Mizifuf le corre
 Y el sustento le quita,
 El que dexé la plaza necesita ;
 O en forma de batalla
 Asalta la muralla,
 El se dará á partido,
 O le castigareis siendo vencido.
 Sacad banderas, pues, cóquense cazas
 Haciendo las baquetaz

Los

Los pergaminos rajaz,
 Terciad las plazas, disparad cometas,
 Que así cobró su esposa en Troya el Griego
 Publicando la guerra á sangre y fuego .
 Calló Raposo y luego del Senado
 El voto conferido,
 En la guerra quedó determinado
 Por ser de todos el mejor partido,
 Mas justo y mas honoroso.
 Y dando Mizifuf, como era justo,
 Los brazos y las gracias á Raposo,
 Brotando humor adusto
 A hacer la leva de la gente parte.
 Perdona, amor, que aquí comiezu Marte,
 Y sale Tesifonte
 A salpicar de fuego el horizonte,
 Suspende entre las armas los concetos,
 Pues das la causa, escucha los efectos.

SILVA VII.

Al arma toca el campo Mizigriego,
 Contra Marramaquiz gato troyano,
 Violento sube, aunque oprimido en vano,
 A la region elemental el fuego :
 Inquietan de los ayres el sosiego,
 Con firme agarro de la nuosa mano,
 Banderas que con una y otra lista,
 Trémulas se defienden á la vista,
 No permitiendo, pues no dexan verse,
 Que las colores puedan conocerse ;

Tomo III,

14

Respondiéndose á coros
 Las cajas y los pifanos sonoros,
 Y al paso que se alternan,
 Siguiendo el son marcial los que gobiernan.
 Y luego los soldados
 De acero, y de ante, y de valor armados,
 Agujas del tábello por espadas,
 Y solo descubriendo las celadas,
 Por delante mostachos,
 Y por detras plumíferos penachos,
 Marchando con tal orden que la planta
 Donde el que va delante la levanta
 Estampa el que le sigue,
 Sin que el baston del Capitan le obligue.
 Y al son de las trompetas resonantes
 Las picas á los hombros los Infantes,
 En quien la variedad y los colores
 Formaban un jardin de varias flores;
 A la manera que el Abril le pinta
 En cultivada quinta.
 Las picas de los bravos marquesotes
 De varas de medir y de virotes,
 Y ya de los plebeyos
 Baquetas de Babiecas y Apuleyos,
 Sin esquadras gallardas
 Que llevaban en forma de alabardas
 Aquellos cucharones
 Con que suelen sacar alcaparrones,
 Y con las palas como medias lunas

Las salrosas de Córdoba aceytunas:
 Córdoba donde nacen Andaluces
 Góngoras y Lucanos;
 Y encendidas las cuerdas en las manos,
 No de Milan dorados arcabuces
 Llevaba la lúcida infanteria,
 Mas de huesos de piernas de carnero,
 Que gatos de uno y otro pastelero
 Truxéron á porfia,
 Que no fueron de gato de ventero
 Sospechosos en tales ocasiones,
 Y de huesos de vaca los cañones
 Para hatir la torre.

Con esto Mizifuf el campo corre,
 Y pone cerco al muro
 Armado de un arnes cóncavo y duro
 De un galápago fuerte,
 Que sin salir de sí le halló la muerte.
 La cabeza adornada
 De un sombrero de falda levantada,
 De un treucellin ceñido,
 El pasador y hebilla guarnecido
 Con pluma verde oscura,
 Señales de esperanza con tristeza,
 Aunque la justa causa la asegura.
 Con tanta gentileza
 Al caballo arrimaba
 La estrella de la espuela,
 Y con la negra rienda le animaba

A la obediencia del dorado freno
De espuma y sangre lleno,
Que sin tocar los céspedes volaba.
No es nuevo el ver que vuela,
Pues que pintan con alas al Pegaso
Volando por las cumbres del Parnaso,
Y vemos en Orlando el Hipogrifo
Monstruo compuesto de caballo y grifo.

Mas si dedre alguno de que hubiese
Caballos tan pequeños,
Pareciéndole sueños,
Y á la naturaleza le quisiese
Quitar de milagrosa el atributo,
Aunque sea sin fruto,
La tácil objecion quedará llana
Con irse de aquí á Tracia una mañana,
Que esté desocupado
De los negocios de mayor cuidado.
Y verá los Pigeos
Que en la Region de Trogloditas feos
Tambien los pone Plinio,
Que hizo de estos montes escrutinio,
Y en las lagunas del egipcio Nilo
Otros autores por el mismo estilo,
Que escriben que trayendo de Etiopis,
Dónde hay bastante copia,
Dos Pigeos á Roma (gente grave)
Se murieron de cólera en la nave.
Homero les da patria al mediodia,
Con su intérprete Eustacio;

Mela de Arabia en el ardiente espacio
Que el Sol Fénix mayores monstruos cria,
Puesto que aunque confiesa tales nombres,
Aristóteles niega que son hombres.
Ni en su Ciudad de Dios pasó en olvido
El divino Africano los Pigeos,
Y Juvenal *Umbripides* los llama,
Sin otros que han negado y defendido
Esta opinion que divulgó la fama.
Pero pues pintan monstruos *Semideos*,
Que por los montes van de rama en rama,
Las Poéticas Trullas,
Diciendo que batallan con las grullas,
No sera mucho que haya semihombres.
Estos con cierta patria y ciertos nombres
En la misma region caballos tienen
De donde nuestros gatos se previenen:
Que á hacer de solo un codo
Hombres naturaleza,
Como pintor que muestra la destreza
A un saype todo un cuerpo reducido,
Y los caballos no del propio modo,
Mayor monstruosidad hubiciera sido
De su instrumento liestre y poderoso,
Que mal pudiera andar hombre muñeca
En el lomo espacioso
De un gigante habiciera;
Así que la objecion no es de provecho
Pues queda el argumento satisfecho.
Demas que el lector puede si quisiere

Creer lo que mejor le pareciere ;
 Porque si se perdiere la mentira
 Se hallaria en poéticos papeles,
 Como se vé en Homero describiendo
 A la casta Penélope, que aduira,
 Por los amantes necios y crueles
 Texiendo y destexiendo,
 Sin dexarla dormir de puro casta :
 Y lo contrario para exemplo basta,
 Haciendo deshonesta
 Virgilio á Dido Elisa por Eneas,
 Como le riñe Ausonio ;
 Aunque logró tan falso testimonio,
 Ménos las aguas que paso Leteas,
 Donde escribió Merlin con quales iras
 Castigan al poeta sus mentiras.
 Mas vuelva, ó Musa tú, para que pueda
 Ayudarme el favor de tu Gimnasio,
 Que para lo que queda,
 Aunque parece poco,
 Al Señor Anastasio
 Pantaleon de la Parrilla invoco,
 Porque de su tabaco
 Me dé siquiera quanto cubra un taco.
 Marramaquí aunque lo supo tarde
 Habia hecho alarde
 De sus gatos amigos,
 Y halló que para tantos enemigos
 Era su gente poca ;
 Mas como la defensa le proyoa ,

Las armas al asalto prevenia,
 Supuesto que tenia
 Poco sustento para cerco largo.
 Y cuidadoso de su nuevo cargo,
 Mas triste y desabrido
 Que poeta afligido,
 Que ha parecido mal comedia suya,
 O bien la de su cómico enemigo,
 Andaba por la torre,
 Y viendo que su esposo la socorre,
 Zapaquilda mas llena de alelays,
 Mas alegre, contenta y mas quinta
 Que aquel mismo poeta,
 Si ha parecido mal siendo el testigo
 La del mayor amigo.
 Prevenido en efecto
 De toda defension y parapeto
 Sacó sus gatos animoso al muro,
 Por todas las almenas y troneras
 Vestido de banderas,
 Que en alto de diversos tozanosles
 Eran entre las nubes arreboles ;
 Y coronado de diversos tiros,
 Soldados de valor y archinargiros
 Opuestos á la furia del contrario.
 Como se mira altivo campanario
 De aldea donde hay viñas,
 Para baxar despues á las campiñas,
 Cubierto por el tiempo de las uvas

Del escuadron de tordos ,
 Que en aquella aazon están mas gordos
 Quando los labradores
 Limpián lagares y aperciben cubas :
 Asi la negra cúpula tenia
 De soldados de tiros y atamhores
 No ménos valerosa gateria.
 Quien viera el pie que el escuadron ceñia
 De Mizifaf, y el chapitel armado
 De uno y otro gatifero soldado ,
 Dixera, que tal vista no fue vista
 De Dario ni de Xerxes ,
 Ni tanto perdigon haciendo asperges
 En ninguna conquista ,
 Ni la vió Scipion, ni el Rey Ordoño ,
 Como en Cartago aquel, este en Logroño ;
 Y aunque entre la de Ostende ,
 Pero sin *moñá domine* se entienda.
 Ver tanto gato negro, blanco y pardo
 En concurso gallardo
 De dos colores y de mil remiendos
 Dando juntos maullos estupendos ,
 ¿ A quien no diera gusto ,
 Por triste que estuviera ,
 Aunque perdido injustamente hubiera
 Un pleyto que es disgusto
 Despues de muchos pasos y dineros
 Para leones fieros ?
 Prevenidos en fin para el asalto ,
 Muevta á sobresalto

Los ánimos valientes
 Las retumbantes cajas ,
 Previeneñ añas y acicalan dientes ,
 Calando juntas las celadas laxas ,
 Que en las frentes hisodas
 Mas eran de sartén que de Borgoñas.
 Pero en silencio los clarines roncós ,
 Que sonaban á modo de xamponas ,
 Puesto á la márgen de unos veriles troncos ,
 Que no importa saber de lo que fuérou ,
 De pies en uno Mizifaf bizarro ,
 Quando del sol el carro ,
 Que Etontes y Flégón amaneciéran ,
 Atras iba dexando el medio dia ,
 Dixo á su belicosa infanteria ,
 Que atenta le escuchaba ,
 Que aunque era gato Ciceron hablaba :
 * Generosos amigos
 De mis afrentas y dolor testigos ,
 La honra que los ánimos produce
 A tan ilustre empresa me coudace ,
 Esta sola me anima :
 Quien no sabe que es honra no la estima.
 Miente el que dixo y miente el que lo estampa ,
 Que un *bol fugir* tutta la vida xampana ;
 Pues mejor viene ahora
 Que un *bol morir* in tu *la vida honra* .
 Es la virtud del hombre
 La que le inclina á los ilustres hechos ,
 Digna es la fama de valientes pech ;

Hoy habeis de ganar glorioso nombre,
 Ninguna fuerza, ni amenaza asombre
 El que tenéis de gatos bien nacidos,
 Que estos viles alardes,
 (Porque en siendo traydores son cobardes)
 Ya están medio vencidos
 Con solo haber llegado á sus oídos
 Que yo soy quien os guía.
 A Aníbal preguntó Scipion un día,
 Que qual era del mundo el mas valiente;
 Y el respondió feroz con torva frente:
 Alexandro el primero,
 El segundo fué Pirro, y yo el tercero:
 Si entonces yo viviera
 Cuarto lugar me diera.
 Al arma, acometed, yo voy delante,
 Y el no tener escalas no os espante,
 Que no son necesarias las escalas,
 Si en vuestra ligereza tenéis alas.

Dixo: y vibrando un freno en la nudosa
 Mano, al muro arremete,
 Y con el Matusete,
 Mans, Zarron, Maulrido, Garrafoza,
 Hoxiquimocho, Zambo y Colituerto,
 Gatazo que de roxa piel cubierto,
 Crió la mondonguifera Garrida,
 Aunque toda su vida
 Mas enseñado á manos y quaxares
 Que á nobles ejercicios militares.

Mas son tan eficaces las razones
 Formadas de los ínclitos varones,
 Como Alciato escribe, quando asidos
 Llevaba de una cuerda de los labios
 El Amfitriónides Alcides,
 Quantos hombres prestaban los oídos
 A la eloquencia de los hombres sabios.

Pero ya los agravios
 De Mizifuf la guerra comenzaban,
 Ya los gatos trepaban
 La torre por escalas de sus uñas,
 Mas fuertes garabatos,
 Que los de tundidores y garduñas.
 Ya por la piedra entre la cal metidas,
 Sin estimar las vidas,
 Subian gatos y baxaban gatos,
 Los unos como bueyes agarrados,
 Que clavan en las cuevas las pernuas,
 Los otros como baxan despeñados
 Fragmentos de edificio que derriban,
 Que de su mismo asiento se derrumba.
 A qual sirven de tumba,
 Despues que del vital aliento privan,
 Las ossas que le arrojan;
 A qual de vida y alma le despojan
 En medio del camino.
 No despide en oscuro remolino
 Mas balas tempestad de puro hielo,
 Que baxan plomos de la torre al suelo.

Allí murió Galvan, allí Trevejós,
 Que le acertó la muerte desde lejos,
 Dándole con un catarro en los cascós,
 Y otros con ollas, búcaros y frascos.
 Así suelen correr por varias partes
 En casa que se quema los vecinos
 Confusos sin saber á donde acudan:
 No valen los remedios ni las artes:
 Arden las tablas, y los fuertes pinos
 De la tra interior el humor sudan:
 Los bienes muebles mudan
 En medio de las llamas:
 Estos llevan las axas y las camas,
 Y aquellos con el agua los encuentran,
 Estos salen del fuego, aquellos entran:
 Crece la confusion y mas si el viento
 Favorece al flamigero elemento.
 Mas como el alto Júpiter mirase
 Desde en Olimpo y estrellado asiento
 La batalla cruel de sangre llena,
 Temiendo que quedase
 En competencia tan feroz y airada
 La máquina terrestre desgatada,
 Justo remedio á tanto mal ordena:
 • Dioses, no es justo (dixo) que la espada
 Sangrienta de la guerra
 Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
 Aunque es la misma de la Griega hermosa,
 Y que muertos los gatos, esta tierra
 Se coma de ratones.

Porque

Porque se volverán tan arrogantes,
 Que ya considerándose gigantes,
 No teniendo enemigos de quien huyan,
 Y el número infinito disminuyan,
 Serán nuevos Titanes,
 Y querrán habitar nuestros desvanes.
 Con esto luego envia
 De oscuras nieblas una selva espesa,
 Y la batalla cesa
 Revuelto en sombras de la noche el día.
 Y desde aquel con inmortal porfia
 Los unos y los otros prosiguieron,
 Aquellos en la ofensa
 Y estos en la defensa:
 Pero durando el cerco no tuvieron
 Remedio, ni sustento los cercados,
 Tanto que á Zapaquilla desfigura
 En hambre la hermosura.
 Vueltas las rosas nieve,
 Por onzas come, por adormes bebe:
 Marramásquez, que ya morir le vix,
 Con amante casada,
 Pero sin que le viesen los soldados,
 Salio por un resquicio á los tejados
 De una tronera que en la torre habia,
 Para coger algunos paxarillos.
 Iba con el Malvillo,
 Que á este solo fió su atrevimiento,
 Y por partir la caza y el sustento:

Tomo III,

14

Y estando ¡ó dura suerte!
 Acechando á la punta de un alero
 Un tordo que cantaba,
 La inexorable muerte
 Flechando el arco fiero
 Traydora le acechaba.
 ¿Que prevenciones, que armas, que soldados,
 Resistirán la fuerza de los hados?
 Un príncipe que andaba
 Tirando á los vencejos,
 ¡Nunca hubieran nacido,
 Ni el ayre tales aves sostenido!
 Le dió un arcabuzazo desde lejos:
 Cayó para las guerras y consejos,
 Cayó subitamente
 El gato mas discreto y mas valiente,
 Quedando á quel feroz aspecto y bulto
 Entre las duras tejas inspulgo,
 Pero muerto tambien como era justo
 A las manos de un César siempre gusta.
 Llevó Malvillos palido la nueva,
 Que de su fe y amor lloraba en prueba
 Se mesaban las barbas á porfia,
 Como tudescos muerto, el que los guia;
 Mas deseando verse satisfechos
 Del sustento forzoso,
 Rindiéron las almenas y los pechos
 Al héroe sin victoria victorioso:
 Y Misifuf con todos amoroso,

Porque le prometieron vasallage,
 Hizo luego traer de su bagage
 Con mano liberal peces y queso.
 Alegre Zapaquilda del suceso
 Mudó el palido luto en rico traje,
 Dióle sus brazos y á su padre amado,
 Y el viejo á ella en lágrimas bañado,
 Y para celebrar el casamiento
 Llamáron un sutor de los famosos,
 Que estando todos en debido asiento,
 En versos numerosos
 Con esta seccion dispuso el argumento,
 Dexando alegre en el postrero acento
 Los ministiles, y de quatro en quatro,
 Adornado de luces el teatro.

SONETOS BURLESCOS.

I.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
 Guarnecidas de frágiles elechos
 A su márgen carámbaros deslechos,
 Que cercan olmos y silvestres parras.
 Nadan en su cristal Ninfas líctarras
 Compitiendo con el cándidos pechos,
 Dulces arves de amar, en mas estrechos
 Que las que salen de españolas barras.
 Tiene este monte por vasullo á un prado*
 Que para tantas flores le importuna
 Sangre á las venas de su pecho helado.

Y en este monte y líquida laguna,
Para decir verdad como hombre honrado,
Jamás me sucedió cosa ninguna.

II.

Si entré, si vi, si hablé, señora mía,
Ni tuve pensamiento de mudarme,
Mátenme un necio á puro visitarme,
Y escuche malos versos todo un día:

Quando de hacerlos tengo fantasía
Dispuesto el genio para no faltarme,
Cerca de donde suelo retirarme
Un ministril se encóme á chirría.

Cerquen los ojos que os están mirando
Legiones de poéticos mocholés,
De aquellos que murmuran imitando.

¡O si os mudase de rigor los cielos!
Porque no pueda ser, (o fue burlando)
Que quien no tiene amor, pidiese zelos.

III.

Como si fuera cándida escultura
En lustroso marfil del Bonarrotta

A Pórs pide Vénus en pelota
La debida manzana á su hermosura:

En perspectiva Palas su figura
Muestra, por mas honesta, mas remota,
Juno sus altos méritos acota
En parte de la selva mas oscura.

Pero el pastor á Vénus la manzana
De oro le rinde mas galao, que honesto,
Aunque saliera su esperanza yana.

Pues quarta Diosa en el disorde puesto
No solo á ti te diere, hermosa Juana,
Una manzana, pero todo un cesto.

IV.

¿Que estrella saturnal, tirana hermosa,
Se opuso en vez de Vénus á la Luna,
Que me respondes grave é importuna
Siendo con todos facil y amorosa?

Cerrásteme la puerta rigurosa
Donde me viste sin piedad alguna,
Hasta que á Febo en su dorada cunza
Llamó la aurora en la primera rosa.

¿Que fuerza imaginó tu desatino,
Aunque fueras de vidrio de Venecia
Tan facil delicado y cristalino?

O me tiznas por loco, ó eres necia;
Que ni soberbio soy para Tarquino,
Ni té Romana para ser Lucrecia.

V.

Como suele correr desuando Athas
En la arena marcial al palio opuesto
Con la imaginacion tocando el puesto,
Tal sigue á Dafne el fulgido planeta:

Quitósele al coturno la soleta,
Y viéndose alcanzar, turbó el inresto,
Vuelto en laurel su hermoso cuerpo honesto,
Corona al Capitan, premio al poeta.

Si corres como Dafne, y mis fortunas
Correa tambien á su esperanza vana
En seguirte anhelantes é importunas:

¿Quando serás laurel, dulce tirana?
Que no te quiero yo para aseytunas,
Sino para mi frente, hermosa Juana.

VI

Juana, mi amor me tiene en tal estado,
Que no os paedo mirar quando no os veo,
Ni escribo, ni mandoco, ni paseo
Entretanto que duermo sin cuidado.

Por no tener dineros no he comprado
{ O amor cruel! ni manta, ni manteo,
Tan vivo me derrienga mi deseo
En la concha de Venus amarrado.

De Garcilaso es este verso, Juana,
Todos hurtan, paciencia, yo os le ofrezco:
Mas volviendo á mi amor, dulce tirana,

Tanto en morir y en esperar merezco,
Que siento mas el verme sin sotana,
Que quanto fiero mal por vos padezco.

VII

Lazos de plata y de esmeralda rizos
Con la yerba y el agua forma un charco

Haciéndole moldura y verde marco
Lirios morados, blancos y paxiros;

Donde tambien los ánades castizos
Pardos y azules con la pompa en arco,
Y palas de los pies parecen barco,
En una selva, habitacion de rixos.

Hacean en el agua el céfiro inquieto
Esponja de cristal la blanca espuma,
Como que está diciendo algun secreto;

En esta selva, en este charco en suma.
Pero por Dios que se acabó el soneto,
Perdona, Fabio, que probé la pluma.

VIII

Soberbias torres, altos edificios,
Que ya cubristes siete extensos montes,
Y agora en descubiertos horizontes
Apénas de haber sido dáis indicios:

Griegos Liceos, célebres hospicios
De Platarcos, Platones, Xenofontes,
Teatro que lidió Rinocerontes,
Olimpiás, lustros, baños, sacrificios:

¿Que fuerzas deshiciéron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?

¡O gran consuelo á mi esperanza vana,
Que el tiempo que os volvió hieres ruinas,
No es mucho que acabase mi sotana!

IX.

Egloga.

Al pie del jaspe de un feroz peñasco
Pelado por la fuerza del estío,
Dosed de un verde campo, tan sombrío
Que contra Febo le sirvió de casco :

Damon con su zabel, y al listo el frasco
Para cantar mejor en desafío,
Y Tirsi claro honor de nuestro río
Con un violín de cedro de damasco.

Juez Eliso, que de un verde pobo
A falta de laurel, preñados teja,
Cédro haciendo de los ecos robo;

Mas quando Tirsi comenzar queria,
Ladro Melampo, y dixo Antandro, al lobo;
Y el canto se quedó para otro día.

X.

Aura suave y mansa que respiras
En el clavele de Juana, y las lucientes
Hebras de sus mejillas transparentes
Con blando soplo esparras y retiras :

¿Por que á la rosa y al jazmín aspiras
Desde el coro de perlas de sus dientes,
Puliendo reparar mis accidentes,
Quando en su dulce anhélito aspiras?

El humor de sus labios purpurantes
Para criar aromas bebe Apolo
Del alba ministerio en los diamantes :

Porque respira tan fragante Eolo,
Que gamera un millon tratando en gigantes
Pues fueran de ámbur con el soplo solo.

XI.

¡ Tanto mañana y nunca ser mañana !
Amor se ha vuelto cruzado, ó se me antoja :
¿ En que region el sol su carro aloja
Desta imposible aurora tramontana?

Sigueme inútil la esperanza vana,
Como ave zorrera, ó mula coxa,
Porque no me tratará Barbaroxa
De la manera que me trata, Juana.

Juntos amor, y yo buscando vamos
Esta mañana ; O dulces dexavamos !
Siempre mañana, y nunca amanecemos :

Pues si vencer no puedo tus desvíos,
Sígueme enervos destas verdes ramos
Los ojos . . . pero no, que son los míos.

XII.

Luciente estrella, con que nace el día,
Que el oscuro crepusculo interpreta,
Alma Venus gentil, luz que sugeta
Quanto mortal naturaleza cria :

Dulce dispará a la enemiga mía
 Flecha sutil en forma de cometa,
 Así de trino estás con el planeta,
 Que parece español en la osadía.

Si sales a la tarde en el zafiro,
 Purpúreo ya, si al alba en oro y grana,
 Siempre me ves en un mortal suspiro :

¡O dulce hasta del cielo envidia humana!
 Pues siempre al lado de tu sol te miro,
 Tú a mí jamás al de mi hermosa Juana.

XIII.

Picó atrevido un átomo viviente
 Los blancos pechos de Leonor hermosa;
 Granate en perlas, arados en rosa,
 Breve lunar del invisible diente.

Ella dos puntas de marfil liciente
 Con súbita inquietud bañó quejosa,
 Y torciendo su vida bulliciosa,
 En un castigo dos venganzas siente.

Al espirar la pulga, dixo ¡ay triste!
 ¿Por tan pequeño mal dolor tan fuerte?
 ¡O pulga, dixe yo, dichosa fuiste!

Deten el alma, y a Leonor advierte,
 Que me dexé picar donde estuviste.
 Y trocásé mi vida con tu muerte.

NOTICIAS DE LOPE DE VEGA.

Nació en Madrid en 25 de Noviembre de 1562. Desde sus primeros años dió indicios del feraz ingenio que debió a la naturaleza; y niño componia versos que trocaba por juguetes de sus condiscipulos. A los doce años habia ya estudiado las Humanidades, y era diestro en todos los adornos de una educacion liberal como la danza, la música y la esgrima. Viéndolos limitados y destruido, entró primeramente en la familia de Don Gerónimo Manrique, Obispo de Avila; y despues sirvió de Secretario al Duque de Alba. Fué casado dos veces, y á la muerte de su segunda mujer se hizo Presbítero, y entró en la Congregacion de Sacerdotes naturales de Madrid. Su vida hasta entónces atendida á lo que le producian sus comedias y sus demás escritos, y agitada con las vicisitudes de su fortuna inquieta, tomó una situacion más sossegada, y su reputacion y su gloria llegaron a la mayor altura á que puede aspirar un Escritor. La fertilidad singular de su ingenio, y la multitud inmensa de sus obras ocupaba y espantaba la imaginacion de sus contemporáneos que le miraban como un prodigio. Teñido por un oráculo, las gentes se paraban á verle y señalarle por las calles, veían muchos á Madrid por solo conocerle, y para calificar una casa de buena se adoptó generalmente el modo antonomástico de decir que era de Lope. El Papa Urbano VIII, le escribió una carta de su puño endiriéndole el grado de Doctor en Teología, y dándole el título de San Juan en agradecimiento del Poema *La corona rosada* que le habia dedicado. Sus riquezas no fueron menores que su fama, y él vivia con opulencia en la misma calle en que Cervantes casi desconocido

pasaba una vida ociosa y perezosa. Vivió hasta el año de 1635 en que murió á la violencia de una enfermedad aguda de 73 de edad: y su entierro se hizo con la mayor solemnidad y pompa á costa del Duque de Sesa en testamento. Sus obras, sin contar las dramáticas que á juicio de sus contemporáneos llegaron á cerca de dos mil, componen diez y nueve tomos en quarto de la edición que Saucha ha publicado en nuestros días.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AMINTA,

Tomo III.

16

AMINTA,

FABULA PASTORAL,

DE TORQUATO TASSO.

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JUAN DE JAUREGUI,

pasaba una vida ociosa y pover. Vivió hasta el año de 1635 en que murió á la violencia de una enfermedad aguda de 73 de edad: y su entierro se hizo con la mayor solemnidad y pompa á costa del Duque de Sesa en testamento. Sus obras, sin contar las dramáticas que á juicio de sus contemporáneos llegaron á cerca de dos mil, componen diez y nueve tomos en quarto de la edición que Saucha ha publicado en nuestros dias.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AMINTA,

Tomo III.

16

AMINTA,

FABULA PASTORAL,

DE TORQUATO TASSO.

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JUAN DE JAUREGUI,

PERSONAS.

AMOR, *en hábito pastoril.*
DAFNE, *compañera de Silvia.*
SILVIA, *amada de Aminta.*
AMINTA, *enamorado de Silvia.*
TIRSI, *compañero de Aminta.*
SATIRO, *enamorado de Silvia.*
NERINA, *messenger.*
ERGASTO, *mezajero.*
ELPINO, *pastor.*

CORO *de pastores.*

PRÓLOGO.

AMOR.

¿QUIÉN creyera, que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un Dios? no un Dios agora
Selvage, ó de la plebe de los Dioses;
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran tridente;
Y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto, y en aquestos paños
No reconocerá tan fácilmente
Mi madre Venus al amor su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
Y disfrazarme así, porque ella quiero
Disponer á su gusto de mis flechas,
Y de mí mismo; y de ambición movida,
Qual liviana muger, me insiste y lleva
A las ilustres cortes y los estrus,
Y allí procura, que mi fuerza emplee:
Y solo al vulgo de ministros míos
(Mis menores hermanos) da licencia,
Que puedan alojarse entre las selvas;
Y usar las armas en silvestres pechos.

Yo que no soy criatura, aunque mi rostro
 Lo representa y mi ademán travieso ;
 Quiero usar de mis armas á mi gusto ,
 Y disponer de mi según mi antojo ;
 Que á mi fue concedido, y no á mi madre
 El fuego omnipotente y arco de oro.
 Por esto difrazádome, y huyendo
 No en imperio, que en mí no tiene alguno ,
 Mas los ruegos, que al fin siendo de madre ,
 Tienen fuerza ; me escondo entre las selvas ,
 Y en las cañas de la gente humilde.
 Ella me sigue y busca, prometiendo
 A quien me manifieste, un dulce abrazo ,
 O algún premio mayor ; qual si no fuese
 Yo poderoso para dar en cambio
 Regalos semejantes ó mayores ,
 A quien me encubies della ; esto á lo menos
 De cierto sé, que los halagos míos
 A las doncellas les serán mas gratos
 (Si yo, que soy Amor, de amor entiendo)
 Así me busca de ordinario en vano ,
 Que nadie quiere revelarme, y callan.
 Pues por estar aun mas oculto, y que ella
 No pueda descubrirme por las señas ,
 Dexé las alas, el aljaba y arco :
 Mas no por eso vengo desarmado ,
 Que aquesta que parece simple vara ,
 Es mi envenenada hacha transformada ,
 Y toda espira llamas invisibles :

También aqueste dardo, aunque no tiene
 La punta de oro, es de divino temple,
 Y do quiera que pica, amor imprime.
 Hoy he de hacer una profunda herida
 No ménos incurable, al duro pecho
 De la mas cruda Ninfa, que en los campos
 Siguió jamas el coro de Diana.
 Será tan grande llaga la de Silvia
 (Que este es el nombre de la Ninfa fiera)
 Como una que yo hizo, habrá algún tiempo,
 Al tierno pecho del zagal Aminta,
 Quando los dos de un modo poqueñuelos ,
 El por el campo a caza la seguía.
 Y porque el golpe en ella mas encarne,
 Esperaré que la piedad primero
 Ablande el duro yelo, que apretado
 Al rededor del corazón le ha puesto
 La honestidad y virginal decoro ;
 Y en el instante mismo que lo sienta
 Algo mas tierno, lanzaré el dardo.
 Pues para executar comodamente
 Mi empresa noble, ir quiero á entremetirme
 Envuelto con la turba de pastores,
 Que todos festejantes, coronados
 Aquí se juntan ya, donde los días
 Solenes gastan en solaz y fiesta ,
 Y fingiré ser uno de su escuadra.
 En este puesto, en este lugar mi golpe,
 Que no le puedan ver mortales ojos.
 Hoy estas selvas en manera nueva

Se oirán hablar de amor : hoy las de verse ,
 Que aquí presente mi Deidad asiste ,
 Ella en sí misma , y no en ministros tuyos .
 Inspiraré sentido noble y puro
 A los rústicos pechos , y en sus lenguas
 Pondré un estilo dulce y delicado ,
 Pues en qualquiera parte que yo asista
 Soy Amor en efecto ; en los pastores
 No ménos que en los héroes poderoso ,
 Y la desigualdad de los sujetos
 Como me place igualo : esta es la suma
 Gloria que alcanzo , el gran milagro mio ,
 Que suelo hacer las rústicas zampoñas
 A la lira mas docta semejantes .
 Y á mi madre , que desdén el verme
 Andar errando por agrestes bosques ,
 Esta verdad no reconoce acaso ;
 Ella es ciega , no yo , que falsamente
 Usa llamarme ciego el ciego vulgo .

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

DAFNE Y SILVIA.

Dafne.

¿**Q**UEERAS, Silvia, en efecto
 Sin los placeres de la hermosa Vénus
 Pasar tus verdes y floridos años ?
 ¿No oirás el dulce nombre
 De madre, ni verás los tiernos hijos
 Con apacible juego rodearte ?
 Muda, muda de intento ,
 Simplecilla de ti, que no te entientes.

Silvia.

Siga otra los contentos amorosos,
 Si es que hay en el amor algun contento :
 Yo desta vida gusto , y mi deleyte
 Es atender al arco y la saeta .
 Seguir la fiera fugitiva , y luego
 Ateorar combatiendo la mas brava :
 Y mientras no faltaren
 Al bosque fieras , y á la aljaba flechas ,
 A mí no temo que placeres faltan .

Dafne.

Desahridos placeres
 Por cierto, y vida en todo desahrida,
 Que si agora te agrada,
 Es por no haber probado otra ninguna.
 Así la gente, que habió primero
 En el mundo, que aun era simple infante,
 Tuvo por dulce, y buen mantenimiento
 Agua y bellotas: ya bellotas y agox.
 Es manjar y bebida de animales.
 Por ser puestas en uso uvas y trigo.
 Tú por ventura si una vez gustases
 Qualquier mínima parte del contento,
 Que goza un corsón amante amado,
 Dixeras suspirando arrepentida:
 Todo el tiempo se pierde,
 Que en amar no se gasta
 ¡O mis pasados años!
 ¡Quantas prolixas noches,
 Quantos ayestres solitarios días
 He consumido en vano,
 Que pudiera ocuparlos
 En estos amorosos pasatiempos!
 Mudo, muda de intento,
 Simplecilla de tí, que no te entiendes.
Súvia.
 Quando ya arrepentida suspirando
 Esas palabras diga,
 Que tú únges, y adornas á tu gusto,

Acia sus fuentes volverán los rios,
 Huirá el hambriento lobo del cordero,
 El galgo de la liebre: amará el oso
 El mar profundo, y el delfin los Alpes.

Dafne.

Conozco ya la juventud esquiva:
 Así qual eres tú, tambien yo he sido,
 Así tambien gocé de gentileza,
 De rostro hermoso, y de cabello rubio:
 Así tuve qual tú los labios roxos,
 Y en mis llenas mejillas delicadas
 Mezclada así con el jazmin la rosa.
 Acuérteme, que solo era mi gusto
 ¡Que simple gusto! componer las redes,
 Armar con liga la una y otra mata,
 Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
 Y acerchar de las fieras en el bosque
 La cueva y huellas: y si vez alguna
 Era mirada de lascivo amante,
 Volvia la vista rústica y salvaje
 Al suelo con vergüenza desdenosa,
 Desplaciéndome entonces la hermosura
 Tanto como á los otros agradaba;
 Qual si fuera mi culpa ó mi deshonra
 El ser vista, querida y deseada.
 ¿Mas que no puede el tiempo? ¿Y que no puede
 Sirviendo, mercediendo y suplicando,
 Hacer un importuno y fiel amante?

Vencida fui, yo lo confieso, y fueron
 Del vencedor las armas.
 Humildad, y continuo sufrimiento,
 Llanto, suspiros, y piadosos ruegos.
 Mostróme en fin entónces
 La oscura sombra de una breve noche
 Lo que la luz de mil enteros dias
 En largo tiempo no me habia mostrado.
 Reprehendime entónces de mi engaño,
 Y simple ceguedad, y aspirando
 Con voz alegre dixi:
 Toma allá, Cintia, tu bocina y arco,
 Que desde aquí renuencio
 Tu aljaba, flechas, exercicio y vida.
 Así tambien espero, que tu Aminta
 Llegue á domesticar en algun dia
 Esa tu condición rústica y dura,
 Y ablande en ese pecho
 El intratable corazón de acero.
 ¿No es un gentil mochebo? ¿No te quiere?
 ¿Acaso no es querido de otras Ninias?
 ¿Te dexa á ti por el amor de alguna,
 O por el odio tuyo?
 ¿Pues en nobleza acaso le aventajas?
 Si tú eres hija de Cadipe, y esta
 Nació del Dios de nuestro noble rio;
 El de Silvano es hijo, cuyo padre
 Fue Pan, aquel gran Dios de los pastores.
 No es méuos que tú bella (si te miras

Al espejo tal vez de alguna fuente)
 La cándida Amarilis, y él desprecia
 Sus afables caricias,
 Y sigue tus desprecios desenvuencos.
 Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)
 Que él, de ti desdenado, al fin procura
 Agradarse de aquella, que le adora:
 ¿Que sentirás, me di? ¿con cuales ojos
 Verás tu amante con ageno dueño,
 Y ya en agenos brazos
 Feliz y alegre estar de ti burlando?

Silvia.

Haga Aminta de si lo que gustare,
 Y de su amor, que á mi me importa poco;
 Y como no sea mio,
 De quien quisiere sea;
 Mas no será, no le queriendo, mio,
 Y aunque él lo fuese, yo no seria suya.

Dafne.

¿De donde nace tu aborrecimiento?

Silvia.

De su amor solamente.

Dafne.

Padre apacible de hijo riguroso:
 ¿Quando se vió del corderillo manso
 Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
 O á mí, Silvia, me engañas, ó á ti mesma,

Silvia.

Aborrezco su amor, porque aburrece
 Su amor mi honestidad: y amélo en tanto,
 Que de mi quiso lo que yo quería.

Dafne.

Tú quieres lo peor; y el te desca
 Lo que á sí mismo.

Silvia.

Tú, mi Dafne, calla,
 O habla de otra cosa, si pretendes
 Que te responda.

Dafne.

¡Que tiesapacible,
 Que soberbia rapaza! dime al ménos,
 ¿Si otro alguno te amara,
 Admitieras su amor dexa maera?

Silvia.

De aquesta misma admitiré á qualquiera
 Insiador de mi virgineo pecho,
 Que tú llamas amante, y yo enemigo.

Dafne.

¿Juzgas por enemigo
 Por ventura el carnero de la oveja?
 ¿El toro de la vaca?

¿Juzgas

¿Juzgas por enemigo
 Al caro esposo de su tortolilla?
 ¿Juzgas por tiempo acaso
 De enemistad y enojo
 La dulce primavera,
 Que agora alegre y verde
 Enseña á amar el mundo, y animales,
 Los hombres y mugeres? ¿Y no adviertes,
 Como todas las cosas
 En este tiempo están entorradadas
 De un amor apacible y provechoso?
 Mira allí aquel palomo
 Con que dulces arrullos y caricias
 Besa á su compañera.
 Oye aquel ruisenor de ramo en ramo
 Como salta cantando, yo amo, yo amo.
 Pues la culbra (si es que no lo sabes)
 Dexa el veneno, y corre
 Fervorosa al amante.
 Sieute de amor el tigre;
 Ama el bravo leon: tú sola fiero
 Mas que las fieras todas,
 Le niegas en tu preloso acogimiento.
 ¿Mas que digo leon, serpiente y tigre,
 Que tienen sentimiento?
 También amau los árboles y plantas.
 Mirar puedes la vid con quanto afecto,
 Y con quantos abrazos repetidos
 A su marido enlaza.

Tomo III,

17.

Ama un aheto al otro, el pino al pino,
 El Fresno al Fresno, el sauce por el sauce,
 Y una por otra haya arde y suspira;
 Y si tuvieras tú de amor sentido,
 Bien sus mudos suspiros entenderias.
 ¿Que has de ser en efecto para menos
 Que las plantas, huyendo ser amante?
 Muda, muda de intento,
 Simplecilla de tí, que no te entientes.

Silvia.

Pues bien, quando á las plantas
 Oyete los suspiros,
 Digo que entónces quiero ser amante.

Dafne.

Tú recibes á burla mis consejos
 Fieles, y así con mis palabras juegas.
 ¡O en amor sorda quanto boba y necia!
 Mas anda, vendrá tiempo en que de veras
 De no haberlos seguido te arrepientas.
 Y no te digo quando irás huyendo
 Las fuentes, donde agora te delectas,
 Quando huirás las fuentes por el miedo
 De verte ya tan arrugada y fea:
 Bien que esto te avendrás, mas no te anuncie
 Esto solo, que aunque es tan grave daño,
 Es daño al fin comun: ¿no se te acuerda
 Lo que Elpino, contaba el otro día,
 El sabio Elpino á su Licori hermosa?

¿La que en Elpino puede con los ojos
 Lo que él debiera en ella con el canto,
 Quando el deber en el amor se hallara?
 Pues lo contaba huyendo Iato y Tersi,
 De amor grandes maestros, en la cueva
 De la Aurora, do encima de la puerta
 Escrito está: ¡Léjos de aquí profanos.
 El dixo (y dixo, que se lo habia dicho
 Aquel de ingenio grande,
 Que cantó los amores y las armas,
 Cuya zampoña le dexó muriendo)
 Que hay una oscura cueva en el infierno
 Allá donde los hornos de Aqueronte
 Exhalan negro humo abominable,
 Y que en aquesta con tormento eterno
 De llanto y de tinieblas espantosos
 Son castigadas merecidamente
 Las mugeres ingratas y rebeldes.
 Guarda pues, que allí se te apareje
 Albergue á tu siezra, y será justo,
 Que saque el humo llanto de unos ojos
 Do la piedad jamas pudo sacarlo:
 Sigue, sigue tu estado,
 Desconocida Niña y obstinada.

Silvia.

¿Y que le respondió Licori entónces
 A tales cosas?

Dafne.

Tú del propio hecho

Nada cuidas, e inquieres lo ajenos.
Con los ojos le dió respuesta.

Silvia.

¿ Como

Responder pudo con los ojos solos ?

Dafne.

Ellos á Elpino vueltos respondieron
Con una dulce risa : tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras,
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar : y esto hastara
Por muy cumplido premio al casto amante,
Quando él aquellos ojos
Juzgara verdaderos como bellos,
Y entera se les diera.

Silvia.

¿ Y por que no los cree ?

Dafne.

¿ Luego no sabes

Lo que Tirsi escribió, quando perdido
Sin seso, ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en Ninfas y pastores ?
No fue lo que escribió digno de risa,
Si bien sus hechos, como ves, lo fuéron :

El escribió nul troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente y versos,
Donde me acuerdo haber así leído :
Falsas lumbres, espejos eugáinosos
Del triste corazon, bien os concizen,
Y los engaños vuestros; ¿ mas que importa,
Si amor inspide, que de vos me aparte ?

Silvia.

Yo estoy perdiendo el tiempo aqui en palabras,
Sin acordarme, que es el dia prescrito,
Que habemos de ir á la ordenada caza
Del encinal. Si te parece, Dafne,
Me espera en tanto que en la fuente llevo
El polvo, de que estoy toda cubierta
Desde ayer, por seguir un presto gamo,
Que al fin puede matar.

Dafne.

Esperáete,

Y aun yo quizá me bañare contigo :
Mas quiero ir antes á mi casería,
Pues hasta agora no parece tarde :
Esperame en la tuya iré á buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Mas que la fuente y caza; y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sabios cree.

SCENA II.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

He visto al llanto mio
 El mar, las piedras responder piadosas,
 Y suspirar las hojas
 He visto al llanto mio:
 Mas no he visto jamas, ni ver espero
 Compadecerse mi enemiga bella;
 (Que no sé si muger la nombre, ó fiera)
 Pero ya niega ser muger humana
 La que piedad me niega,
 No habiéndola negado
 Hasta la dura inanimada piedra.

Tirsi.

Pare el cordero la trenuda yerba,
 Y el lobo se alimenta del cordero;
 Mas el amor de lágrimas se ceba,
 Y sin jamas mostrarse satisfecho.

Aminta.

Ay triste, que el amor bien satisfecho
 Está ya de mi llanto; solo tiene
 Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
 El y mi ingrata con los ojos beban.

Tirsi.

Ay Aminta infeliz, ¿que devaneas?
 ¿Que estás diciendo! esfuerzate y confata,
 Que otra Ninfa hallarás, si te desprecia
 Esta cruel.

Aminta.

¿Como podré hallar otra?
 Si hallarme á mi no puedo, y si yo mismo
 Me perdi, que ganancia
 Adquiriré jamas que me contente?

Tirsi.

O misero zagal, no desesperes,
 Que adquirirás la misma que desmas.
 Sabe, que el tiempo largo enseña al hombre
 Poner freno al leon y tigre lúrcana.

Aminta.

Sí, pero el desdichado
 No pueda largo tiempo
 Sostener la tardanza de su muerte.

Tirsi.

Será breve tardanza, porque en breve
 Se enojan las mugeres, y se aplacan,
 A quien naturaleza hizo mudables
 Mas que la hoja al viento, y que la panta
 De blanda espiga. Pero yo te ruego,

Que de lo oculto de tu triste estado
Me des noticia; que si bien me has dicho
Diversas veces, que de veras amas,
La causa de tu amor siempre callaste:
Y mi fiel amistad pienso merece,
Con el comun estudio de las Musas;
Que me descubras lo que á todos celas.

Aminta.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes, y los rios
Ya saben, y los hombres no lo saben,
Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dexar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta,
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo:
Donde tal vez pasando aquella ingrata,
Huelga pisar los infelices huesos
Con el soberbio pie, y entre si diga:
Este es mi triunfo: y de mirar se alegre,
Que ya es patente su victoria á todas
Los pastores vecinos y estrangeros,
Que allí trayga la muerte; y ser podria
(Mas mucho espero) se llegase un dia,
Que ella, aunque tarde, de piedad movida,
Llorase inuerto al que quitó la vida.
Mas oye agora.

Tirsi.

Di, que bien te escucho,
Quizá con mejor fin, que tú no piensas.

Aminta.

Siendo yo zagalejo,
Tanto que apenas con la tierna mano
Podia alcanzar de las primeras ramas
En los pequeños árboles el fruto,
Tuve pura amistad con una Ninfa
La mas amable y bella,
Que el viento dió jamas sus hebras de oro:
Bien conoces la hija de Cidipe,
Y del rico Montano, Silvia cara,
Honor de nuestras selvas,
Y ardor de nuestras almas, desta digo:
Vivi con esta un tiempo tan unido,
Que entre dos tortolillas mas conforme
Fidelidad ni se verá, ni ha visto:
Eran nuestros albergues
Bien juntos, pero mas los corazones:
Conformes las edades,
Pero los pensamientos mas conformes:
Con ella muchas veces
Tendí la red á páxaros y á pieces,
Seguí con ella el ciervo, el veíx gamo,
Y era comun la caza y el contento.
Mas mientras de animales hacia presa,
Sin saber como, fui yo mismo preso:

Poco á poco nació en el pecho mio
 No sé de que raiz (como la yerba,
 Que suele por sí misma ella nacerse).
 Un incognito afecto,
 Que mi deseo movia
 A ver siempre delante
 Mi compañera Silvia,
 Y de sus bellos ojos
 Solia gustar una dulzura extraña.
 Que al fin dexaba un no sé que de anargo,
 Mil veces suspiraba, y no sabia
 Qual fuese la ocasion de mis suspiros,
 De manera, que fui primero amante,
 Que al Amor conociese: vino al cabo
 Bien á entenderlo; mas el modo escucha
 Y nota como fué.

Tirsi.

Debe notarse.

Aminta.

De un slamo á la sombra Silvia y Filis,
 Y yo junto con ellas,
 Huyendo el sol estabamos nu dia,
 Quando una abeja, que ligera andaba
 Su miel cogiendo en los floridos prados,
 A Filis fue volando,
 Y en la mexilla hermosa,
 Mas fresca, y mas rosada que la rosa,
 A nuestros ojos le picó atrevida:

(Quizá engañada con la semejanza
 Creyó que fuese flor) entónces Filis
 Como impaciente comenzó á quejarse
 De la aguda picada;
 Pero mi bella Silvia dixo, calla,
 Calla, no te lamentos, Filis mia,
 Que con palabras, que yo sé de encanto,
 Te quitaré el dolor: este secreto
 Supe de Areata Maga, y le di en trueco
 Mi cuerno de marfil y engaste de oro.
 Esto diciendo, avenció los labios
 De aquella dulce boca á la mexilla
 Herida, y blandamente murmurando
 Dixo no sé que versos, y al momento
 (Maravilloso efecto) sintió Filis
 Quitársele el dolor; á fue la fuerza,
 Y virtud de las mágicas palabras,
 O como yo presumo,
 La virtud de la boca,
 Que sana lo que toca.
 Pues yo que hasta entónces
 Otra ninguna cosa deseaba
 Que la agradable lumbré de sus ojos,
 Y sus palabras dulces, mas suaves
 Que el lento murmurar de un arroyuelo,
 Que rompe el curso entre menudas guijas,
 Y el resonar de Céfiro en las hojas;
 Entónces me encendió nuevo deseo
 De juntar á los suyos estos labios:

Y con mayor astucia, y mas aviso,
 Que nunca habia tenido (mira quanto
 El amor sutaliza nuestro ingenio)
 Se me ofreció un engaño, con que en breve
 Llegar pudiese á conseguir mi intento.
 Y fué de esta manera, que fingiendo
 Me habia picado otra molesta abeja
 El labio baxo, comence á quejarme,
 De suerte, que el remedio que la lengua
 No demandaba, el rostro le pedía.
 La simplicita Silvia
 Piadosa de mi mal, se ofreció luego
 Con el remedio á la engañosa herida,
 Y hizo (¡ay triste!) mucho mas crecida,
 Y mas mortal mi herida verdadera,
 Quando llegó sus labios á los míos.
 No suelen las abejas
 Coger tan dulce miel de flor alguna,
 Como yo entonces de sus frescas rosas,
 Aunque el vivo deseo,
 Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
 Se abstuvo de temor y de vergüenza,
 Siendo mas leuto, y menos atrevido.
 Mas mientras descendía
 Al corazón la gran dulzura, mista
 De un secreto veneno;
 Tanto regalo deste bien sentía,
 Que fingiendo no haberseme del todo
 Pasado aquel dolor, hice de suerte,
 Que ella mas veces repitió el cuento.

De

De allí adelante de manera anduvo
 Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
 Que como ya en el pecho no cupiesen,
 Por fuerza hubieron de salir: y un día,
 Que en cerco se sentaban muchas Ninfas,
 Y Pastores, haciendo un juego nuestro,
 Que cada uno por órden le decia,
 En la oreja un secreto al mas vecino;
 Le dixé á Silvia: yo por tí me abriso,
 Y moriré, si tú no me remedias.
 A estas palabras inclinó su rostro,
 Y de improvisa le tiñó de roxo,
 Dando señales de vergüenza y rabia.
 No tuve otra respuesta, que un silencio
 Mudo, turbado, y lleno de amenazas:
 Quitóse de allí luego, y nunca quiso
 Mas hablarme, ni verme. Y ya tres veces
 Ha el segador cortado las espigas,
 Y tantas el invierno ha desojado
 Los verdes bosques de sus frescas hojas,
 Y todos los caminos he tentado
 Por aplacarla, fuera de la muerte.
 Muere me falta en fin por aplacarla,
 Y necrice en buen hora, como entienda,
 Que he de censarle sentimiento ó gozo:
 Ni sé qual quiera mas destas dos cosas,
 Bien fuera la piedad mas rico premio
 De mi fe verdadera,
 Y mayor recompensa de mi muerte;

Tomo III.

18

Mas no debo querer cosa que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

Tirsi.

¿Es posible que Silvio, si te oyes
Palabras semejantes, no te suase?

Aminta.

No lo sé, ni lo creo;
Mas huye mis palabras,
Qual aspid el encanto.

Tirsi.

Pues confía,
Que el corazon me dice,
Que he de ser poderoso á que te escuche.

Aminta.

O nada alcanzarás, ó quando alcances
Al fin, que yo te hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

Tirsi.

¿Porque así desesperas?

Aminta.

Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte,

Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las yerbas, y las fuentes.

Tirsi.

¿De qual Mopso me dices, del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de huta ánimo, que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamas tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo:
Antes por eso solo, que él te anuncia,
Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
En tus amores.

Aminta.

Pues si sabes cosa
Que aliente mi esperanza, no la calles.

Tirsi.

Díretela en buen hora: á los principios,
Que me traxo la suerte en estos bosques,
Ese hombre conocí, del qual juzgaba
Lo que tú juzgas: una vez, en tanto,
Me vino gusto de ir donde su asiento.
Tiene la gran Ciudad cerca del rio;
Y primero, tratándolo con este,
Me dixo así: tú irás á la gran tierra,
Donde el astuto vulgo, y cortezanos

Soleros é insolentes, muchas veces
 Hacen pesadas burlas de nosotros,
 Como de gente rústica y salvaje;
 Así, vé sobre aviso, no te acerques
 Mucho á las sedas de color, ni al oro,
 Nuevos trages, divisas, ni penachos
 Y sobre todo guardate no veas.
 Por mala suerte, ó juvenil descaído,
 La casa de los chismes y las charlas:
 Haye aquel encantado alojamiento,
 ¿Que puesto es este? preganté; y el dixo:
 Aquí habitan las usagas, que encantando
 Hacen que se trasoyga, y se travez:
 Lo que parece de diamante y oro,
 Es vidrio y cobre: aquellas ricas arcas,
 Que juzgarás muy llenas de tesoro,
 Espuertas son de viles trastos llenas:
 Aquí están las paredes con grande arte,
 Que hablan y responden al que habla,
 Y no responden la palabra escasa,
 Qual eco suele por las selvas nuestras:
 Mas la replican toda entera, entera
 Y aun aumentada de lo que otro dice:
 Hasta las sillas, mesas, y las hancas,
 Los escanos, las camas, las cortinas,
 Y el mas adorno de la casa, todos
 Tienen su lengua y voz, y siempre gritan:
 Las charlas, en figura de rapazas,
 Andan triscando, que si entrase un mudo,
 Un mudo á su despecho charlaría.

Mas este es, hijo, el mas ligero daño
 Que te avendra, si puedes trasformado
 Quedar en sauce, en floss, en agua, ó fuego,
 Agua de llanto, y fuego de suspiros.
 Así me dixo, y yo me fuí con esto
 Pronóstico inferal á mi Feerara;
 Y como quiso Dios benigno, ataxa:
 Un dia, pasé por el feliz sllergue,
 De donde dulces y omezas voces
 Salian de Clanes, Ninfas y Sirenas:
 De Sirenas celestes, y salía
 Un blando, y claro son, con tal dulzura,
 Que atónico, gozando y admirando,
 Embebecido me pasó un gran rato.
 Estaba encima de la puerta un hombre
 De semblante magnánimo y robusto,
 Como por guarda de tan gran belleza,
 Del qual, según pude entender, se duda
 Si es mejor Capitan que Caballero:
 El, con afable y grave cortesía,
 Siendo un ilustre Principe, ya humilde
 Bexo Pastor, me convidó á que entrase,
 ¿O lo que vi? (Lo que sentí yo entonces?)
 Yo vi celestes Dioses, Ninfas bellas,
 Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos,
 Y otros hallé tambien sin velo, ó milite:
 La Aurora vi, qual suele aparecerse
 Ante los inmortales, esparciendo
 Sus rayos de oro, y su rocío de plata:
 Vi fecundando relucir en torio

A Febo, y á las Musas, y acogido
 El pino entre estas; y en aquel instante
 Sentí mas grande hacerme de mí mismo,
 Lleno de gran virtud, lleno de nueva
 Deidad: luego cantando héroes, y guerras,
 Desdeñé el pastoril y rústico verso.
 Y aunque despues por gusto ageno vine
 Otra vez á las selvas, no por esto
 Dexé de sostener alguna parte
 De aquel altivo espíritu: no meña
 Ya mi zampoña humilde qual solía,
 Sino con voz mas alta y mas sonora,
 Fénula de la trompa, lunche las selvas.
 Despues oyóme Mopsa, y con malcada
 Vista mirando, me sojó, que ronto
 Viene á quedar, de que calle gran tiempo:
 Poesías los Pastores, que me hubiese
 El lobo visto, y era Mopsa el lobo.
 Esto te he dicho, porque entiendas quanta
 Crédito debe darse á lo que dice:
 Tú, Ananta, puedes esperar sin duda,
 Por solo que este quiere, que no esperes.

Ananta.

Mucho me alegra todo lo que cuentas:
 A ti el cuidado, Tirsi, te remito
 Desta mi vida.

Tirsi.

Yo tendré el cuidado,
 Y tú me espera aquí dentro de una hora.

CORO DE PASTORES.

¡O bella edad del oro venturosa!
 No porque miel el bosque destilaba,
 Y de las fuentes leche se vertía,
 No porque dió sus frutos abundosa
 La tierra, que el arado no tocaba,
 Ni venenosa sierpe consentía;
 Ni porque relucía
 Sin tristes nubes el sereno cielo,
 Y siempre era templada primavera,
 Que ya no persevera;
 Mas la destemplan el calor y el yelo,
 Ni llevó nave á la estrangera tierra
 La vil codicia, ó la sangrienta guerra.

Mas solo porque entonces este vano,
 Vano y fingido nombre sin sugeto,
 Este ídolo de errores engañoso,
 A quien la urhanidad y el vulgo insano
 Llamó despues honor, y es en efecto
 De la naturaleza opuesto odioso:
 No mezcló malicioso
 Su afan en los dulcissimos amores,
 Ni de su dura ley tan importuna
 Tuvo noticia alguna
 Aquella libre esquadra de amadores,
 Mas de una natural, que consentía,
 Fuese lícito aquello que placía.

Entónces por el agua y por las flores,
 Iban con dulces bayles retozando:
 Los Cupidillos sin aljaba ó lazo:
 Sentábanse las Ninfas y Pastores:
 Caricias mil al razonar mezclando,
 Y á las caricias uno y otro abrazo:
 De velo, ni embarazo.
 Jamas cubrió sus rosas encarnadas
 La pastorcilla, ni la pura frente,
 Desnudo juntamente
 Su blanco pecho y pomas delicadas:
 Y á menudo en el agua detenida
 Triscar se vió el amante y su querida.

Tú, honor, fuiste el primero que negaste
 La fuente de deluytes tan copiosa,
 Y á la sed amorosa la escondiste:
 Tú á los hermosos ojos enseñaste
 A encubrir en sí mismos temerosa
 La viva luz, que en su belleza asiste:
 Tú en redes recogiste.

Las hebras de oro, que trataba el viento;
 Y tú pasiste el sádemán esquivo.
 Al proceder lascivo,
 Freno á la lengua, y arte al movimiento:
 Efecto (ó vil honor) es solo tuyo,
 Que el dard de amor se llame hurto tuyo.

Y suelen ser tus célebres hazañas
 Las penas del que oprimes á tus leyes.
 Mas tú, señor de la naturaleza,

Y del amor, tú que sujetas Reves,
 ¿Que pretendes oculto entre cabales,
 Donde caber no puede tu grandeza?
 Allí con la nobleza
 Vete á turbar el sueño al proeminente,
 Dexa sin ti nuestros humildes pechos
 En limitados techos
 Vivir al uso de la antigua gente.
 Amemos, que no hay tregua diferida
 Entre los tiempos y la humana vida.

Amenos, que el sol muere, y largo nace:
 A nosotros se esconde y se desluce
 La breve luz del día,
 Y el sueño eterna noche nos envia.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

SATIRO.

Es pequeña la abeja por extremo,
 Y con sus breves armas, quando pica,
 Hace molesta y grave la herida:
 ¿Mas que cosa tan breve y tan pequeña
 Como el amor? que en toda breve espacio
 Entra y se esconde, ya en la sombra escasa
 De unas pestañas; ya entre las primeras
 Sotiles hebras de un cabello rubio;

Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
 Y en pequenez tan minima le vemos
 Hacer mortales incurables llagas.
 Triste de mí, que es todo llaga y sangre
 Mi corazón y entrañas; mil dardos
 Puso el Amor en los airados ojos
 De Silvia. Cundo Amor, ingrata Silvia,
 Mas cruda y mas ingrata, que las selvas,
 ¡O como te cumpliste el nombre, y como
 Quien tal nombre te puso, lo entendia!
 La selva encubre al oso, tigre, y sierpe
 En su arboleda verde; y tú en el pecho
 Escondas impiedad, soberbia y odio,
 Fieras maromas, que oso, tigre y sierpe;
 Que aquellas suelen aplacarse, y estas
 No se aplacan por dádivas, ni ruegos
 Tú, quando te presento flores nuevas,
 Esquivas las desprecias, por ventura
 Viendo en tu rostro mas hermosas flores!
 Pues si te traygo las manzanas frescas,
 Tú las desdenas arrogante, acaso
 Porque en tu pecho las verás mas bellas:
 Quando te ofrezco los papales dulces,
 Alziva los ultrajas, por ventura
 Por ser mas dulce miel la de tus labios.
 Mas si no puede darte mi pobreza
 Cosa, que no haya en tí mas dulce y bella,
 A mi mesmo te doy: ¿por que desprecias
 Y aborreces el don? que no merezco
 Ser despreciado, si en el mar tranquilo

Bien me miré, quando callado viento,
 Sus claras ondas serenaba un día.
 Este mi rostro de color sanguino,
 Estas anchas espaldas, estos brazos
 De duros nervios, mi cerdoso pecho,
 Y vedijados muslos, son indicio
 De mi viril y poderoso esfuerzo.
 ¿Que piensas tú hacer destes donceles,
 Apenas florecido el blondo bazo
 En sus mejillas, que con arte y cuenta
 Disponen su cabello limpio y crespo?
 Mujeres son aquestos en semblante,
 Y en obras: dile á alguno, que te siga
 Por selva y monte, y que por tí combata
 Contra el valiente jabali y el oso.
 No soy pues malo yo, ni tú me dexas
 Por la forma que tengo, sino solo
 Por mi pobreza: en fin las caserías
 Siguen de las ciudades el exemplo:
 Sin duda alguna el siglo de oro es este,
 Pues solo vence el oro, y reyna el oro.
 ¡O tú quien fuiste el inventor primero
 De vender el su. r! maldita sea
 Tu enterrada ceniza y huesos frios,
 Y no alcancen jamas Pastor ó Ninfa,
 Que pasando les diga, hayais descuido;
 Mas los bañe la lluvia, y muesa el viento,
 Y con sumundo pie todo ganado
 Los huella, tú primero en vilciste
 La nobleza de amor, y su dulzura

Alegre convertiste en amargura.
 Amor vendible, amor siervo del oro.
 Es el monstruo mas vil y abominable,
 Que el mar y tierra engendran y producen.
 ¿Mas para que me quejo al ayre en vano?
 Usa las armas cada qual, que expuestas
 Le dió naturaleza á su defensa:
 Usa los pies el riervo, el leon las garras,
 El jabali el colmillo; así son armas
 De la muger, belleza y gentileza.
 ¿Pues como yo al presente no me valgo
 De mi ferocidad para defensa
 De mi salud, pues la naturaleza
 Apto me hizo á la violencia y robo?
 Yo me quiero robar lo que me niega
 Esta envidia, y al amor ingrata.
 Pues como agora me contó un cahero.
 Que sabe sus costumbres, ella suele
 Reflexarse á menudo en un fuente,
 Y me enseñó el lugar: pienso escudarme
 En el entre los cespedes y rama,
 Aguardando á que venga: y como vea
 Buena ocasión, me arrojaré tras ella.
 ¿Que puede contrastar una mozuca
 Con la débil carrera, ó con los brazos
 Contra mi, tan ligero y poderoso?
 Llore, suspire, oponga toda fuerza
 De piedad ó hermosura; que si puedo
 Revolver esta mano á su cabello,

De

De allí no irá, sin que primero tina
 Por venganzas mis armas de su sangre.

SCENA II.

Dafne y Tirsi.

Dafne.

Como te dixé, Tirsi, ya yo via,
 Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
 Como le he hecho siempre buen oficio,
 Y agora con mas gusto he de hacerle,
 Porque los ruegos tuyos intervienen.
 Mas ántes me atreviera, te prometo,
 A domar un novillo, un tigre, un oso,
 Que una rapaza desta simple y hoba,
 Tan hoba, como bella; que no advierta
 Quanto ardientes y agudas son las armas
 De su belleza, y con el llanto y risa
 A muchos mate, y del herir no entienda.

Tirsi.

¿Que muger hay tan simple, que en saliendo
 De los mastillos, ya no aprenda el arte
 De contentar, y parecer hermosa,
 De matar agudando, y saber quales
 Armas pueden herir, y quales matan,
 Y quales dan salud y escocitan?

Dafne.

Quien es maestro de tan grandes artes?

Tomo III.

19

Tirsi.

Tú finges, y me tentas; el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
A los carneros; á los bravos toros
Usar del cuerno, y el pabon soberbio
Tender la pompa de hizaras plumas.

Dafne.

¿Qual es el nombre suyo?

Tirsi.

El nombre es Dafne.

Dafne.

¿O falsa lengua!

Tirsi.

¿Largo tu no bastas
A dar á mil discípulos escuela?
Aunque á decir la verdad, bien poca falta
Le haces otro maestro: su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
También la madre y ama alcanzan parte.

Dafne.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi:
Pues yo te sé decir, que no resuelvo,
Si es ya tan boba Silvia, y tan sencilla,
Como en sus lechos y palabras muestra,

Ví ayer cierta señal, y esta me puso
En mucha duda: yo la hallé cercana
A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque transparente y limpio;
Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
De suerte, que mostraba deleytarse
De mirar á sí mesma, y le pedía
Convejo al agua, como dispondría
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores, que tenía en la falda.
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro,
Y á su candido cuello, cotejando
Las colores, y luego muy ufana
De la vitorea, un tanto se reía,
Como diciendo: yo en efeto os vento,
No os traygo aquí por ornamento mio,
Mas solo os traygo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar, que os llevo gran ventaja.
Mas mientras se adornaba y componía,
Volvió los ojos bien acorzo, y riendo
Como en la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo, y derramó las flores.
Quanto mas yo de verla me reía,
Mas ella de mí risa se encendía:
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido;
Dua ó tres veces revolvió los ojos

Acia la fuente consejera á hurto,
 Como temiendo *voz de mi entendida* :
 Miróse descompuesta, mas con todo
 Se satifizo, que se vió muy bella,
 Si descompuesta : yo entendido todo,
 Pero callé.

Tirsi.

Tú me xelites, Dafne,
 Lo que he pensado siempre : ¿ no lo dixes ?

Dafne.

Bien lo dixiste ; mas á todos oygo,
 Que no fueron las Ninias y Pastoras
 Tan entendidas antes, ni yo tuve
 Tal juventud : el mundo se enviejce,
 Y en la vejez se aumenta su malicia.

Tirsi.

Quizá entonces no estaban tantas veces
 Los ciudadanos ver el campo y silvas,
 Ni tantas veces nuestras zagalejas
 Entrar en la ciudad : ya están mezclados
 Lanzas y costumbres. Mas dexando
 Agora estos discursos ; ¿ no harías
 Por conformar á Silvia en que le hablase
 Aminta solo, ó tú delante, un día ?

Dafne.

No sé : Silvia es esquiva por extremo.

Tirsi.

Y Aminta por extremo comedido.

Dafne.

Pues no hará nada comedido amante :
 Té le aconseja, que á otra cosa atienda,
 Si es de ese humor. El que saber quisiere
 De amar, dexé respetos, ose y pida,
 Solicite, importune ; y si no basta
 Tome lo que pudiere : ¿ tú no sabes
 De la muger la condicion precias ?
 Huye, y huyendo, quiere que la alcancen ;
 Niega, y negando, quiere que la apremien :
 Lucha, y luchando, quiere que la venzan.
 Ya sabes, Tirsi, que de ti me fio,
 Porque en silencio guardes lo que digo.

Tirsi.

No hay ocasion por que de mí sospechas,
 Que jamas diga cosa, que te ofenda :
 Mas ruegote, mi Dafne, por la dulce
 Memoria de tus años juveniles,
 Me favorezcas, ayudando á Aminta
 Más, que por perece.

Dafne.

¿ Que conjuro
 Tan gentil ha buscado este inocente !
 La juventud me trae á la memoria :

El bien pasado es el presente enojo.
¿Pues que dices que haga?

Tirsi.

No te falta

Ingenio, ni conaço; basta solo,
Que á querer te dispongas.

Dafne.

Ora sabe,

Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente, que llaman de Diana,
Allí donde aquel plátano da sombra
Al agua dulce, y al lugar convida
Las Ninfas cazadoras; en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

Tirsi.

Pues bien—

Dafne.

¿Como pues bien? ¿que mal entiendes?

Si en ti cabe discurso, eso te basta.

Tirsi.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
El á tanto.

Dafne.

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así, y aguárde á que lo busquen.

Tirsi.

El es por cierto tal, que lo mereco.

Dafne.

¿Pero nosotros no hablaremos algo.
De ti mismo? ¿Dí, Tirsi, tú no quiseres.
Enamorarte? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien ceñitura:
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que solo sabe de placer el que ama.

Tirsi.

No desecha de Venus los placeres
Quien se retira del Amor; mas goza
El dulce del Amor sin el amargo.

Dafne.

Es desabrido dulce al que le falta
Mecla de algun amargo, y luego cansa.

Tirsi.

Mas vale pues hartarse
Que estar siempre hambriento.

Dafne.

No ya con el manjar que se pusee;
Y quanto mas se gusta, mas agada.

Tirsi.

¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

Dafne.

¿Mas quien halló jamás lo que no busca?

Tirsi.

Es peligro buscar lo que adquirido,
Cansa breve contento,
Y no adquirido, mucho mas tormento.
Hasta que llantos y suspiros faltan
En el amor y su tirano reino,
Tirsi no ha de volver á ser amante:
Ya hasta lo que tengo padecido,
Otro fiel amador hará su parte.

Dafne.

Mas no tienes gozado lo que hasta.

Tirsi.

Ni gozarlo deseo,
Si tan caro se compra.

Dafne.

Amar te será fuerza, si no gusto.

Tirsi.

No me pueden forzar, estando lejos.

Dafne.

¿Quién está lejos del Amor?

Tirsi.

Quien hoye.

Dafne.

¿Y que importa que huyas de sus alas?

Tirsi.

Tiene al nacer Amor las alas cortas,
Que apenas le sustentan,
Y así no las estiende á todo vuelo.

Dafne.

Poes no conoce el hombre quando nace;
Y quando lo conoce, es grande y vuela.

Tirsi.

No, si otra vez no ha visto como nace.

Dafne.

Ora veremos si tus ojos huyen,
Como dices: y luego te protesto:
(Ya que presumes tanto de ligero)
Que quando te verá pedirme ayuda,

No moveré por ayudarte un passo,
Un solo dedo, una pestaña sola.

Tirsi.

Bravo rigor, ¿ que me podrás ver muerto?
Pasa, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

Dafne.
Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¿ ay quantos
Engaña un rostro colorado y liso!

Tirsi.

No burlo á fe; mas ántes me parece,
Que con esa protesta me desechas,
Qual hacen todas; ¿ Pero que remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

Dafne.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive,
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

Tirsi.

O Dafne, en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno el otro mar, por las caudalosas
Estendidas, alegres y fecundas,

Y las alpestres cumbres del Apenino:
El dixo así, quando me hizo suyo:
Tirsi, ahuyenten otros los ladrones,
Y los lobos, guardando mis rebaños:
Reparta otros los premios y las penas
A mis ministros: otros apacienten
Mis ganados: en fin otro conserte
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso.
Asi será razon, que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuclos de aqueste varaladero
(No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ambos parece en el aspecto y obras)
Abuclos de mayor merecimiento,
Que el gran Saturno y Celo. Agrate Musa
A mérito real; mas no por eso
Que suave clara ó ronca, la desprecia.
De su mismo sugeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo,
Sino con el silencio y reverencia:
Mas no faltan jamas en sus altares
Las flores de su mazo: ni los fuegos
De inciensos olorosos y azules.
Ni faltará en mi pecho esta devota,
Y pura religion, hasta que vea
Facer el ayre por el ayre el ciervo,
Y que mudado el curso de los rios,
Beba la Sona el Persa, el Franco el Tigris.

Dafne.

Tú vas muy alto; ora descende un poco
Al propósito nuestro.

Tirsi.

El punto es este;
Que en estado en la fuente tú con Silvia,
Procures ablandarla, y ya entretanto
Procuraré que Aminta vaya; y pienso,
Que no es ménos difícil que la mya
Mi diligencia. Ve en buena hora.

Dafne.

Voyar.

Peró nuestro propósito no era ese.

Tirsi.

Si bien divino desde aquí su rostro,
Allí parece Aminta, él es sin duda.

SCENA III.

AMINTA Y TIRSI.

Aminta.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
Porque si nada he hecho,
Antes de consumirme he de matarme
Ante los ojos mismos de la ingrata;
Que pues le agrada tanto

Desté

Desté mi corazon la viva llaga.
Agudo golpe de sus ojos bellos;
Tambien debe agradaele
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis propias manos.

Tirsi.

Nuevas te traygo, Aminta, de consuelo;
Bien puedes ya dexar tanto lamento.

Aminta.

Ay Tirsi, ¿que me dices?
¿Tras la vida ó la muerte?

Tirsi.

Traygo salud y vida, si te atreves
A acometerlas; pero, ve dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de animo resuelto.

Aminta.

¿Como, y con quien el ánimo me imparte?

Tirsi.

Si estuviese tu Niñi en una selva,
Que cerrada de altísimos peñascos,
Diese albergue á los tigres y leones,
¿Puedas allá?

Tomo III.

20

Aminta.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al bayle.

Tirsi.

Y si estuvieses entre ladrones y armas,
¿Fueras allá?

Aminta.

Fuera resuelto y presto,
Mas que á la fuente el ciervo caluroso,

Tirsi.

Mayor empresa importa que acometas.

Aminta.

Iré por medio el rápido torrente,
Quando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita: iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo,
Quando en el estuyete: si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

Tirsi.

Escucha: ¡
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola: irás allá?

Aminta.

¿Que dices?
¿Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

Tirsi.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte,

Aminta.

¿Y desnuda me espera?

Tirsi.

Desnuda digo: mas....

Aminta.

¿Ay triste! acaba:
¿Que mas, Tirsi? tá callas, tú me matas.

Tirsi.

Mas no sabe que has de ir allá

Aminta.

Terrible,
Y fiera conclusion, que ya e- ensuo
La dulzura pasada me convierte
Cruel, ¿con qual estudio me atormentas?
¿Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mia?

Tirsi.

Haz tú mi parecer, serás dichoso.

Aminta.

¿Que me aconsejas?

Tirsi.

Que pasar no dexes
La dicha que te ofrece la fortuna,

Aminta.

Dios no permita, que jamás yo intente
Cosa que la disguste; ni yo supere
Hacer ena jamás contra su gusto;
Sino es amarla: y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura, y no mi culpa.
Así no se verá, que en quanto pueda
No procure agradarla.

Tirsi.

Ora responde:

¿Si potestad tuvieras
Para dexar de amarla,
Dexárasla de amar, por agradarla?

Aminta.

Ni tal cosa consiente Amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dexarla de amar, aunque pudiese.

Tirsi.

Deja maners á su pesar la amaras,
Pudiendo no quererla.

Aminta.

No fuera á su pesar, mas la amarás.

Tirsi.

Sin su gusto en efecto.

Aminta.

Si por cierto.

Tirsi.

¿Pues como sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin, que le será agradable.

Aminta.

Ay, Tirsi amigo! Amor por mí responde,
Que á referir no me cierto
Lo que me dice el corazón: tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande.
En rrazonar de amor: á mí me liga
La lengua aquello mismo,
Que el corazón me liga.

Tirsi.

¿No iremos en efecto?

Amiata.

Iré sin duda,

Mas no donde tú piensas.

Tirsi.

¿Pues á donde?

Amiata.

Iré á morir, si en mi favor no has hecho
Mas de lo que me dices.

Tirsi.

¿Y esto es poco?

¿Crees tú, que Dafne nos aconsejara
Ir á la fuente, quando no entendiera
De Silvia el pecho? por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda,
Que sabiendolo calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla:
Y siendo así, ¿que es este tu deseo,
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda, que tu dicha alegre
Se adquiere solo por tu industria á hurtos,
Sin que ella de su mano te la ofrezca;
Por tu vida me di, ¿que mas te importa
Este modo, que aquel?

Amiata.

¿Quien me asegura

Ser esa su intencion y su deseo?

Tirsi.

O simple, ves aquí que al fin procuras
La certeza, que á Silvia le desplace,
Y desplacerle justamente debe,
Qual tú debieras no buscarla: ¿y donde
Tienes quicu te asegure lo contrario?
Si ella así lo pensase, y tú no fueses
(Pues que la duda y riesgo son iguales)
¿Será mejor morir como animoso,
Que como vil? tú callas, tú conoces,
Que estás vencido; agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor victoria.
Vamos, Amiata, vámonos.

Amiata.

Espera.

Tirsi.

¿Como espera? ¿No ves que el tiempo huye?

Amiata.

Miremos antes si esto debe hacerse,
Y en que manera.

Tirsi.

Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mismo ;
Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CÓRO.

Amor, ¿de que maestro,
En qual oculta escuela
Se aprende esa tu larga
Arte de amar incierta ?
¿ Quien del entendimiento
Declara las ideas,
Quando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela ?
No lo explicó el Liceo,
No la famosa Atenas,
Y en Elicona docta
Ni Febo lo demuestra,
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan,
Corta razona y frio
Con perezosa lengua,
No tiene voz de fuego,
Que á tu primor competa,
Ni á sus misterios altos
Sus pensamientos llegan.
Tú, Amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,

Y tú solo á ti mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo,
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tu lengua
En delicado estilo
Con elegancia extrema,
Y á muchos mas se estiende,
Amar, tu sutileza :
¿ Hará saber, y extraña
Manera de eloquencia !
Que á veces con palabras
Confusas y imperfectas,
Un corazón amante
Sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
Lustrosas y comparatas ;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruge.
Amor, les quien quisiere
Sacristicas sentencias,
Que yo en dos bellas ojos
Aprenderé tu ciencia.
Y humillará sus versos
El mas alto poeta,
Con pluma sabia escritos
En doctas Academias,

Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

TIRSI Y GORO.

Tirsi.

O extremo de crueldad! ¡ó ingrato pecho!
¡O ingrata Ninfa! ¡ó tres y quatro veces
Muger ingrata! Y tu naturaleza,
Negligente nuestra, ¿Per que solo
En el rostro pusiste á las mugeres,
Y en lo aparente, quanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesia,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay jóven triste y misero! sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece.
Bien ha tres horas que le busco, y busco
En donde le dexé, y en los contornos,
Sin hallarlo, ni rastro de sus pasos:
¡Ay que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores,
Le quiero á ver si sabe de él alguno.
Decid, amigos, ¿quien ha visto á Aminta?
Acaso, ó sabe de él alguna nueva?

Goro.

Tirsi, présteme que estás turbado;
¿Que causa te molesta y te fatiga?
¿De que son estas ansias y sudores?
¿Hay algun mal? por Dios que lo sepamos.

Tirsi.

Temo del mal de Aminta: ¿habeisle visto?

Goro.

No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; ¿pero que tienes?

Tirsi.

No se haya muerto el mismo de su mano.

Goro.

¿El muerto de su mano? ¿por que causa?
¿Que ocasion hallas?

Tirsi.

El amor y el odio,

Goro.

Dos poderosos enemigos juntos,
¿Que no pueden hacer? habla mas claro.

Tirsi.

El amar una Ninfa por extremo,
Y el ser de ella en extremo aborrecido.

Coro.

Cuenta el caso te ruego, y entretanto
 (Este es lugar de paso) por ventura
 Vendrá alguno, que de fi nos de noticia,
 Y aun puede ser tambien que el mismo llegue.

Tercia.

Pláceme de decíelo, que no es justo,
 Que ingrátid tan grande y tan estraña
 Se quede sin la infamia que merece.
 Tuvo noticia Aminta (y yo fui tante
 Quien noticia le di, ya me arrepiento)
 Que Silvia y Dafne en una fuente habian
 De ir á bañarse; y hacía allá en efecto
 Se entenció, movido solamente,
 No de su voluntad, mas de mi pura
 Persuasion importuna; pues mil veces
 Quiso volverse atrás, y á pura fuerza
 Yo lo detuve, y la llevé adelante.
 Llegábatos ya cerca de la fuente,
 He aquí quando scatinos de improviso
 Un funeral llanto, y juntamente
 Vimos á Dafne, que batía las palmas;
 La qual, como nos viere, alzando el grito,
 Ay! dixo, socorred, que á Silvia ultrajan.
 Luego que oyó su enaunado Aminta
 Estes palabras, aventóse al campo
 Furioso como un pardo, y yo seguillo:
 Quando vemos ligada con un árbol

L4

La bella Niña, qual nació, desnuda;
 Y su cabello, su cabello mismo
 Servia de cuerda, y á la planta envuelto
 Estaba con mil nudos; y su cinta,
 Que fué del seno virginal custodia,
 De aquella ofensa era ministro, y ambas
 Las manos le apretaba al duro tronco:
 Hasta la misma planta ligaduras
 Contra ella daba, y de un vencido ramo
 Dos tiernas varas duramente ataban
 Sus delicadas piernas. Allí vimos
 En su presencia un sátiro villano,
 Que entonces acababa de ligarla.
 Fuése tras el Aminta con un dardo
 (Que tuvo acceso en la derecha mano)
 Como un fiero León, y yo entretanto
 Estaba ya de piedras prescindiendo,
 Con que el sátiro vil luxó en efecto.
 Pues como diere espacio su huida
 A que Aminta mirase, él codicioso
 Volvió sus ojos á los miembros hellos,
 Que qual tremola entre los juncos leche,
 Dedicados y blancos parecian;
 Y todo ví, se demudó en el rostro.
 Despues llegóse blandamente á ella,
 Y con modestia dixo: ó bella Silvia,
 Perdona aquestas miras, si llegarte
 A tus miembros es mucho atrevimiento,
 Pues las obliga necesaria y pura
 Fuerza de desatar aquestos nudos;

Tomo III.

31

No (ya que les concede la fortuna
Esta felicidad) te pese de ella.

Coro.

Palabras de ablandar los pedernales.

¿Y que le respondió?

Tirsi.

Ninguna cosa;
Mas con vergüenza y con desden, al suelo
Baxando el rostro, el delicado seno,
Quanto podia torciéndose, cubría.
El, echando delante su cabello
Rubio, se puso á desatar, y en tanto
Hablabá así: ¿quando tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
¿Pues que ventaja llevan los amantes,
Que sirven al Amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciosos lazos?
¿Planta cruel, pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?
Esto le dixo al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecía,
Que teniese tocarla, y desate.
Baxó luego á los pies por desasiarlos;
Mas como Silvia ya se vió libre
Las manos, dixo esquivá y desdenosa:
No me toques, pastor, soy de Diana,
Yo me desataré los pies, aparta.

Coro.

¿Que tal orgullo en una Ninfa albergue?
Por cierto ingrata paga de tal obra.

Tirsi.

El apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla;
Aquel placér urgándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo que escondido lo miraba todo,
Y lo cacuchaba, quando vi tal cosa
Mil voces quise dar, al fin me abstuve.
Mas oye que estrañeza: ella en efecto,
Después de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir á Dios, apenas libre,
Partió de allí como una cierva huyendo:
Y no habia causa de tener ninguna,
Que ya de Aminta conocía el respeto.

Coro.

¿Pues como así huyó?

Tirsi.

Porque no quiso
Tener obligacion á la modestia
Y amor del joven, sino á su carrera.

Coro.

¿Que es hasta eso ingrata? ¿Y el quitado
Que hizo entonces, diños, ó que dixo?

Tirsi.

Reso no sé, porque de furia ardiendo
Corri por alcanzarla y detenerla,
Al fin perdíla, y fue el trabajo en vano;
Después volví a la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le vi; mas cierto
El corazón presago de algún daño:
Sé que estaba dispuesto de matarse,
Aun antes que esto sucediese.

Coro.

En uso,
Y arte del que ama estreñazarse a muerte;
Mas tantas veces ha llegado a efecto.

Tirsi.

Quieran los altos Dioses, que no sea
Aminta alguno de los raros.

Coro.

Calla,

Que no será.

Tirsi.

Yo quiero irme a la cueva
Del sabio Elpino, donde si él es vivo,
Por dicha le hallaré; porque allí suele
Alestar sus tristezas y tormentos.
Al dulce son de la zampóna clara,
Que trae las piedras a escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el río,
Y miel brotar de las cortezas duras.

SCENA II.

AMINTA, DAFNE Y NERINA.

Aminta.

Ríguese piedad por cierto usante
Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
Porque será mi muerte,
Quanto mas dilatada, mas amarga:
Y dime agora, ¿para que me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus varias razones tan en vano?
Si temes que no mate, mi bien temo.

Dafne.

¿Por que te desesperas,
Aminta? que si yo bien la conozco
No fué crueldad, sino vergüenza sola
La que movió a tu Silvia que hoy es.

Aminta.

¡Ay triste yo! que mi salud sería
Desesperar, después que la esperanza
Mi destrucción ha sido: y todavía,
Tanta reverdece dentro del pecho,
Solo para que viva:
¿Y al que es tan desdichado,
Que mas fiero tormento que la vida?

Dafne.

Vive, mezquino, miserable, vive,
Solo para que goces
De la felicidad, quando viniere:
Sea premio á tu esperanza
(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la demanda bella.

Aminta.

No pareció al Amor, y á mi fortuna,
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrieran
Enteramente aquello, que me niegan.

Nerina.

¿Que he de ser yo en efecto la izquierda
Cornoja de una nueva tan amarga?
¿O por qué siempre misero Montano!
¿Que sentirás tu pecho, quando entienda
El duro caso de tu Silvia cara?
¿O viejo padre y ciego!
¿Padre infeliz! mas ya no serás padre.

Dafne.

Oygo una triste voz.

Aminta.

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oídos,
Y el corazón: ¿túas quien la nombra? escucha.

Dafne.

Esta es Nerina, Ninfa á Clotia cara,
De bellos ojos, y de lindas manos,
Talle gentil, y movimiento ayroso.

Nerina.

Quiero con todo, que lo sepa y trate
De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ¡Ay Silvia, ay Silvia!
¡Ay como fué tu suerte desdichada!

Aminta.

¡Ay de mí! ¿que será lo que esta dice?

Nerina.

Dafne.

Dafne.

¿Que estás hablando entre tí mesma?
¿O como á Silvia nombras y suspiras?

Nerina.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

Aminta.

Ay, ¿De que caso
Podrá decir aquesta? que yo siento,
Yo siento el corazón, que se me hiela,
Y enflaquece el espíritu: ¿está viva?

Dafne.

Cuenta que triste caso es el que dices.

Nerina.

¡O cielos! ¿yo he de ser la mensajera?
 ¡Y me obligan también á que lo cuente?
 Vino desnuda Sílvia á mi morada
 (Y la causa ya debes de saberla)
 Después vestida, me rogó que fuese
 Con ella á cierta caza, que ardeada
 Estaba al bosque dicho de la encina.
 Fuimos, hallamos muchas Ninfas juntas,
 Y luego á breve rato desentona
 (No sé de donde) un carnicero lobo
 De terrible grandesa, cuyo labio
 Manchaba el suelo de sangrienta espuma:
 Sílvia al momento acomodó una flecha
 A un arco que le di, dispara, y dale
 En la cabeza: él emboscóse, y ella
 Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

Aminta.

¡O que principios de dolor! ¡ay triste!
 ¿Que fin me anuncian?

Nerina.

Yo con otro dardo
 Seguí su rastro, pero lejos mucho,
 Porque partí mas tarde: ya que estaban

Dentro del bosque, allí no pude verla;
 Mas tanto fui siguiendo sus pisadas,
 Que en lo mas solo me hallé y espeso:
 En esto ví de Sílvia el dardo en tierra,
 Y poco mas abaxo un blanco velo,
 Que yo misma primero á su cabeza
 Le revolvi. He aquí quando miraba
 A todas partes, siete lobos veo
 Lamiendo de la tierra alguna sangre
 Vertida en cerco de unos huesos mondos;
 Y fué mi suerte, que ellos no me vieran,
 (Tan atentos estaban á su pasto)
 Así que de piedad y de temor llena
 Volvíme atras. Aquesto es quanto pardo
 Decir de Sílvia, y veis aqui su velo.

Aminta.

¿Has dicho poco, Ninfa? ¿á velo, á sangre,
 O Sílvia, tu crea muerta?

Dafne.

Ay desdichado,
 Amorrecillo está de pena, ó muerto.

Nerina.

Aun todavía respira: esto habra sido
 Algun breve desmayo: ya revive.

Aminta.

¿Por que así me atormentas,
 Dolor, que ya no acabas de matarme?
 Quizá á mis manos el oficio dexas:

Yo soy, yo soy contento
Que ellas tomen el cargo.
Ya que tú lo rehusas, ó no puedes.
¡Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mía,
¿Que espero mas? ¿que busco? ¡ah Dafne, Dafne,
Para este amargo fin me reservaste?
¿Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mío,
Quando matarme quise:
Tú lo estorbaste, y estorbó el cielo,
Al qual te parecía,
Que con mi muerte se evitaba el daño,
Que ordenado me estaba; mas agora
Que he executado tu crueldad extrema,
Bien sufrirá que tuera,
Y tú sufrirlo debes.

Dafne.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

Aminta.

¿Que mas quieres que espere?
Ya sobra tu esperado y lo entendido.

Nerina.

¡O quien ántes hubiera sido muda!

Aminta.

Ninfa, dame, te ruego,
Esc su velo, esa funesta y sola
Beldad suya, porque me acompaña
En este breve espacio,
Que me queda de tiempo y de la vida.

Nerina.

¿Debo dálo, ó negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion porque le pide.

Aminta.

¿Cruel, así me niegas
Un tan pequeño don al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El sero lado; pues dexarte quiero,
Contigo quede, y aun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

Dafne.

Aminta, aguarda, escucha:
¡Ay de mí, con la furia que se parte!

Nerina.

El camina de suerte,
Que es por siemas seguirlo; así yo quiero
Proseguir mi viaje, y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al misero Montán.

CORO.

No es menester la muerte ;
 Que si va para obligar un pecho noble ,
 Basta la fe con un amor conforme ;
 Ni la que se pretende
 Es tan difícil fama ,
 Si persevera firme el que bien ama ;
 Que es premio amor , que con amor se alcanza ,
 Y muchas veces , si al amor inquiera ,
 Gloria inmortal el amador adquiere .

ACTO CUARTO.

SCENA I.

DAFNE , SILVIA Y CORO.

Dafne.

EL viento lleve con la mala nueva ,
 Que se esparció de tí , tus males todos ,
 Los por venir , ó Silvia ; y los presentes ;
 Pues te juzgá ya muerta , y gloria al cielo ,
 Viva y sana te miro : de tal suerte
 Ha contado Nerius tu suceso ,
 Que ojalá fueras mudo , y otro sordo .

Silvia.

Cierto fué grande el riesgo , y ella tuvo
 Causa bastante de juzgarme muerta .

*Dafne.**Dafne.*

Mas no bastante causa de decirlo .
 Ora cuéntame el riesgo , y de que modo
 Tú lo escusaste .

Silvia.

Yo siguiendo un lobo
 Me embosqué en lo profundo de la selva
 Tanto , que lo perdí de rastro ; y mientras
 Volveme procuraba al mismo puesto ,
 Donde partí primero ; el lobo miro ,
 Al qual reconocí por una flecha ,
 Que yo le habia clavado de mi mano
 Junto á la orija ; vió entre otros muchos
 Al rededor de un animal , que habian
 De fresco muerto , cuya forma entónces
 No supe distinguir : el lobo herido
 Fienso me conoció , porque se vino
 Contra mí con la boca ensangrentada .
 Yo lo esperaba audaz , y con la diestra
 Vibraba un dardo : ya tú sabes , Dafne ,
 Si con destreza sé tirarle , y sabes
 Si jamas yerra de mi mano el golpe .
 Ya que lo vi tan cerca de mi puesto
 Quanto me pareció distancia justa
 Para la herida , le arrojé mi dardo .
 En vano ; porque (ó fué de la fortuna
 La culpa ó mis) por herir al lobo
 Clavé una planta : entónces se venia

Tomo III.

22

Con mas furioso encuentro á acometerme.
 Yo viéndole tan cerca, que del arco
 Era imposible entonces ya valerme,
 Y no siendo señora de otras armas;
 Dispúzame á huir, y mientras huyo,
 El me viene siguiendo: advierte agora.
 Un velo, que revuelto yo tenía
 A los cabellos, desplegóse en parte,
 Y zolaba ventilando, tal que á un ramo
 Se marañó; yo siento que me tiran,
 Y me detienen, sin saber quien fuese;
 Mas con el miedo de morir, redoblo
 La fuerza á la carrera, y de su parte
 El ramo no se vence, ni me dexa:
 Al fin del velo me desago, y pierdo
 Con él algunas hebras del cabello;
 Y tantas alas á los pies fugaces
 Me puso el gran tenor, que libre y sana
 De la selva así: despues volviendo
 Acia mi albergue, te encontré turbada,
 Toda turbada, y me espanté de verte,
 Porque de solo verme te espantabas.

Dafne.

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

Silvia.

¿Que me dices? ¿te pesa por ventura
 Que viva esté? ¿que tanto me aborreces?

Dafne.

Pláceme de tu vida, mas me duelo
 De agena muerte.

Silvia.

¿De que muerte dices?

Dafne.

De la muerte de Amista

Silvia.

Ay, ¿como es muerto?

Dafne.

El como no lo sé, ni aun el efecto
 Puedo afirmar mas tengolo por cierto.

Silvia.

¿Que es lo que dices? ¿pues á que atribuyes
 La causa de su muerte, di?

Dafne.

A tu muerte.

Silvia.

Yo no te entiendo.

Dafne.

La terrible nueva
 De esa tu muerte, que por cierta tuvo,

Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,
O alguna cosa tal, que lo haya muerto.

Silvia.

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte; que qualquiera
Salva la vida suya mientras puede.

Dafne.

¡Ay Silvia! tú no sabes, ni lo crees,
Quanto el fuego de amor puede en un pecho,
En un pecho de carnes, y no de piedra,
Qual ese tuyo; que si lo creyeras,
Hubieras ya querido á quien te quiere
Mas que las mismas niñas de sus ojos.
Y el espíritu mismo de su vida;
Lo qual sé yo, y aun he lo visto. Vilo
Quando huíste, como tigre fiero,
Al tiempo que debieras abrazarlo:
Volver te ví contra su pecho un dardo,
Desesperado, y á morir expuesto,
Y sin arrepentirse, al fiero hecho
Pues en efecto se pasó el vestido
Hasta la piel, dexándola tendida
De su sangre, y pasara mas adentro
La punta, y fuera el corazon herido,
Que tú con tuas violencias ya heriste,
Si entonces yo no le detengo el brazo,
Y su furor impido. Quizá aquella
Herida breve fué un ensayo solo

De su furor, de la desesperada
Constancia suya, y le mostró la via
Al hierro audaz, para que ya supiese
Arrojarse por ella libremente.

Silvia.

¡Ay! ¿ que me cuentas ?

Dafne.

Y despues lo he visto
Quando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta : del oían y angustia
Amortecerse; y con furor extraño
Luego partir de allí para matarse;
Y de esta vez se habrá de veras muerto.

Silvia.

Que lo tienes por cierto ?

Dafne.

Por sin duds.

Silvia.

Triste de mí, ¿ por que no le seguiste
Para impedirlo? Ven, busquemos, vamos,
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida,
Mas facilmente espero,
Que mi vida le salve de la muerte.

Dafne.

Ya lo seguí, mas tan veloz corría,
Que se desapareció de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas.
¿Mas donde quieres ir sin rastro alguno?

Silvia.

Ay, Dafne! él morira si no lo hallamos.

Dafne.

Cruel! ¿sientes acaso que te usurpe
La gloria de tal hecho? tú en efecto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra, que tu mano?
Otra consuélate, que como quiera
Que el desdichado muera, tú le matas.

Silvia.

O Dafne, tú me afliges;
Y el gran dolor que siento de su daño,
Se aumenta mas con la memoria acerba
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fuélo cierto;
Pero fué muy severa y rigurosa:
Agora lo conozco, y me arrepiento.

Dafne.

¿Que es lo que escucho? ¿tú piadosa, Silvia?
¿Tú en ese corazón sientes afecto

Alguno de piedad? ¿que es lo que veo?
¿Tú lloras, tú? ¿notable maravilla?
¿Y es de amor en efecto ese tu llanto!

Silvia.

No lloro yo de amor, de piedad lloro.

Dafne.

No importa: la piedad es mensajera
De amor, como el relámpago del trueno.

Coro.

Y aun muchas veces, quando él mismo quiere
Entrar oculto en los sinceros pechos,
Que lo excluyéron tales con severa
Honestidad; la semejanza toma
De la piedad, que es su máscara y nuncia,
Y con estos disfraces engañando
Las jóvenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

Dafne.

Llanto de amor es este, mucho abunda,
Tú callas: en fin ¿mas, pero en vano,
¡O poder del amor! justo castigo
Sobre esta Niufa envía.
Misero Aminta, tú ¿como la abeja,
Que hiriendo muere, y en la agena llaga
Dexa la propia vida) con tu muerte
Has herido en efecto un duro pecho,

Que aun no picaste en tanto que viviste.
 Si eres agora espíritu desuado
 Ya de los miembros, como yo presumo,
 Aquí estarás sin duda:
 Mira su llanto, y goza de tu suerte,
 En vida amante, y en la muerte amado.
 Y si era tu destino, que en la muerte
 Amado fueses, y esta fiera quiso
 Vender su amor por tan subido precio;
 El precio mismo que pidió, le diste,
 Y ya su amor con tu morir compraste.

Coro.

Por cierto caro precio al que le ha dado,
 Quanto inútil y vil á quien le admite.

Silvia.

¡O si pudiera ser comprar su vida
 Yo con mi amor, ó con mi vida mesma,
 Si al fin es muerto!

Dafne.

¡O tardo desengaño!
 Tarda piedad sobrada,
 Quando á ningun efecto es de provecho.

SCENA II.

ERGASTO, GORO, SILVIA Y DAFNE.

Ergasto.

Traygo tan lleno de piedad el pecho,
 Y tan lleno de horras, que no oygo ó veo
 Cosa alguna do quiera que me vuelva,
 Que todo no me espante y me congoje.

Coro.

¿Con que puede venir; ay Dios! agora
 Este pastor, que muestra
 Tal turbacion en el semblante y lengua?

Ergasto.

Traygo la nueva triste
 De la muerte de Aminta.

Silvia.

¡Ay lo que dice!

Ergasto.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
 El mas gallardo, áfable, y comedido,
 Amado de las Ninfas y las Musas;
 Morió en su juventud; ¡ay de que muerte!

Coro.

Dinos como, pastor, porque contigo
 Llorar podemos su desgracia y nuestra.

Silvia.

¡Ay que no osó llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no escuso!
Duro corazon mio,
Aspiro y fiero corazon, ¿que temes?
De que te espantas? Vete presto, acaba
Contra el enciello agudo de una lengua,
Y aqui demuestra agora tu fuerza.
Pastor, yo vengo por la parte mia
De ese dolor, que á los demas prometes;
Porque me pertuence
Quizá mas que tú piensas
Y qual debida preada lo recibo.
Añ que de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

Ergasto.

¡Ah Ninfa! yo te creo,
Que mil veces al misero sentia
Llamar tu nombre al acabar su vida.

Dafne.

Comienza ya la dolorosa historia.

Ergasto.

Yo estaba en lo mas alto del collado,
Donde mis redes hoy tendido habia,

Quando bien cerca vi pasar á Aminta
May trocado en el rostro y movimiento
Del que antes era, uny turbado y triste.
Tras él parí corriendo, y en cieto
Lo alcancé, y lo detuve; el qual me dixo:
Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion; mas quiero que un obligues
Antes tu fe con juramento estrecho,
De estarte á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efeto de mi intento.
Yo (¿quien pensara tan extraño caso,
Ni tan ciego furor?) hice qual quiso,
Mil conjuros horribles, invocando
A Pan, á Pales, Priapo, y Pomona,
Y la nocturna Ecates. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y apuro
Del collado, por cuevas y barrancos
Incultos, sin camino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle.
Aqui nos detuvimos; yo mirando
Al fondo, estremecime de improviso,
Y al punto atrax me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serenó su rostro, el qual afecto
Fué el motivo mayor de asegurarme.
Despues habíame así: mira que cuentos
Lo que verás, á Ninfas y Pastores.
Luego dixo, mirando al hondo valle:

Si yo á mi voluntad bailar pudiera
 Prontos así de los hambrientos lobos
 El vientre y los colmillos, como tengo
 Este despenadero, bien quisiera
 Morir la muerte, que murió mi vida:
 Quisiera que estos miembros miserables
 Fuesen despedazados
 ¡Ay triste! como fueron
 Aquellos de mi Silvia delicatos:
 Mas puesto que no puedo,
 Y ya que á mi deseo
 El cielo niega las voraces fieras,
 Quiero seguir camino diferente
 Para morir: yo seguiré otra vía,
 La qual será á lo ménos
 La mas breve, sino la que debia.
 Ea, Silvia, ya te sigo,
 Ya voy á acompañarte,
 Y muriera contento, si entendiera
 Al ménos con certeza, que seguirte
 No fuese disgustarte, y que tus iras
 Se hubiesen acabado con la vida:
 Ea, Silvia, ya te sigo.
 Esto dicho, de encima del barranco
 Precipitóse, vuelta la cabeza
 Acia lo hondo, y yo quedéme helado.

Silvia.

¡Ay desdichada!

Dafne.

Dafne.

¡Miserable Aminta!

Caro.

Por que no lo impediste?
 ¿Hizote acaso estorbo
 A detenerlo el juramento hecho?

Ergasto.

No, no, que despreciando el juramento
 (Vano quizá en tal caso)
 Quando adverti su temeraria y loca
 Resolución, corrí con ambas manos,
 Y como quiso su enemiga suerte,
 Lo así de este cenital, que lo creñia,
 El qual no siendo á sostener bastante
 El peso con el ímpetu del cuerpo,
 Que ya del todo abandonado estaba,
 Se me quedó en la mano hecho pedazos.

Caro.

¡Y que fue de su cuerpo desdichado?

Ergasto.

No lo sabré decir, porque yo estaba
 Con tal horror y lástima, que cierto
 No tuve corazón para asomarme,
 Por no mirarlo dividido en piezas.

Tome III.

23

Coro.

¡O lastimoso caso!

Sílvia.

Bien soy de piedra dura,
 Pues una nuez tal aun no me acaba.
 Triste de mí, si aquélla falsa muerte
 De quien le odiaba tanto,
 Le ha quitado la vida; justo fuera,
 Que la infalible muerte
 De quien me quiso tanto
 Me quitase la vida.
 Y quiero me la quite, si no puede
 Con el dolor, al menos con el hierro,
 O ya con esto ceñidor insusto,
 Este; que no sin causa
 No signó las runas
 De su caro señor; mas quedó solo
 Para tomar venganza
 De mi crueldad, y de su muerte injusta.
 Prenda infeliz, de dueño
 Mucho mas infeliz, no te disguste
 Quedar en este abominable albergue,
 Que solamente quedas
 Para instrumento de venganza y pena.
 Por cierto yo debía
 Haber sido en el mundo compañera
 Del infeliz Aminta; y pues no quise,

Seré por obra tuya su consorte
 En el profundo abismo.

Coro.

Consuélate, zagala,
 Que no es tuya la culpa,
 Sino de la fortuna.

Sílvia.

¿De que llorais, pastores?
 Si de mí afan llorais, yo no merezco
 Piedad ninguna, que no tupe usarla;
 Y si llorais la desdichada muerte
 Del misero inocente, es muy pequeña
 Demostracion de pérdida tan grande.
 Y tú, mi Dafne, enjuga
 Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
 Yo la ocasion; y suplicante quiero,
 (No por piedad de mí, sino del triste,
 Que fué mas digno de ella)
 Me ayudes á buscar sus miserables
 Miembros, y sepultarlos:
 Este cuidado solamente impide
 El dormir aqui la muerte:
 En este oficio solo
 Quiera pagar, pues otro no me queda,
 El amor que me tuvo; bien que puede
 Contaminar esta homicida mano
 La piedad de la obra; mas con todo

Entiendo y sé, que lo será agradable,
Al ménos por ser obra de mi mano;
Porque me quiere y ama,
Qual lo mostró muriendo.

Dafne.

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio;
Mas, tú, morir del pensamiento borra.

Silvia.

Hasta agora viví para mí mesma,
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
O viviré á lo ménos
Para su helado y misero cadaver,
Tanto, y no mas es licito que viva,
Y luego, que se acaben
A un tiempo sus exéquias y mi vida.
Pero dime, pastor, ¿por que camina
Podemos ir al valle, do el barranca
Tiene su asiento?

Ergasto.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

Dafne.

Vamos guiaréte yo, que bien me acuerdo
De este lugar que dice.

Silvia.

A Dios, pastores;
Prados á Dios, á Dios selvas y rios,

Ergasto.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la última partida.

COHO.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando;
Y la vez que dos almas en la tierra
Liga sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamas turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras;
El odio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras;
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

ELPINO Y CORO.

Elpino.

No hay duda, que la ley con que gobierna
 Amor su grande imperio eternamente,
 No es injusta, ni dura, y que sus obras
 Llena de providencia y de misterio,
 Sin razon se abomina y condonan.
 ¡O quiza artificioso, por caminos
 No conocidos encamina al hombre
 A su felicidad, y entre los bienes
 Lo pone al fin de su amorosa gloria,
 Quando él se juzga al fondo de sus males!
 He aqui precipitado Aminta sube
 Al sumo colino del mayor contento,
 ¡O tú feliz, ó venturoso Aminta,
 Y mas quanto mas finiste desdichado!
 Esperar con tu exemplo agota puerda,
 Que vez alguna aquella dulce ingrata,
 Que con piedad riza encubre y zela
 El acero mortal de su ferreza,
 Con fiel piedad mi corazon repare,
 Que con piedad fingida tiene herido.

Coro.

Aqui se nos acerca el sabio Elpino,
 Y escuchad sus razones, que de Aminta
 Hablando viene, como si él viviera,
 Y le llama feliz y venturoso.
 ¡O condicion de los amantes dura!
 Sin duda juzga venturoso amante
 Al que muriendo al fin piedad alcanza
 En el amado pecho de su Ninfa;
 Esto tiene por gloria, y esto espera.
 ¡De qual ligero premio el Dios alado
 Contenta sus secuaces! Dime, Elpino,
 ¿En estado tan misero te hallas,
 Que venturosa llamas a la muerte
 Del infeliz Aminta, y semejante
 Fin desdichado para ti deseas?

Elpino.

Amigos, bien podéis estar alegres,
 Porque es falsa la fama de su muerte.

Coro.

¡O quanto nos alegra lo que dices!
 En fin ha sido falso, segun eso,
 Que se precipitó.

Elpino.

Verdad ha sido;
 Mas fue feliz el precipicio, tanto,

Que en una imagen misera de muerte
Le traxo vida y bien; agora queda
Entre los dulces brazos de su Ninfa,
Piadosa ya, lo que ántes rigurosa;
La qual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enxuga de los ojos:
Así voy á llorar al buen Montano,
Della padre, y llevarlo donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo
Los falta solamente, y ya dilata
La voluntad unánime de entrambos.

Coro.

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes: y Montano
De niéto deseoso, y de compararse
Alegre en la vejez con tal presidio;
Así que el gusto de ambos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Qual Dios, ó qual ventura al buen Aminta
Salvar le pudo de peligro tanto.

Elpino.

Yo lo diré, escuchad, escuchad todos
Lo que vi por mis ojos Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pie del gran collado yace,
Do forma felda su ladera enhiesta:
Allí con Tirsi andaba razonando

De aquella, que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mi despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir continuo
A su retiro y libre estado:
Quando una voz nos levantó los ojos;
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerba, espinos, y otros ramos
Juntos, y estrechamente entretexidos,
Una grande luz: en este, ántes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe:
Y bien que el peso al fin lo desfondase,
Y él mas abaxo á nuestros pies cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto impetu quitó de la caída,
Que ella no fué mortal: pero con todo
Ten grave fué, que un hora larga estuvo
Como aturdido, y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improvisado,
Conociendo el pastor; mas conuincido
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entonces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes:
Mas mientras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;

Enviado ya á llamar Alfesibeo,
 A quien Febo enseñó la Medicina,
 Quando le dió la cítara y el plectro;
 Llegáron juntamente Dafne y Sylvia,
 Que, como luego supe, iban buscando
 El triste cuerpo, que tenían por muerto.
 Pues quando Sylvia lo conoce, y mira
 En las mejillas pálidas de Aminta
 Una belleza tal, que la violeta
 Nunca tan dulcemente se marchita;
 Y él con gemido débil, que parece,
 Que en los suspiros últimos al ayre
 Exhala el alma á guisa de Bazarate;
 Con altos gritos y herirse el pecho
 Se arroja con el cuerpo que yacia,
 Jantando rostro á rostro, y boca á boca.

Coro.

¿Pues como no la abstuvo la vergüenza,
 Siendo ella tan severa y tan esquivá?

Elpino.

Abstiene la vergüenza un amor débil,
 Mas de un amor constante es débil freno,
 Luego como si fueras sendas fucitas
 Sus ojos, comencé con vivo llanto,
 Del joven á bañar el rostro frío:
 Y fue aquel agua de virtud tan grande,
 Que en sí volví, y abriendo ya los ojos,

Un ay profundo le salió del pecho
 Con gran dolor; y el ay que tan amargo
 Partió del corazón, se encontró luego
 Con el aliento de su Sylvia cara,
 Que lo acogió en su boca, y en aquesta
 Se convirtió el instante dulce y puro.
 ¿Quien os sabrá decir como quedáron
 En aquel punto entrámbos? ya seguro
 Del amor de su Ninfa el fiel Aminta,
 Y viendo en sus brazos apretado,
 Quien sabe que es amor, el solamente
 Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
 Puede juzgarse; quanto mas decirse.

Coro.

¿En fin Aminta está de muerte sano,
 Que ya no hay riesgo de su vida?

Elpino.

Aminta

Está pues sano, aunque su rostro un poco
 Tiene arañado y quebrantado el cuerpo;
 Mas es nada en efecto, y él lo estima
 Parménos de lo que es ¡dichoso joven!
 Que así ha dado señal de amor tan grande,
 Y agora logra del amor el premio,
 A quien las penas todas y peligros
 Pisados an ven de mayor contento.
 Pero quedaos á Dios, porque yo sigo
 Mi camino á buscar el buen Montano,

CORO.

No sé, si siendo tanta la amargura,
Que ese pastor amante
Ha padecido en su penoso estado;
Puede el presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante
En recompensa á todo el mal pasado.
Y si es mas estimado,
Y mas alegre el bien tras muchos males;
Amor, de bienes tales
Premia á los otros, que en dominio tienes,
Que yo no pido tus mayores bienes.

Tras breves ruegos, y servicios breves,
Quiero me admira luego.
Mi amada Ninfa con amor piadoso:
Y solo mezcla de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso:
Mas un desden zeloso,
Una esquivéza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada,
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardor los corazones liga.

OTRAS

OTRAS POESÍAS DE JAUREGUL.

CANCION

A la muerte de la Reyna Doña Margarita.

Y a que en silencio mi dolor no ignale
Ni mis ocultas lágrimas y llanto
Al superior afecto, que las vierte:
Justo será, que mi funesto canto
Los acompañe y que del alma exhale
Nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte:
Presente el caso mas infamto y grave,
Que saber pudo en su vigor violento;
Que así mi sentimiento
Llegue al extremo, que en mis fuerzas cabe.
Mas vence su rigor las fuerzas mías,
Ni admite el grave dano recompensa
Faltando á España su mayor tesoro.
Y yo aunque ciego de perpetuo lloro
Quiera sentir su rigurosa ofensa;
Veré primero en las cenizas frías
Por quien suspiró, fenecer mis días
Que de llorarlas quede satisfecho
Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.

Tomó III. 24

¿ Quien vió tal vez en áspera compañía
 Arbol hermoso cuya rama y hoja
 Cubre la tierra de verdor sombrío?
 Donde el ganado cándido recoja
 Alejado el pastor de su cabana
 Y allí recinta el caloroso estío.
 La plaza con ilustre señoría
 Oirece de su tronco y de sus flores
 Y de su hojoso toldo y fruto opimo
 Olor y dulce arrimo,
 Sactento y sombra á ovejas y pastores;
 Hasta que la segar de avara mano
 Sus fértiles ramos desarrolve,
 Atarmentando en torno su terreno
 Por dar materia al edificio ageno.
 Siante la noche el ganadillo, y vuelve
 Al caro albergue, procurado en vano;
 Y viendo de su abrigo yermo el llano,
 Ferrea balido ronco, y su lamento
 Esparce; ay triste y su dolor al viento.

No de otra suerte, ó planta generosa!
 Que adornas los alcázares del cielo,
 Prestaste arrimo, sombra y acogida
 Al pueblo grato del Iberio suelo:
 Dió tu heroica virtud, qual flor hermosa,
 Olor, que ha penetrado la estendida
 Region etérea: así desposcida
 Viéndose España de la prenda suya,

Temblo al severo golpe de la parca,
 Y en torno su comarca.
 Fué quibraptada con la ausencia tuya.
 Hoy los que en ti gozaron tan colmada
 Copia de frutos, sus ofensas mielden
 Con largas quejas, y á llorar forzados.
 Con espantables rostros, erizados,
 Suspiros tantos de dolor despedida,
 Que para su querella congojada
 Ya faltan fuerzas á la voz cansada,
 Y si reducen á llorar los lrios,
 Tambien para los ojos faltan rios.

Ni ya repugno su lamento vano,
 Verte en el cielo mejorar de imperios
 De excelsos troncos y coronas tantas;
 Y que en vez de los Príncipes Iberios
 Que se prostrohan á besar tu mano,
 Hoy las estrellas besarán sus plantas;
 Ni el ver que á España dexas prendas tantas,
 (Nobles centellas de tu sacro fuego,)
 A cuyo cetro y próspero gobierno

Daris favor eterno,
 Si á Dios presentas de su parte el rugo.
 Ni nos basta mirar tu viva lumbre
 Al sol de quien fué rayo, siempre unida
 Y prestando esplendor el alto cielo.
 Si el ver, por muestras de tu santo zelo,
 Modernos templos, que en edad florida
 Han de lograr su excelsa pesadumbre.

Y en quanto el roxo Febo el mundo alumbra,
Honrar, solemnizando tu corona,
Su viva siempre, liberal patrona.

Por mas que el tiempo y la razon porfia
A divertir el ánimo affligido
Del entrañable y vivo sentimiento;
No habrá razon ó tiempo ó largo olvida
Que nuestro luto funeral desvrie
Del siempre fatigado pensamiento:
Siempre al disgusto cederá el contento
En misera contienda; y por despojos
Verás, sin ti, nuestros humildes pechos
Que en llanto ya deshechos
El corazón destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos Chinos,
Los Indios negros, y Aenixes rubios,
Que en ti perdieron su imperial grandeta;
Daráte el mundo, con igual tristeza
Flébil tributo en lluvias, y diluvios:
Porque si á los distantes y vecinos
Reynos, tus ojos vuelves ya divinos,
Ves que te llora con amor profundo,
Sino qual dehe, como puede el mundo.

PARAFRASI

Del salmo Super lumina Babilonis.
En la ribera undosa
Del Babilonin río
Los fatigados miembros reclinamos,

Y allí con faz llorosa
Junto á su márgen frío
Con ligrimas sus ondas aumentamos;
Entónces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos
Las cítaras y harpas, do solia
Alientar sus ojos algun día
Alegre el corazón, quando vivamos
En tí, Jerusalem; mas la memoria
De tu asolado Imperio
Y el duro cautiverio,
En que trocamos hoy la antigua gloria,
Nos despojó del regocijo y canto,
Para entregarnos al afán y al llanto.

Allí por mas tristeza
La esquadra victoriosa
Que nos conduxo en miseras prisiones,
Templada su fiereza,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones,
Y con blandas razones
Nos animaba á repetir algunas:
Mas respondimos con ageno intento:
¿Como dará señal de algun contento
Quien se vé reducido á tal fortuna?
¿Como cantar podremos himnos santos
En region estrangera,
Do la Duidad primera
Es ofendida? ¿Entre enemigos tantos

De aquel Señor, á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira ?

Sacra Ciudad, que adoro,
Si acaso yo olvidare
Este dolor, que tu memoria pide,
Si al cántico sonoro,
Y al plectro me aplicare,
Antes mi diestra el movimiento olvide
La lengua, que dávida
De la voz el acento y la cadencia,
Se pascme y hiele, á mi garganta más,
Si tu canto alegre preferida
No fuere mi tristeza, por tu ausencia;
Solo viviendo en la memoria mía
Tus sacros escumbrosos,
Que secan hoy postrados,
Y las felices horas de alegrías,
Que en ti perdí, que en ti gozé primero,
Y alguna vez recuperar espero.

Pues fuiste el ofendido,
Acuérdate indignado,
Señor, del impio y bárbaro Idungo,
Quando cayó rendido
Tu pueblo, y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo:
Que en odio del Helgeos
Instigaba sus huesos, y decía:
Asolad, asolad desde el cimiento

Sus homenajes: ¡ó rencor sangrino!
Dichoso el que á tus ojos alguna día,
Fierz Babel, con semejante estrago,
Y merecida pena
Ha de vengar la agonia,
El que ha de dar á tu soberbia pago,
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus miseros infantes.

AVENTURA AMOROSA.

En la espesura de un alegre soto
Que el Bétis baña, y de su fértil curso
Cubran verdor los sauces ocupados;
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados:
Aquí prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un día,
Porque la Ninfa mía
Vi que emboscaba, y de recelo agena
Ya el cinto desceñido
Sus miembros despojaba del vestido:
Dexóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La vi correr, do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el yelo
Y suspendió su brio,

Vitándose en la carrera saltando,
 Con líquidas aljofaras del río,
 Mas reclinándose al fin sobramente,
 Cubriendo de los húmedos cristales
 Toda su forma de la planta al cuello,
 Tal vez la hermosa frente
 Solo mostraba de su rostro bello,
 Tal con ligeros saltos pasaba
 La orilla, y en sus frescos arenales
 Sus tiernas micéltros liberal mostraba.

Yo en tal alegre vista ensuebecido,
 Y en los tendidos ramos escapadido,
 Al cielo con el alma agradecida
 Mi desigual ventura,
 Y el recatado labio no movía:
 ¡Ay si mis ojos con igual cordura
 Celar pudieras sus ocultas llamas!
 Y no que ansiosos de mirar cercano
 Aquel hermoso hulto soberano,
 Se divirtieron á mover las ramas;
 Y apenas el ruido

Hirió á la bella Ninfa el pronto oído,
 Cuando su aguda vista y rostro honesto
 Le descubrió mi hurto manifiesto:
 Y como la corcilla descuidada
 Mientras las hojas tiernas y menudas
 Despunta de la yerba rociada,
 Que al mas leve rumor el cuello enhiesta,
 Y vuelve las agudas

Orejas, y la frente pavorosa
 A la vecina selva, ó la floresta,
 Do con alada planta voladora
 Se embosca, y dexa al cazador burlada;
 Tal su ligero curso amedrentado
 Siguió mi amada Ninfa al mismo instante
 Que me miró delante.

¡O bella ingrata, á quien el alma adora!
 Entonces dixes, y me arrojé tras ella,
 Detente, aguarda agora;
 Del enemigo es justo que se huya,
 No del amante, que la gloria suya
 Ha puesto en adorar tu imágen bella:
 Trat si me llevas del amor vencido,
 Y no de tus agravios persuadido:
 Ya que matarme tu soberbia quiera,
 Permite solo que á tus ojos muera.
 Mas ay! que en vano pido
 Te duelas de mi daño, pues tampoco
 Sientes el tuyo, Ninfa, en la carrera:
 Mira que ostende el áspero camino
 Tus blandos pies, reporta la huida,
 Que yo te seguiré mas poco á poco.

En quanto así la voz enternecida
 Convierto á moderar su desatino;
 Ella esforzando el corazón medroso,
 Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
 Y oculto el curso aplica:

Los árboles al verla enamorados,
 O ya de mi dolor compadecidos,
 Parecen que se oponen á encontrarla,
 O bien á contemplarla.
 Eco mis voces con afán replica,
 Las broncas penas mi dolor sientan.
 Lleva mi Ninfa al viento derramados
 De modo sus cabellos y tendidos,
 Que en torno al bello rostro parecían
 Los rayos puros de Titan dorados.
 He aquí mientras sin orden se esparcían
 Las hebras de oro por el aura helada,
 De un sauce humilde en los hojosos brazos
 Se maravillaron los hermosos lazos,
 Y de mi Ninfa amata
 Embarcáron algo la carrera;
 Ella, al sentir su estorbo, de manera
 Alzó la voz con alarido al cielo,
 Que porque menos el dolor sintiera,
 Sin la seguir me derribé en el suelo;
 Diciéndole: ya, Ninfa, no te sigo
 Sino con sola el alma enamorada;
 El alma llevas, y necias contigo,
 Modera tu violencia acelerada:
 O ya si el peso rehusar pretendes,
 Déxame el alma, y huye desamada,
 Mas no porque mi voz lo aseguro,
 Y lejos bien distante me quedase,
 Un punto quiso detener sus plantas,

Ni perdonar la ofensa á su cabello;
 Antes cargando la cabeza y cuello
 Acia adelante con alínco y fuerza,
 Dexa perdidas de sus hebras, quantas
 Le pudo arrebatar la rica rama,
 Y mas furiosa su carrera esfuerza
 Abriendo el paso entre la yerba y grama.
 De mi hurlada vista al fin se aleja,
 Los árboles la esconden, y me dexa,
 Qual queda el can liviano, que seguia
 A la veloce liebre en la fragosa
 Sierra, donde ella pudo cautelosa
 Torcerse entre las matas y quebrarse;
 El ya que de cobralla desconfia,
 Descuida el pie ligero, y sin cansarse
 Contempla solo la difícil via
 Y el rastro que dexó por los breñales
 De su velluda piel, quando huia
 La zanta liebre á saltos desiguales.

Así quando perdí la Ninfa mia
 Me fui yo triste al ramo venturoso,
 Do estaban sus cabellos enlazados,
 Y dixé lamentándome quejoso
 ¡O lazos! dulce anuncio á mi severa
 Muerte, y á executalla conjurados,
 Despojos de la prenda á quien adoro!
 Bien pudo suspenderse mi carrera
 Por vuestro honor, qual su volátil plata
 Detuvo, atenta el oro

La codiciosa vírgen Atalanta,
 No es oro el vuestro de menor tesoro:
 ¡O dulces lozas, muestra conocida
 De la aspereza de mi bella ingrata!
 ¡O falso bien, que regalando mata,
 Y aparente lisonja de la vida!
 De contra mi dexó el rigor ageno.
 En vaso de oro su mortal veneno:
 Prenda seréis para mi mal guardada
 En el estrecho seno;
 Pues aunque en vos me quede la memoria
 Desta crueldad de mi enemiga sirada
 Y en vos mi ofensa arguya,
 Al fin sois prenda suya,
 Y en eso fundaré mi débil gloria.
 Y tú, frondosa rama,
 Que te compadeciste
 De verme ardiendo en amorosa llama,
 Y el fugitivo curso entrevististe
 De aquella mi bellísima contraria;
 Perdona, si en tan breve te despojas
 Del oro puro, que te adorna y viste,
 Baste á calificar tus ricas hojas
 Solo haber sido del depositario;
 Y en cambio al recibido
 Beneficio presente, al cielo pido,
 Que iguale con su altura
 La fértil copa, que tus hojas brota,
 Y estienda tus raíces

E.

En el terreno centro á la remota
 Y la mayor hondura,
 Y que las arboledas autorizes
 Por laengos siglos con igual verdura.
 Dixe, y las hebras rubias marañadas
 Desenlace cobarde y temeroso,
 Y al pecho venturoso
 Las ofreci por prendas regaladas:
 Y viendo oscurecerse el ocidente
 Ya quando al mar de Iberia presuroso
 Transforma el sol la fatigada frente,
 Desapare yo triste el bosque umbroso.

SONETO I.

Sobre las ondas acosado Antonio,
 Al fuerte Augusto, y á Cleopatra mira,
 Una al dominio del incauto aspira,
 Otro al diadema del Imperio Ausonio
 Entrégase el amante al golfo Jonio,
 Mas encendido en vil amor, que en ira:
 Lamensa armada en su favor conspira
 Del Medo y Persa, Egipto y Macedonia.
 Puede triunfar de Augusto, acometiendo á
 También huyendo de Cleopatra, puede
 Vencer astuto su malicia y arte:
 Trueca la accion; y del contrario huyendo,
 Sigue su amada fugitiva, y cede
 Ambas victorias al Amor y á Marte.

Tomo III.

25

II.

¡Ay de quien poco sirve al arrogante
El edificio, que soberbio empina
Sobre pilastras de Tenaro, y fina
De mármol piedras, y de color cambiante!

Pues quanto más del suelo se levante
Máquina excelsa, al cielo convecina,
Tanto más cerca atiende á su ruina,
Tanto más cerca al rayo del Tonante.

Consumirá en los jaspees su tesoro
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero.

Y por ventura entre alabastros y oro
Del alto capitel, verá su muerte
Pobre y desnudo el sucesor primero.

LA BATALLA NAVAL

DE LOS DE CESAR CONTRA LOS GRIEGOS
DE MARSILLA,

*Descrita por Luciano en el tercero libro
de su Farsalia, y transferida á nuestra
lengua.*

Sonax el marino campo el roxo Apolo
Tendió su luz flamante una mañana,
Libre de nubes, y sereno el Polo
Su nanto á partes retocaba en grana:
Atró los vientos el soberbio Eolo
Al Euro, al Noto, al Cauro, y Tramontana;
Y seagudo el mar su movimiento,
En calma estuvo á la batalla atento.

Quando sus remos á la par tentáron
Entrambas flotas, y en igual concierto
De Estocade los latos zarparon,
Y los Grecianos de su patrio puerto;
Coo la violenta boga rechinaron
Los bien traxados troncos, y cubierto
Quedó de espuma el pielago este dido
De los continuos golpes sacudido.

Pues ya que en medio de las dos armadas
Un espacio de mar tan corto habia,
Que en dando los remeros dos brazadas,
Una con otra flota se embestia;
Las voces á los ayres derramadas
Alcan tan sordo estruendo y griteria,
Que ni se oia el remo, ni la trompa,
Por mas que el mar y viento azote y rompa.

Entonces carga el pecho el bogavante,
Los brazos tiende, y en su remo estriva:
Luego esforzando el pulso y la pujante
Espalda, sobre el banco se derriba:
Las proas, al encuentro resonante,
Resurten segas por el agua arribo,
Y allí la flecha y lanza revolando,
Y el dardo ahuyentan uno y otro bando.

Volando encubren la suprema esfera
Las hastas, y cayendo las marins:
Las naves se revuelven, y se altera
El orden con la brega repentina:
Qual de la armada se retira afuera,
Y qual á su adversario se avicina,
Qual va girando á torno, y qual desliza
Los sulcos, que la nao contraria hace.

Son ágiles y prestas las Griegas
Puestas, al embestar y al retirarse:
Del timon se gobiernan mas livianas,
Y en harte cerco intentan rodarse:

Con mas pesudo rumbo las Romanas
Procuran en valor aventajarse,
Que á semejanza de la firme tierra,
Son aptas para el uso de la guerra.

Dixo por tanto Bruto al vigilante
Piloto: ¿por ventura en ligereza
Cumptes con el Griego navegante,
Y con sus mañas y sagaz destreza?
No sulques, no, las ondas vacilante,
Atiende á la batalla con firmeza,
Y de traves opon los vasos nuestros
Contra sus baxeas y baxeos diestros.

Mostró el piloto obedecerle, y fueron
Todos atravesando su navio:
Las flotas enemigas embistieron,
Como acetando el nuevo desafío:
Del propio encuentro algunas se rompieron,
Las otras por el Italo gentio
Entre cadenas fueron galazadas,
Y con agudos garfios aferradas.

Así dos flotas, la Romana y Griega,
Formaron un tablado esposo unido:
Y vuelto el remo, la naval refriega
Fue, y el combate rigido encendido:
Ya nadie al viento su rejon entregó,
Ni ofendido ya de lejos despedido
El dardo, ó lanza, mas la espada aguda
Mostro con rostro á batallar desnuda.

Al bordo cada qual se acuesta y carga
De su fragata; y al contrario bando
El brazo y mano rigurosa alarga.
Mortales golpes recibiendo y dando :
Del áspero combate el agua amarga
Hierva en espumas roxas, y nadando
Lleva los miembros y cabezas sueltas,
En sangre helada circugemente envueltas.

Ya el número de muertos y ahogados,
Que ve sobre las ondas cada nave,
Impide que se junten sus costados,
Por mas que el garfio los aferre y trabe :
Algunos medio vivos y cansados
Sostienen con el alma el cuerpo grave,
Bebiendo á su pesar la espesa topia
Del mar, mezclado de su sangre propia.

Au bebiendo el mar, el mar los traga :
Y otros, que su baxel cascado miran,
Antes que se rehunda, ó se desbaga,
Al agua saltan, y á vivir aspiran ;
Qualquiera flecha, ó lanza ofende y llaga,
Que allí los Griegos y Romanos tiran ;
Pues aunque el agua, errando, se derribe,
Hay cuerpo, que su golpe en sí recibe.

Los fustas de Marsella contrastaban
Una de César, y en igual porfia,
Por sus costados ambos la acosaban,
Y ella con ambas sola contendia ;

Y en quanto la victoria dilataban,
Tago, Latino, insigne en osadía,
Probó á estender el brazo temerario,
Y asir las xarcias del baxel contrario.

Quando en su espalda y pecho repartidas
Dos lanzas á la par lo atrevieron,
Y al medio de su cuerpo introducidas
Las puntas aceradas se encontraron :
Dudó la sangre á qual de las heridas
Pudiera acometer, y al fin lanzaron
Entrambas bocas dos iguales fuecotes,
Y el alma en partes rota diferentes.

Gobierna entre las ondas su madera
Telon, un Griego que chalupa alguna
No vió jamas tan diestro marinero,
Ni tan cursado en la naval fortuna :
Juzgaba siempre el tiempo venidero.
Solo mirando al rostro de la luna,
O al sol; y anticipala resolvía
La vela donde el viento requeria.

Este ya dexa abierto en la marina
Un vaso, que embistió con su pujanza,
Quando de lejos llega repentina
A barrenar sus pechos una lanza,
Huye volando el alma, y la vecina
Muerte le ocupa su vital estanza ;
La nave, sin piloto sobrestante,
Discurrre entre las ondas vacilante,

En cuyo vaso vagabundo, y frito
Ya de gobierno, un diestro marinero
Se apresuró á saltar desde lo alto
De su fragata, en ademán ligero,
Y un dardo agudo, en la mitad del salto,
Su espalda atravesó, y el fuerte acero
Clavó en las tablas, que topara enfrente,
Dejando al fringo de la nao pendiente.

En el conflicto de la guerra atroz
Asisten dos hermanos, que nacidos
Ambos de un parto, á diferentes hados
Fuéron por varia estrella conducidos;
Causaban grato error á los burlados
Padres, porque sus rostros parecidos
Eran de modo, que el mortal y agudo
Acero solo distinguiólos.

Pudo la muerte, reservando al uno,
Al otro atrechar su semejante,
Tal, que los padres, sin engaño alguno,
Veían distinto al único restante,
Donde el llanto renueven importuno
Con perpetuo dolor peres exante,
Siempre mirando el natural trasunto
Del miserable hermano ya difunto.

El uno de los dos con muestra osada
Asió una careta del Romano,
Y al punto un golpe de ligera espada
A cerca le cortó la diestra mano,

Aquella con sus nervios aferrada
Quedó, y asida de la barca en vano,
Y en el llastro pecho del mancebo
Creció nueva arrogancia y vigor nuevo.

Ya al uso de las armas aplicando
La fuerte izquierda, á la botalla atiende,
Y de la fusta el cuerpo derribando,
Cobrar su mano dividida entiende;
Quando un alfauge del opuesto bando
Tras él con feroz impetu desciendo,
Que tambien la siniestra vengativa,
Y el brazo desde el hombro le derriba.

Ya que privado de regir se mira
Espada, ó lanza, ni acorado escudo,
No se recoge adentro, ó se retira,
Ni al fado rinde el corazón sangudo;
Mas sin dexar el puesto, ardiendo en ira
Expone el pecho á nueva lid deauido,
Desde á su hermano guarda y lo defiende
Que á sus espaldas por igual contiene.

Plantado y vuelto al enemigo asiste,
Y como firme y sólida trincheta,
La flecha, dardo y lanza allí resiste,
Porque á ninguno de los suyos hiera:
Las mochas llagas de su cuerpo triste
Ya le completan á que espire y muera;
Mas él su poca sangre y poca fuerza
En sí recoge, y á vivir se esfuerza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FACULTAD DE CIENCIAS
FÍSICO-MATEMÁTICAS
CARRERAS DE CIENCIAS
FÍSICO-MATEMÁTICAS
CARRERAS DE CIENCIAS
FÍSICO-MATEMÁTICAS

®

Sostuvo el alma el jóven temerario,
Mientras saltaba en su enemigo nave,
Por ofender siquiera al adversario
Con solo el peso de su cuerpo grave:
La nave ya, del impetu contrario
De Griegas proras, todo leño y trabe
Mostrado poco firmes, y cubiertos
Sus altos bordos de los hombres muertos.

Así que la opinión con su añadida
Carga, el osado salto repentino,
Del agua por sus quebras recibida
De linche, y tuercas al fondo su camino;
La mar propinqua, en cerco removida,
De espuma forma un ancho remolino,
Abrese recibiendo la chalupa,
Y luego el puesto, que ella dexa, ocupa.

Hubo portentos raros aquel día:
Sus garfios los Romanos ayentaron,
Creyendo de aferrar una sactia,
Y en vez de aquella, á Lísida enclavaron:
Por le salvar, sus Griegos á porfia
Le asieron ambos pies, luego tiraron
El cuerpo asido de contrarias partes,
Hasta que le troncaron en dos partes.

Toda su sangre entonces desprendida
Por toda vena, el pelégo manchaba,
Y la porcion buscando dividida
Del cuerpo y del espíritu, saltaba:

De los últimos miedos desasida
Fué en breve el alma; y donde se alojaba
El corazón y entrañas, se entretuvo,
Y allí gran rato batallando estuvo.

De un Griego bergantia toda la gente
Por ir á defender el diestro lado,
Dexó el siniestro bordo enteramente,
Sin consideracion, desocupado:
La mal partida carga de repente
Vueltas el ligero casco, y trabucado
Ya el árbol nada, y la carina y suelo
Es techo de las ondas, vuelto al cielo.

Viva la gente en ciega sepultura,
Al fin rabiando parecer espera,
Sin que los dexa su caverna oscura
Tender los brazos por el agua afuera.
Trazó una estraña muerte la ventura
De un Italo mancebo, injusta y fiera,
El qual iba naufragando, y dos capos
En medio lo encontraron con las proas.

En cuyos espalones suspendido,
Brazando perreó, sin que estorbaba,
Su cuerpo y duro nervio entremetido,
Que una con otra punta resonase,
Abierto el vientre, el corazón partido,
Le provocaron ambos vomitase
La espesa tinta de su sangre, á vueltas
De las entrañas con el alma envueltas.

Ya que esparcidos uno y otro vazo,
Cayó el mequino entre las ondas muerto,
Hallaba puerta el mar, y franco el paso
Por la gran boca de su vientre abierto.
Otro baxel por misero fracaso
Se vió hundir, y procuraba experto
Rompiendo el golfo cada buen soldado,
De un barco amigo socorrerle á nado.

Alzaban con ahinto y agonia
Sus manos á las xarcias y maderas
De cable, ó tomo cada qual prendas
Segun salvarse de la muerte espera;
Mas la embarcada efusiva, que tenia
Henchir de nueva carga su galera;
Los brazos les cortaban desde arriba
Con furia de enemigos excesiva.

Así quedaban de la nao colgando
Los brazos, cuyo cuerpo desasido
Se descolgaba de sus manos, dando
De espaldas sobre el golfo ahorrecido.
Luego los simples troncos relifanda
Andaban por el píelago estendido,
Que en breve sustentarlos no podia,
Y en su profundo seno los sorbia.

Fue extraño de mirar, quando saltaba
Ya el dardo, ó flecha á la guerrera gente,
Como el furor y cólera inventaba
Mil ofensivas armas de repente:

Este

Este el fortuido remo levantaba,
Aquel la antena misma, y ciegameute
Otro desenbrazaba los enteros
Bancos, atropellando á sus remeros.

Y aun hubo algunos, que sin armas viendo
Su diestra en lo postrevo de la vida,
Sacaron de sus llagas el horrendo
Hierro, y el hasta, y dando su homicida,
Y con esfuerzo y ánimo estupendo
Tapaban con la izquierda la herida;
Guardando así la sangre en su pujanza,
Por dar mas fuerza al tiro de la lanza.

Mas mientras se contiende y se milita,
No se vió tan mortífero cosario
Contra las navès, como la infinita
Copia del fuego, su mayor contrario,
Que en hechos aplicado de esquinista
Forma, y compuesto de betumen vario,
Ardiendo se arroja, y al momento
Las arcas le prestaban alimento.

Arde la pez, y líquida se inflama
La cera asida de la tabla y brea,
Sin que á extinguir la resonante llama
Bastante el colmo de las ondas sea;
Antes quando se rompe, y se derrama
En partes, el azufre y tea
Conserva el fuego, y en igual estruendo
Van los pedazos por el agua ardiendo.

Tomo III.

26

Al mar se arroja entónces diligente
 Huyendo el fuego de su lanza el uno;
 Otro se abraza de la tabla ardiente
 Por defenderse del atroz Neptuno.
 Que en riesgos tantos la infelice gente,
 Aunque es forzoso padecer alguno,
 Siempre aborrece, y huye la fereza
 De aquella muerte, que a morir empieza.

Los que en el alto pelago nadando
 Sé hallaban, á lo menos ofendian
 Con dardos, que á la armada de su bando,
 Del golfo recogidos ofrecian;
 Y alguna vez rabiosos estribando
 Mal sobre el agua floxa, despedian
 Hacia el contrario la mojada lanza
 Con pulso incierto, y falso de pujanza.

Si para contrastar al enemigo,
 Hasta ninguna por el agua hallaban,
 El agua misma á funebral castigo,
 En vez de agudas armas, aplicaban;
 Porque abrazando cada qual consigo
 A su contrario, al fondo se calaban,
 Alegres de comprar (¡cuidada suerte!)
 La agena á costa de su propia muerte.

En este modo de matar violento,
 Tosco Greciano á todas excedia,
 Buzano, que en el agua el vivo aliento
 Por un espacio largo entretenia,

Y á escudriñarle su arenoso asiento,
 Como veloz delfin, se zahullia,
 A veces destrahando la ferrada
 Auda; en el centro de la mar hincada.

Este fué de mil hombres homicida,
 Hundiéndose con ellos abrasado,
 Y luego tras la oculta zahullida,
 Tornando arriba salvo y descargado;
 Mas una vez el mismo á la salida
 El mar halló de barcas ocupado,
 Y allí faltando su nadar esperto,
 Quedó delaxo de las ondas muerto.

Algunos en el agua pereciendo,
 Por desigual venganza se arrimaron
 A su enemiga nao, y el remo asiendo,
 Su apresurado curso embarazaron.
 Así en la brega militar muriendo,
 Todos vengarse al menos intentaron;
 Y que su sangre y vida se vendiese
 Quanto costosa cada qual pudiese.

Tirreno valentísimo Romano,
 Jugando estaba de su limpio acero,
 Quando le vido Lágitamo, Greciano,
 De dardo y honda el tirador primero;
 Allí le enderezó con diestra mano
 Una pelota el bárbaro guerrero,
 Que le acertó en las aienes, y sangrientos
 Los ojos le ausentó de sus asientos.

Tirreno entonces á la grave ofensa
 Queda, y al golpe, atónito de suerte,
 Que sus tinieblas ya recela, y piensa
 Ser triste efecto de la propia muerte:
 Mas como vuelve en sí, y á la defensa
 Aun reconoce pronto el pecho fuerte,
 Alza la daga sin manchada y ciega,
 En tanto que á los suyos habla y ruega:

Amigos (dice) como ya meisenta
 Poneis un baldeon á lejos trecho,
 Asi no ménos vuelto y aplicado
 Al enenigo me ponel el pecho;
 Siquiera por mis brazos aventado
 Será algun dardo á término derecho,
 Haciendo en tanto que la vida acabe,
 Lo mas que en mi valor y fuerzas cabe.

Y aun algo entiendo aprovecharos muerto,
 Porque hurtando al esquadron villano,
 Qual hombre vivo, mi cadáver yerto
 Será flechado de su gente en vano.
 Dixo, y en su chialupa descubierta
 Luego desembrozó con ciega mano
 Un hasta al enenigo, la primera,
 Con ciega mano si, pero certera.

Recibe el golpe el delicado y blando
 Pecho del jóven Argos de Marsella,
 Y sobre el hasta el cuerpo derribando,
 Ayuda el mismo á atravesarse en ell:

Su padre, que morir le estaba mirando
 De lejos, por los bancos atropella,
 Sin que la chiusma el paso le embaraze,
 Hasta do el hijo agunizando yace.

Este, quando mancebo competia
 En entender y usar de la robusta
 Guerra, con quantos de su tiempo habia,
 Y así de la palestra y de la justa:
 Y aun hoy, que á su vigor y valentia
 Los años vencen, de las armas gusta,
 Y entre los suyos delia y causado
 Sirve de exemplo ya, no de soldado.

Viendo á su hijo el misero no pudo
 Estir sus pechos, ni bañar en llanto
 Sus tristes caras; mas helado y mudo
 Queló un espacio de dolor y espanto:
 De la terrible angustia el golpe agudo
 Turbó la vista de sus ojos tanto,
 Que al fin desconoció la pura frente,
 Y el rostro amado del dontel presente.

Alza sin fuerzas la cabeza y cuello
 Languido entonces, y á su padre mira
 El pálido garzon, y al conocello
 Hablar no puede y tácito suspira;
 Las señas mudas de su rostro bello
 Piden, en tanto que la vida espira,
 Los paternos últimos abrazos,
 Ansioso el jóven de mover los brazos.

Mas despertando el viejo, y de su parte
 Fuerzas cobrando su dolor mas fiero,
 Argos, perdona (dice) si negarte
 Puedo mis brazos á tu fin postrero:
 Fáltame corazon para mirarte
 Difunto en ellos, moriré primero
 Que tu vital espíritu despidas,
 Pues hierve aun viva sangre en tus heridas.

Por el anciano pecho, mientras dixo,
 Vieron su espada misma atravesarse,
 Y al fin porque su muerte á la del hijo
 Pudiera sin esterbo anticiparse,
 Quiso, abreviando su vivir prolixo,
 En las marinas ondas anegarse:
 Dió el cuerpo al agua, de morir contento,
 Y luego el alma desatada al viento.

Ya ofrece la vitoria (que dudosa
 Le tuvo largo espacio el fiero Marte)
 A los Romanos palma gloriosa,
 Y vencedor tremola su estandarte:
 Los Griegos vasos, de la lid furiosa,
 Parte encendidos, y anegados parte,
 Dexan cautiva la restante armada,
 Y de Latinas armas ocupada.

Fue inmenso el llanto, y plaga lastimera
 De la ciudad aflita y dolorida;
 La gente inmensa, que del muro afuera
 Sale, y al mar concurre desparcida:

Del hijo ya la madre en la ribera
 Busca la ciega faz desconocida:
 Otras, en vez de esposos y de hermanos,
 Por yerro abrazan cuerpos de Romanos.

Un padre allí con otro contendia
 Sobre un cadaver ya deforme y fiero,
 Y cada qual por hijo le encendia
 Suspira, en muestra del honor postrero.
 Bruto Romano en la uzal porfia
 Venció el Griego valor, y fué el primero
 Que sobre el mar, con próspera vitoria,
 A César aumentó renombre y gloria.

OCTAVAS

EXTRACTADAS DEL ORFEO. (*)

Gozara juvenil el Tráese Orfeo
De libre edad la primavera ociosa,
Dando á sus años regalado empleo
La lira dulcemente numerosa:
No al vínculo legal del Himeneo,
Afectos cede, ni á la Cipria Diosa,
Qual si antesiera el ánimo presago
Ya por su medio el vovidero estrago.

Mas entre las beldades que atropella,
De inquieta llama cazador y esento,
Fue la excepcion Euridice mas bella,
Que impuso apremios á su libre intento:
Ama vencido el que imperaba, en ella,
Juzga felicidad el veacimieto:
¡Ay quantas veces adido engañosa
La desdicha, con mascara dichosa!

(*) Las extravagancias y afectacion de estilo, que deducen generalmente esta poesia, no permiten insertarle entero; por lo qual se han extractado los mejores trozos que tiene; procurando que en ellos la narracion guarde alguna consecuencia.

En la Ninfa gentil toda belleza
Su imperio ostenta, explica su tesoro,
Cielos cifra su rostro, su cabeza
Vierte sobre los hombros linvias de oro:
Allí el allago, y virginal terneza
Gozo prometen y originan lloro:
Allí entre flores de vivax semblante
Acónito mortal gustó el amante.

Emulo varonil, hermoso opuesto
Fue el jóven de la Ninfa generoso,
Donde el mérito pudo contrapuesto
Solicitar la union mas amorosa:
Un pecho y otro á dominar dispuesto
Emprendió la victoria presurosa,
Mas á un tiempo, en amar, no procedidos
Se hallaron vencedores y vencidos.

Cautelar pudo al advertido esposo
(Mas al amor la providencia implica)
De azares el concurso temeroso,
Que ya en su boda breve llanto indica.
No asiste Juro, no loquaz y ayroso
El Dios nupcial su ceremonia explica,
De obscura aurorcha, con desorden ciego
Arde en su mano, reluchando el fuego.

Despues quando la danee, prevenida
Hora nocturna al tálamo los llama,
Y á ocultos regocijos encendida
Las grata admiten el amante y dama;

Procedido de causa no advertida
 Súbito impulso arrebató la llama :
 Ni el discurrir contra el anuncio fiero,
 Halló evasión á desmentir su agüero.

Así temió en su origen la mudanza
 El fiel consorcio que repugna el cielo :
 Serenidad infiel cuya bonanza
 Siempre saltáran ondas de recelo.
 Nunca allí se enteró la confianza,
 Nunca total prevaleció el consuelo,
 Bien que ignoraban siglos anteriores
 Tan regalado exemplo en amadores.

¡O quantas veces él, si la belleza
 De Euridice describe en dulce canto,
 Pudo en sus ojos la interior tristeza
 De incierto origen provocar el llanto !
 Turba la voz su liberal destreza,
 Eonbaraza á la Ninfa un tierno espanto,
 Viendo del son la repugnancia ingrata,
 Que empieza elogio, y llanto se remata.

Si en diversion alegre el florecido
 Campo les presta delectable asiento,
 De ave sinistra el lígubre gemido
 Su gozo altera con infausto acento :
 Uno y otro en el ánimo ofendido
 Dolar escribe, y simulando aliento,
 De su verdad y engaños daban señas
 Llorosa risa, ó lágrimas risueñas,

Bastardo incendio de garzon lascivo
 Mientras vagaba en plácida floresta,
 Quiso vencer sacrilego el esquivo
 Justo desden de Euridice modesta :
 La defensa encomienda al fugitivo
 Curso la Ninfa temerosa, presta,
 Y agravios juzga del ausente Orfeo
 Que el pie no se adelante á su descao.

Sigue su veloz huella el torpe amante
 De su insano apetito estimulado ;
 Ella en su casto intento mis constantes
 A par del viento vuela por el prado,
 Al jóven precediendo muy distante :
 Y aunque le mira ya tan alejado,
 No interrumpe su curso presuroso,
 Hasta llegar á brazos de su esposo.

En quanto el miedo canto diligente,
 Apresurar la obliga su carrera
 Imprevista mortífera serpiente,
 Con planta (¡ay infeliz!) holló ligera ;
 Hiere improviso el venenoso diente
 La rburnea tez, y su candor altera ;
 Letal contagio penetró en la herida
 Hasta el intimo centro de la vida.

Así desvaneció la flor hermosa,
 Donde ya la beldad reyno lozana,
 Donde mezcladas la azucena y rosa,
 Miraban con desden la nieve y grana ;

En el consorte fiel la dolorosa
Nueva excedió la tolerancia humana;
Muerta la una parte de su vida,
De la que resta ser quiso homicida.

Hijo era noble el generoso amante
De la Musa mayor y el dios de Delo,
Que el furor le duplican elegante,
Con que el ingenio divinizó el vuelo:
El castalio liquor tan abundante
Le inunda, que su labio alhaga el cielo,
Destinando á su verso en Elicona,
Fecho siempre el laurel y la corona.

Tristezas canta que en el alma ofenden,
En metros tan acordes y suaves,
Que el vuelo y la carrera le suspenden
Condolidas las fieras y las aves;
Buscan su voz y su ternura aprenden,
Los troncos yertos, los peñascos graves,
Las corrientes al métrico language
Se impelen con retrogrado viaje.

Su inmensa actividad reconocida
Asunto ya de prodigioso espanto,
Pues los objetos sin sentido ó vida
Se animan al impulso de su llanto;
El jóven que su industria reducida
Tiene á inquirir salvio al riego llanto;
Contra la angustia que su paz destruye
Discurrir arbitrios, y animoso arguye.

Si el vigor (dice) de mi lengua pudo
Reñdir los brutos de inclemencia armados,
E introducir en el peñasco rudo
Racionales afectos animados;
Como en virtud de sus alientos, dado
(Aunque la fuerza impugne de los hados)
Si el Reyno inquieto del eterno luto,
Mover piedad en Radamanto y Pluto?

A tanto exámen su eficacia atreva
Mi doloroso canto, y ruego tierno.
Dice y comete á la experiencia nueva
El revocar su Euridice de Averno:
Sola intentada la estupefa pincha
A osados pudo ser exemplo eterno,
Y niega executada (bien que en vano)
Su imitación al ardimiento humano.

En la fragosa Ténaro que inunda
El Locónico ponto, en síbo cierto
Rudo taladro de canal profunda
Bompe el terreno cavernoso y yerto:
Intona brava con horror circunda
El rasgado peñon, y escondi abierto
Cincero tal, que á la tartárea estancia
Por las entrañas del ahismo alcanza.

Tan denso jili de rústica maleza
Asombra el sitio pabellon herboso,
Que aun lo exterior á la caverna dexa,
Tomo III.

De la estorbada luz siempre envidioso;
Ni quando el sol á su zenit se aleja
Allí introduce rasgo luminoso;
Presta á la noche la caverna umbría
Seguro lecho el despertar el día.

Desde que fabricó la vez primera
Naturaleza el bosque, le aborrece,
No le inspira de verdor, no altera
Su tóca rama, ni sus hojas crece:
Quando repite Abril su primavera,
Y en vario esmalte el prado resplandece,
Allí le niega su dominio alterno,
Siempre rebacia el escabroso invierno.

De ciegas ondas lago ponzoñoso
Bate en la peña, y riega su hocage,
Que al basilisco y aspín venenoso
Aun fuera su licor mortal herage:
Humos exhala, que en el vicario ocioso
No otorgan á las aves hospedage,
Y ellas buscan, luyendo el vapor ciego,
Antes arder en la region del fuego.

Nunca en la breña la segur tajante
Violó de sámo tronco seca rama,
Ni pie mortal, á orillas del undante
Lago imprimió jamás la espesa lama:
Previene el escarnimiento al caminante
La ya esperecida voz que el sitio infama,
Léjos se mira, y con espanto y miedo
El pie lo luye y lo demagstra el dedo.

De esta caverna á la estacion tremenda
El sobrado sentir conduxo á Orfeo,
Que aun el amor se admira de que emprenda
Tan desesperada accion mortal deseo:
Ya pasa el lago, y por obliqua senda
Al bosque arriba en áspero rodeo,
Ya en los breñales que la nueva ofuscan,
Posible entrada sus alientos buscan.

Riesgos tropella con andar semblante,
Anhelando desprecios de la muerte,
Que si con ella lucha amor constante,
Produce amor actividad mas fuerte:
Aun hasta allí la voz del tierno amante
Los peligros opuestos no divierte,
Porque la causa que le impeja á tanto,
Deba mas á su esfuerzo que á su canto.

Ya penetra en el margen de la sima,
Que es del ahismo exórdio primitivo,
A la lira sonante el plectro arrima,
Y del ayre el vapor templá nocivo:
El blanco scento de la vez intima
En las entrañas del peñasco rivo,
Que antes solo admitieron en sus huecos
Del tartáreo gemir ásperos ecos.

Sole de sí el gran monte que apetece
Vecino el canto y como crespa goma,
Que en el tronco del árbol aparece,
En cada risco nuevo risco zomua;

Por el canal en torno inquieta crece
La peña, que la voz ablanda y doma,
Y tal se estrecha en la caverna el Tracio,
Que apenas halla á su camino espacio.

Horrible incendio, entre burzallas léjas,
Arroja luz infanta tenebrosa,
Mal retirando en horribidos espejos
La bruta faz de la region umbrosa:
Rige el paso á los trémulos reflexos
El jóven y la indómita espantosa
Habitaçion, que infanta le ocurría
Venecer emprende en dulce melodía.

Al márgen de Aqueronte, algoso río,
Tiene la voz mil sonajas elevadas,
En quien ya de la vida saltó el brío,
Y existen aparentes y sutitadas;
Todas atienden el hazel tardío,
Y á prescrito lugar ser colocadas,
Maravillase vicada al jóven fuerte
En el reyuo espantoso de la muerte.

Llega á Aqueronte, y en su orilla espera,
Las cuerdas requiriendo y consultando:
Ve la grossera barca á la ribera
Opuesta conducir copioso bando:
Del instrumento, y de la voz sonora
De nuevo eufónicos el acento blando,
Gime la cuerda al rebatir del arco
Y su gemido es remora del barco.

Besóu en la ribera tiempo escaso.
El cauto que humanar las piedras sueña,
Quando atras tuelve, y obedece el vaso,
Mas á la voz, que al remo que le impole:
La conducida turba, al nuevo casa
Se admira, se regala, se conduce,
Y las réprobas almas con aliento
Se juzgan revocadas del tormento.

Solo el piloto rígido concibe
Furor, porque decrepito su oido,
La suavidad sonora mal percibe,
Y el hazel mira discurrir torcido;
Mas ántes que la proca al puerto arrije,
De la dulce armonía persuadido
Sintió la voz y con piadoso espanto
Tambien rindió su admiracion al cauto.

Templa la dura faz, desuena el remo,
Y al prodigioso músico se humilla;
Llega la barca al procurado extremo,
Y en el alga tenaz hunde la quilla:
Entra el amante y el lugar supremo
Ocupa, en tanto que la alveza orilla
Repite el leño, obedeciendo leve,
Al canoro piloto que la mueve.

La armoniosa voz luego sepulta
Al can triforce en regalado sueño,
Supliendo su eficacia y fuerza oculta
Confecciones de miel y de heléno:

En la osca cuera de maleza inculta
Se reclina, olvidada de su cuspeño
La bestia inútil, y concede abierta
Del reino interno la difícil puerta.

Esta penetra y se adelanta el Tracio
(Cuyo amor y valor igual compite)
Y el pie dirige al íntimo palacio,
Que al de Jove emulando alberga á Dite;
Mira á la diestra en dilatado espacio,
El gremio Eliseo, que feliz admite
Poseedores heroicos, nobles almas
Que oruan su frente vividoras palmas.

Bien presume de Euridice el amante
Que allí inmortal su domicilio alcanza,
Y allí le impela con fervor constante
Impetu opuesto á la sagaz templanza:
Mas el pie revocando vacilante,
En el temor suspende la esperanza,
Teme, si entra los límites ajenos,
Que atreviéndose á mas consiga menos.

Vencer ántes propone compasivo
(Tanto en vigor de sola voz emprende)
La gran desdad, de cuyo ocoño altivo
El infero gobierno unido pende:
La vista encumhra al edificio altivo
Y á su auralla, y puerta el paso tiende,
Quando admirado vé, y admira tierno
El mas bronco espectáculo de Averno.

Ve en siniestro lugar el espantoso
Presidio, y posesiones del tormento,
Donde es lago la tierra lagrimoso,
Y á los gemidos incapaz el viento:
No consintió la lira el arco ocioso,
Ni se negó la voz al instrumento,
Que serenaron dulcemente unidos
La tempestad horrisona de aullidos.

Susó que su cargo ha fenecido
Tantas veces, y nunca le fenecce,
Porque el peso del hombre sacudido,
Vuelve á subir y el padecer recrece;
Ya se rehusa el risco detenido,
Y el que imprimió dolor, descanso ofrece
Suspendiendo la lira su suplicio,
Y al hoytre hambriento que devora á Ticio.

En círculo veluble padecia
El que fué de Junon amante insano,
Quando venció al rigor el armonia
Quietando al móvil el girar liviano,
Así el aspa rodante, que regia
Aspera muela que deshace el grano,
Pisó la furia, y calma el movimiento,
Si viene el aura, y se retira el viento.

Con humillada adoracion se inclina
Al Rey feroz que armado de aspereza
De inquietos ojos rígido fulmina

Rayos de ira eclipsados en tristeza :
 Obsequio no menor á Proserpina
 Rinde, y colige atento en su belleza,
 Que silenciosa otorga al ignorado
 Ruego lo que le niega el Dios turbado.

Dime lo que lloró cantando Orfeo,
 Y los efectos de su ruego, ó Musa!
 Quando su voz seguída del recco
 Fué en el palacio cóncavo difusa,
 Y dulce consiguió mayor trofeo,
 Que acerba el duro rostro de Medusa,
 Pues suspensión, á estatua parecida,
 Da á las deidades, y á las piedras vida.

Námen del orbe y sus abisnos (dico)
 Que gozas con glorioso misterio,
 Por feliz muerte y mérito felice,
 Igual con Jove el dividido imperio;
 Yo el mas de las humanas infelice
 Desciendo á ti dal Artico emisferio;
 Si estoy vivo no sé, sé que la suerte
 Traxo mi vida al reyno de la muerte.

Mas quando viva muerto, ó muera vivo
 Siendo estos miembros mi sepulcro humano,
 Ni aquí me induce presuncion de alto,
 Ni curiosa ambicion de estudio arcano;
 No qual Teseo, ni Píroto lascivo
 Tu afrenta inquieto conspirada en vano,
 Ni como Alcides, coronar espero
 Mis hazañas, robándote el Cerbero.

Solo cobrar mi espíritu procuro
 En Eurolice bella vinculado,
 En quien la muerte el esplendor mas puro
 Robó antepuesta á la intencion del hado:
 Querjas de amante (no el acero duro)
 Cercan mi pecho, á la conquista armado:
 El ruego humilde, el misero lamento,
 Por mis pertrechos hélicos presento.

Ya en la terrenz fax que alegra al cielo
 Contra la ausencia presumo industrioso
 Fingir alivio leve, no consuelo,
 O ser á mis tormentos poderoso:
 Y flame ardiendo el sol, ardo en el yelo,
 El descanso me ignora, y el reposo;
 Quanto los hombres juzgan lux y dia,
 Es á mis ojos tempestad sombría.

Ai aunque vine de region serena
 Al negro centro no distingo horrores,
 Y si juzgo mi osar digno de penas
 Porque tus reynos penetre inferiores;
 Ya amor por su derecho me condena,
 No intimes á mi mal nuevos rigores,
 Que no me anidará tu abisno ciego
 Si tormento mayor, ni mayor fuego.

Tal tanta solícita mi cuidado
 Que en la amante se absuelve lo atrevido,
 Quanto mi accion te provoca indignado
 Te merece mi mal compadecido:

Ni á exceso debes referir sobrado
 El de amoroso impulso procedido,
 Que si culpas mi acción y mis extremos,
 En mí á los Dioses culparás supremos.

Por su Europa verás el gran Tonante
 En brutos pieles de animal extraño;
 Cipe despues, quando de Leda amante
 Para lascivo ardor cándido rogaño:
 Tú mismo (ó Rey) sin exemplar distante
 Ser puedes en mi abono desengño,
 Quando excediendo esfuerzos de Mavorte
 Fue triunfo tuyo tu feliz conato.

Yo imitando tu amor busco la mira:
 No impidas á tu empresa semejanza,
 A ti deba mis glorias la osadía
 Su posesión á tí mis esperanzas:
 Francos regresos el abierto día
 Nos permite; serán tna elabunzas
 (Dando á la lira eternizado empleo)
 Único asunto, única voz de Orfeo.

En quanto así dilata el hiando ruga,
 Toda aspereza de la faz destierra,
 Al bronco Numen, y penetra luego
 Al corazón con la sonora guerra:
 Ya el Dios admite placido el sosiego
 Y al turbado rigor la entrada cierra,
 Ya dominar en sus entrañas dexa
 La primera piedad de humana queja.

Con semblante Proserpina llorosa,
 Desde el primer acento el canto oía,
 Sobrando al pecho femeneal piadoso
 El vigor de la acorde melodía:
 A contrastar su inexorable esposo
 La intercesora voz apercillia,
 Mas no intercede, que su faz propicia
 Ya la piedad que procuraba indicia.

El Rey justificando su gobierno
 Consultivo se vuelve á Radamanto,
 Ve al rigido ministro entonces tierno
 Que afecta disimulos contra el llanto:
 Leyes al fin deroga de su Averno
 Púe conceder la súplica del llanto,
 Su efecto abrevia en diligente oficio
 Duplicando el valor del beneficio.

Al tropel de ministros circunstancias
 Que le anticipan obediencia, ordena
 Se restituya Euridice al amante,
 Y ambtu despues á la region serena:
 Manda apenas el Dios, quando delante
 El bello origen de su gloria y pena,
 El Tráce mira, y dilatando el pecho,
 Aun á su gozo presta albergue estrecho.

Precepto fué imperial, impuesto en vano,
 (Pensión figura al sucesor de Pebo)
 No á mirar vuelva con error liviano,

La vista á su consorte ni al Erebo ;
Hasta que aspiéran al abierto llano ,
A cuyas luces con aplauso nuevo
Gocen allagos, que jamas permite
La severa region reyno de Dite.

Seguido, pues, de la inocente bella
El prodigioso vencedor, en tanto
Ya retrocede la triunfante huella.
Y espanto aumenta el reyno del espanto :
Festivo elogio en vez de la querrela
Consagra al Dios reconocido el canto ;
En himnos dedica lo el beneficio ,
La gratitud suono sacrificio.

El músico infeliz reconocia
Estremos ya de la supérna entrada ,
Y si el efecto no, la fantasia
Gozaba él en de la triunfal jornada ;
Rindióse á rezelar si le seguia
Su premita del abismo revocada ,
O si en los riesgos de la sima acaso ,
Obligua senda le retardá el paso.

Turbó el recelo acciones al sentido ,
Cegó prudencias al discurso inquieto ,
Tal que introduxo á la memoria olvido
Que nió de Pluton el gran precepto :
Vuelve la vista (¡ ay triste !) inadvertido ,
Y apenas mira el procurado objeto
Que saltelando los ojos su presencia ;

Siglos

Siglos fulminan de llorosa ausencia.
Sigue entre fuegos, truenos y temblores
Lóbrego nablo en apariencia ingrata ,
Que á los horrores snadiendo horrores ,
Por las fauces del Orco se dilata :
En sus humos envuelve voladores
A Euridice, y bramando la arrebató ,
Como en turbado mar con furia oculta ;
Errante leño el uracan sepulta.

Desvanece con impetu la dama ,
Y en quanto sigue la profunda via
Con altas quejas á la suerte infama ,
Clamores tristes al amante envia :
Haye al centro la voz que en vano clama ;
Mas y mas débil cada vez se oia ,
Oye el Tráce (ó le informa su deseo)
Languido el nombre repetir de Orco.

Por seguir y llamar su fugitiva
El pie intenta mover, y lengua muda ,
En el terreno aquel temblizado estriba
Esta su voz á la garganta anuda :
Al sobresalto al fin la primitiva
Fuerza quebranta , y de su muerte en duda ;
Tras las nieblas fugaces y veloces
Pasos esparce intrépidos y voces.
Del gran dolor á la inclemencia fiera
Se entrega ; y provocando en sí la ira ;
Aun el tormento procurar quisiera

Tomo III.

28

Quando autor de su pérdida se mira;
 Revuelve de Agueronte á la ribera,
 Y forma acentos rudos á la lira,
 No obedeciendo en el turbado llanto
 La cuerda al plectro, ni la voz al canto.

Ni quando recupere allí el amante
 Su actividad sonora no oprimida,
 Será á cubrir su Euridice bastante
 Segunda vez al Bantro ofrecida:
 Dará su labio, y cítara sonante
 Guiso al dolor, á los penosos vida;
 No así podrá piadoso ni obstinado
 Firmes decretos revocar del lado.

NOTICIAS DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Se ignora en qué año nació, aunque consta que fué natural de Sevilla. Tampoco se sabe donde pasó la juventud, y solo parece que vivía en Roma en 1607; pues en este año publicó allí su traducción del *Aminta*, de Yacupinto Ilmo. Tal vez le llevó allí su afición á las Artes; pues cultivó la pintura de modo que logró mucha estimación por ella. Fue caballero del hábito de Calatrava, y Caballero de la Reyna Doña Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV. Pasó en Madrid la mayor parte de su vida, sirviendo este empleo, y murió en la misma villa por los años de 1650 siendo ya de mucha edad. Sus obras se publicaron en Sevilla juntamente con el *Aminta* en 1618, *La Fátima* en Madrid en 1684, y con ella se reimprimió el *Oséo* ya dado á luz en 1624.

POESÍAS

DE DON LUIS DE GÓNGORA.

CANCIÓN PRIMERA.

Al armamento de Felipe II contra Inglaterra.

LELEVANTS, España, tu famosa diestra
 Desde el Frances Pirene al Morro Atlante,
 Y al ronco son de trompas belicosas
 Haz envuelta en durísimo diamante
 De tus valientes hijos fernz muestra
 Delaxo de tus señas victoriosas;
 Tal que las flacamente poderosas
 Tierras, naciones contra su fe armadas,
 Al claro resplandor de sus espadas
 Y á la de sus arneses fierá lumbré,
 Con mortal pesadumbre
 Ojos y espaldas vuelvan,
 Y como al sol las nieblas se resuelven:
 O que la cera blanda desatada,
 Á los dorados tímidos fuegos
 De los yelmos grabados
 Queden como de fe de vista ciegos.

Quando autor de su pérdida se mira;
 Revuelve de Agueronte á la ribera,
 Y forma acentos rudos á la lira,
 No obedeciendo en el turbado llanto
 La cuerda al plectro, ni la voz al canto.

Ni quando recupere allí el amante
 Su actividad sonora no oprimida,
 Será á cubrir su Euridice bastante
 Segunda vez al Bantro ofrecida:
 Dará su labio, y cítara sonante
 Guiso al dolor, á los penosos vida;
 No así podrá piadoso ni obstinado
 Firmes decretos revocar del lado.

NOTICIAS DE DON JUAN DE JAUREGUI.

Se ignora en qué año nació, aunque consta que fué natural de Sevilla. Tampoco se sabe donde pasó la juventud, y solo parece que vivía en Roma en 1607; pero en este año publicó allí su traducción del *Aminta*, de Yacupinto Ilmo. Tal vez le llevó allí su afición á las Artes; pues cultivó la pintura de modo que logró mucha estimación por ella. Fue caballero del hábito de Calatrava, y Caballero de la Reyna Doña Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV. Pasó en Madrid la mayor parte de su vida, sirviendo este empleo, y murió en la misma villa por los años de 1650 siendo ya de mucha edad. Sus obras se publicaron en Sevilla juntamente con el *Aminta* en 1618, *La Fátala* en Madrid en 1684, y con ella se reimprimió el *Oséo* ya dado á luz en 1624.

POESÍAS

DE DON LUIS DE GÓNGORA.

CANCIÓN PRIMERA.

Al armamento de Felipe II contra Inglaterra.

LELEVANTS, España, tu famosa diestra
 Desde el Frances Pirene al Morro Atlante,
 Y al rocco son de trompas belicosas
 Haz envuelta en durísimo diamante
 De tus valientes hijos fernz muestra
 Delaxo de tus señas victoriosas;
 Tal que las flacamente poderosas
 Tierras, naciones contra su fe armadas,
 Al claro resplandor de sus espadas
 Y á la de sus arneses fierá lumbré,
 Con mortal pesadumbre
 Ojos y espaldas vuelvan,
 Y como al sol las nieblas se resuelven:
 O quant la cera blanda desatada,
 Á los dorados tímidos fuegos
 De los yelmos grabados
 Queden como de fe de vista ciegos.

Tú que con zelo pio y noble saña
 El seno undoso al húmedo Neptuno
 De selvas inquietas has poblado,
 Y quantos en tus Reynos uno á uno
 Empuñan lanza, contra la Bretaña
 Sin perdonar al tiempo las enviado;
 En número de todo tan sobrado
 Que á tanto leño el húmedo elemento
 Y á tanta vela es poco todo el viento,
 Eis que en sangre del Ingles Pirata
 Tenirá de escarlata
 Su color verde y cana
 El rico de ruinas Oceano:
 Y aunque de lejas con rigor traídas,
 Ilustrará tus playas y tus puertos
 De banderas rompidas,
 De navas destrozadas, de hombres muertos.
 O ya Isla espúlica y potente
 Templo de fe, ya templo de heregia,
 Campo de Marte, escuela de Minerva,
 Digna de que las sigones que algun día
 Orno corona Real de oro luciente
 Cíña guarnecida vil de estéril yerba;
 Madre dichosa y obediente sierva
 De Arturos, de Eduardos y de Euricos,
 Ricos de hortales y de se ticos;
 Ahora condensada á infamia eterna
 Por la que te gobierna
 Con la mano ocupada,

Del uso en vez, del cetro y de la espada;
 Muger de muchos y de muchos nuera.
 ¡O Reyna torpe, Reyna no, mas loba
 Libidinosa y fiera,

Fiammo dal ciel su te tue troccie piova!

Tú en tanto mira allá los Otomanos
 La Jonias aguas, que el Sicapo bebe,
 Sembrar de armados árboles y entenas,
 Y con tirano orgullo en tiempo breve
 Domando cuellos y ligando manos,
 Y sus manos hiriendo las arenazas,
 Despojar Islas y poblar cadenas.
 Mas quando su arrogancia, y nuestro ultrage
 No encienda en tí un católico cotage,
 Mira, si con la vista tanto vuelas,
 Entre hinchadas velas
 El soberbio estandarte,
 Que á los christianos ojos, no sin arte
 Como en desprecio de la cruz sagrada,
 Mas desenvuelve, miéntras mas tremola
 Entre lunas bordadas
 Del caballo feroz la crespa cola.

Fixa los ojos en las blancas lunas
 Y advierte bien (en tanto que tú esperas
 Gloria naval de las Britanas lides)
 No se calen rayendo tus riberas,
 Y pierdan el respeto á las columnas,
 Llaves tuyas y término de Alcides:

Mas si con la importancia el tiempo mides,
Arma tus hijos, vara tus galeras,
Y sobre los castillos y leones,
Que ilustran tus prisiones,
Levanta aquel leon fiero
Del tribu de Judá, que honró el madero;
Que él hará que tus brazos esforzados
Llenen el mar de barbas nadantes,
Que entreguen arrojados
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.

Cancion, pues que ya aspira
A trompa militar mi tosca lira,
Después me oírán, si Febo no me engaña,
El carro helado y la abrasada zona
Cantar de nuestra España
Las armas, los triunfos, la corona.

CANCION II.

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó la alba luciente
Tejidos en gurnalda,
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que pida con ser flores
Blanco á tu seno y á tu boca olores.

Guarda de estos jazmines
De abejas era un esquadron volante,
Rouco si de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;

Páselas en huída,
Y cada flor me cuesta una herida.

Mas, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y mas besos te pido
Que abejas tuvo el esquadron armado:
Lionjas son iguales
Servir yo en llaves, pagar tú en panales.

CANCION III.

¡Que de invidiosos montes levantados,
De nieves impedidos,
Me contiegan tus dulces ojos bellos!
¡Que de rios del yelo tan atados,
Del agua tan crecidos
Me defienden el ya volver á vellos!
¡Y que hablando dellos
El noble pensamiento
Por verte pisa plumas, pisa el viento!

Ni las tinieblas de la noche oscura,
Ni los yelos perdura,
Y á la mayor dificultad engaña;
No hay guardas hoy de llave tan segura
Que nieguen tu persona,
Que no desmientan con discreta mano;
Ni emprenderá hazaña
Tu esposo quando lidie,
Que no la registre él, y yo no savidie.

Allí vuelas, lisonja de mis penas,
 Que con igual licencia
 Penetrás el abismo, el cielo escalas:
 Y mientras yo te aguardo en las cadenas
 Desta rabiosa ausencia,
 Al viento agravian tus ligeras alas;
 Ya veo que te calas
 Donde bordada tela
 Un lecho abriga, y mil dulzores zela.

Tarde batiste la envidiosa pluma,
 Que en sabrosa fatiga
 Vieras muerta la voz, suelto el cabello,
 La blanca lija de la blanca espuma,
 No sé si en brazos diga
 De un fiero Marte, ó de un adonis bello:
 Y suadada á su cuello
 Podrás verla dormida,
 Y el casi trasladado á nueva vida.

Desanda el brazo, el pecho descubierta,
 Entre templada nieve
 Evaporar contempla un fuego helado,
 Y el esposo en figuras casi muerta
 Que el silencio le debe
 Del sueño, con todor solicitado...
 Dormid, que el Dios alado,
 De vuestras almas duró,
 Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Dormid, copia gentil de amantes nobles,
 En los fíchosos nudos,
 Que á los lazos de amor os dió himeneo;
 Mientras yo deserrado, de estos rubles
 Y penascos desnudos
 La piedad con mis lágrimas grango:
 Coronad el desco
 De gloria, en recordando;
 Sea el lecho de batallas campo blando.

Cancion, di al pensamiento,
 Que corra la cortina,
 Y vuelva al desdichado que camina.

CANCION IV.

Vuelas, ó Tortolilla,
 Y al tierno esposo dexas
 En soledad y quejas:
 Vuelves despues gimiendo,
 Recibete arrullando,
 Lasciva tú, si el blando;
 Dichosa tú mil veces,
 Que con el pico haces
 Dulces guerras de amor, y dulces paces.

Testigo fué á tu amante
 Aquel vestido tronco
 De algun arrullo ronco:
 Testigo tambien tuyo
 Fué aquel tronco vestido

De algún dulce gemido,
 Cauro fué de batalla,
 Y talamo fué fuego,
 Arbol que tanto fué, perdone el fuego.

Mi piedad una á una
 Contó, aves dichosas,
 Vuestras quejas sabrosas
 Mi envidia ciento á ciento
 Contó, dichosas aves,
 Vuestros besos suaves,
 Quien besos contó y quejas,
 Las flores rucme á Mayo,
 Y al cielo las estrellas rayo á rayo.

Injuria es de las gentes
 Que de una Tortolilla
 Amor tenga mancilla,
 Y que de un gerno amante
 Escuche sordo el ruego,
 Y mire el daño ciego:
 Al fin es Dios el dolo,
 Y plumas no son malas
 Para lisongear á un Dios con alas.

CANCIÓN V.

Corcilla temerosa,
 Cuando sacudir siente
 Al soberbio Aquilon con fuerza fiera,
 La verde selva umbrosa,

O murmurar corriente,
 Entre la yerba corre tan ligera,
 Que al viento desafia
 Su voladora planta:
 Con ligereza tanta
 Huyendo va de mí la Ninfa mía,
 Encomendando al viento
 Sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado

Hace de sus cabellos
 Mil crespos nudos por la blanca espalda,
 Y habiéndose abrigado
 Lascivamente en ellos,
 A luchar baxa un poco con la falda:
 Doude no sin decoro,
 Por brújula, aunque breve,
 Muestra la blanda nieve
 Entre las liras del coturno de oro:
 Y así en tantos enojos,
 Si trabajan los pies, guran los ojos.

Yo, pues, ciego y turbado,

Viendola como mi fe,
 Con mas ligeros pies el verde llano
 Que del arco encorvado
 La saeta despióe
 Del Puerto fiero la robusta mano;
 Y viendo, que en mi mengua
 Lo que á ella sobra,

Pues nuevas fuerzas cobra,
 Apelo de los pies para la lengua;
 Y en alta voz le digo,
 No huyas, Ninfa, pues que no te sigo.

Enfrena, ó Clari, el vuelo,
 Pues ves, que el rubio Apolo
 Pone ya fin á su carrera ardiente:
 Te a de tí mesma duelo
 Desponga un rato sola
 El honesto sudor tu blanca frente:
 Bastante muestra has dado
 De cruel y ligera,
 Pues en tan gran carrera
 Tu bellísimo pie nunca has dexado
 Estampa en el arena,
 Ni en tu pecho cruel mi grave pena:

Exemplos mil al vivo
 De ninfas te pondría,
 Si ya la antigüedad no nos engaña,
 Por cuyo trato esquivo,
 Nuevos conoce hoy día
 Troncos el bosque, y piedras la montaña:
 Mas sírvate de aviso
 En tu curso, el de aquella,
 No tan cruda ni bella,
 A quien ya sales, que el pastor de Aafrico
 Con pie ménos ligero
 La siguió ninfa, y la alcanzó madero.

Quédate

Quédate aquí, Cancion, y pon silencio
 Al fugitivo canto,
 Que razon es parar, quien corrió tanto.

SONETOS.

I

La dulce boca que á gustar convida
 Un humor entre perlas destilado,
 Y á no envidiar aquel licor sagrado,
 Que á Júpiter ministra el garzon de Ida;

Amantes, no toqueis, si quereis vida,
 Porque entre un labio y otro colorada
 Amor está de su veneno armado,
 Qual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas que á la Aurora
 Diréis que aljofaradas y olorosas
 Se le cayéron del purpúreo seno:

Manzanas son de Tántalo y no rosas,
 Que despues huyen del que incitan ora,
 Y solo del amor queda el veneno.

II.

Raya, dorado sol, orna y colora
 Del alto monte la lozana cumbre,
 Sigue con agradable mansedumbre
 El sexto paso de la blanca Aurora;

Tomo III.

29

Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campiñas dora.

Para que desta vega el campo raso
Borde saliendo Florida de flores:
Mas si no hubiere de salir acaso,

Ni el monte rayes, ornes, ni colores,
Ni aguas de la Aurora el roxo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dora.

III.

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fima claro, en ondas cristalino,
Tocsa guirnalda de robusto pino
Cine tu frente y tu cabello undoso;

Pues dexando tu nido cavernoso,
De Segura en el monte mas vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino,
Tuerces soberbio, raudó y espumoso;

A mí que de tus fértiles orillas
Piso aunque ilustremente enamorado,
La noble arena con humilde planta;

Dime, si entre las rubias pastoreillas
Has visto, que en tus aguas se han mirado,
Beldad qual la de Clori, ó gracia tanta.

IV.

Hermoso dueño de la vida mia,
Mientras se dexan ver á qualquier hora,
En tus mejillas la rosada aurora,
Fecho en tus ojos, y en tu frente el dia;

Mientras que con gentil descortesia
Mueve el viento la hebra voladora,
Que el Arabia en sus venas atesora,
Y el rico Tajo en sus arenas cris;

Antes que de la edad Febo eclipsado,
Y el claro dia vuelto en noche obscura,
Haya la aurora del mortal nublado;

Y antes que lo que hoy es rubio tesoro
Venta á la blanca nieve en su blancura;
Goza, goza el color, la luz, el oro.

ROMANCES.

I.

Famosos son en las armas
Los Moros de Canastel,
Valentisimos son todos,
Y mas que todos Hacen.
El Roldan de Berberia
Ique se ha hecho temer
En Oran del Castellano
En Ceuta del Portugues.

Tan dichoso fuera el Moro,
 Quan dichoso podrá ser
 Si le bastara el alarga,
 Contra una flecha cruel,
 Que de un arco de rigor
 Con no-barpon de desden
 Le despidió Belerifi
 La hija de Ali Mulev.
 Atento á sus demasias
 En amar y aborrecer,
 Quiso el niño Dios vendado
 Ser testigo y ser juez.
 Miraba al fiero Africano
 Bendido mas de una vez,
 A una esperanza traydora
 Y á un desengaño fiel:
 Ya rindiendo á su enemiga,
 Y entregándole á merced
 Las llaves del albedrío,
 Los pendones de la fe.
 Mirábalo en los ramblares,
 Ora á caballo, ora á pie
 Bendir el fiero animal
 De las otras fieras Rey,
 Y de la real cabeza
 Y de la espantosa piel
 Oinar de su ingrata Mora
 La respetada pared.
 Mirábalo el mas galán

De quantos África vé,
 En servicio de su dama
 Vestir morisco alquizel.
 Sobre una yegua morcilla
 Tan extremo en el correr,
 Que no logran las arenas
 Los estampas de sus pies:
 Admirablemente ornada
 De un bravo y rico jaez
 (Obra al fin en todo digna
 De artifice Cordobes)
 Solicitar los balcones,
 Donde se anida su bien,
 Comenzando en armonía
 Y feneciendo en tropel.
 No le dió al hijo de Venus
 El Moro poco placer,
 Y detestando el rigor
 Que se usaba contra él;
 Miraba á la bella Mora,
 Salteada en su vergei
 De un cuidado que es amor,
 Aunque no sabe quien es.
 Ya en el oro del cabello,
 Engastando algun clavel,
 Ya á las licoujas del agua
 Corriendo con vana sed.
 De pechos sobre un estanque,
 Hacen que á ratos estén

Bebiendo sus dulces ojos
 Su hermoso parecer.
 Admiradas sus cautivas
 Del cuidado en que la ven ;
 Risueña le dixo una ,
 Y aun maliciosa tambien :
 Así quiera Dios , señora ,
 Que alegre yo vuelva á ver
 Las generosas almenas
 De los muros de Xerez ,
 Como esa curiosidad
 Es cuna (á mi parecer ,)
 De un amor recién nacido ,
 Que volará antes de un mes .
 Sembró de purpúreas rosas
 La vergüenza aquella tex
 Que ya fué de blancos lirios ,
 Sin sabella responder .
 Comenzó en esto Cupido
 A disparar y á tender
 La mas que mortal saeta ,
 La mas que nudosa red .
 Y comenzó Belerifa
 Hacer contra amor después
 Lo que contra el rubio sol
 La nieve suele hacer .

II.

Servia en Oran al Rey
 Un Español con dos lanzas ,
 Y con el alma y la vida
 A una gallarda Africana .
 Tan noble como hermosa ,
 Tan amante como amada ,
 Con quien estabá una noche
 Quando tocáron al arma .
 Trescientos Zenets eran
 Deste rebato la causa ,
 Que los rayos de la luna
 Descubrierón las adargas .
 Las adargas avisáron
 A las mudas atalayas ,
 Las atalayas los fuegos ,
 Los fuegos á las campanas ;
 Y ellas al enamorado
 Que en los brazos de su dama
 Oyó el militar estruendo
 De las trompas y las caxas .
 Espuelas de honor le pican
 Y freno de amor le para ,
 No salir es cobardía ,
 Ingratitud es dexalla .
 Del cuello pendiente ella
 Viéndole tomar la espada
 Con lágrimas y suspiros

Le dice a estas palabras.
 Salid al campo, señor,
 Bañen mis ojos la cama,
 Que ella me será también
 Sin vos campo de batalla.
 Vestios y salid aprisa,
 Que el General os aguarda,
 Yo os hago á vos mucha sobra
 Y vos á él mucha falta.
 Bien podéis salir desnudo.
 Pues mi llanto no os ablanda,
 Que tenéis de acero el pecho
 Y no habéis menester armas.
 Viendo el Español furioso
 Quanto le detiene y habla,
 Le dice así: mi señora,
 Tan dulce como enojada,
 Porque con honra y amor
 Yo me quede, cumpla y vaya;
 Vaya á los Moros el cuerpo,
 Y quede con vos el alma.
 Concededme, dueño mío,
 Licencia para que salga
 Al rebato en vuestro nombre,
 Y en vuestro nombre combata.

III.

Entre los sueltos caballos
 De los vencidos Zenetes

Que por el campo buscaban
 Entre la sangre lo verde;
 Aquel Español de Oran,
 Un suelto caballo prende.
 Por sus relinchos lozano
 Y por sus cernejas fuerte;
 Para que lo lleve á él
 Y un Moro cautivo lleve,
 Que es uno que ha cautivado
 Capitan de cien Zenetes.
 En el ligero caballo
 Suben ambos, y él parece
 De quatro espuelas herido,
 Que quatro vientos le mueven.
 Triste camina el Alarba,
 Y lo mas hazo que puede,
 Ardientes suspiros lanza
 Y amargas lágrimas vierte.
 Admirado el Español
 De ver cada vez que vuelve,
 Que tan tierosamente llora
 Quien tan duramente hiere;
 Con razones le pregunta,
 Comedidas y corteses,
 De sus suspiros la causa,
 Si la causa lo consiente.
 El cautivo como tal,
 Sin escusarlo obedece,
 Y á su piadosa demanda

Satisface desta suerte,
 Valiente eres Capitan,
 Y cortés como valiente,
 Por tu espada y por tu trasto
 No has cautivado dos veces.
 Preguntado me has la causa
 De mis suspiros ardientes,
 Y débote la respuesta
 Por quien soy, y por quien eres.
 Yo nací en Gélves el año,
 Que os perdisteis en los Gélves,
 De una Berberisca noble
 Y de un Turco Matasiete.
 En Tremecén me crié
 Con mi madre y parientes
 Despues que murió mi padre
 Corsario de tres haxeles.
 Junto á mi casa vivia,
 Porque nos cerca muriere,
 Una dama del linage
 De los nobles Melioneses,
 Extremo de las hermosas,
 Quisido no de las crueles,
 Hija al fin destas arenas
 Engendradora de sierpes.
 Era tal su hermosura,
 Que se hallaran claveles
 Mas ciertos en sus dos labios,
 Que en los dos floridos mocos.

Cada vez que la miraba
 Salía el sol por su frente
 De tantos rayos vestido,
 Quantos cabellos contiene.
 Mas ya la razon sujeta,
 Con palabras me requiere
 Que su crueldad le perdone,
 Y de su beldad me acuerde.
 Juntos así nos criamos,
 Y amor en nuestras niñeces
 Hirió nuestros corazones
 Con harpones diferentes.
 La ró el oro en mis entrañas
 Dulces latex, tiernas redes,
 Mientras el plomo en las suyas
 Libertades y desdenes.
 Esta, Español, es la causa
 Que á llanto pudo moverme,
 Mira si es razon que flore
 Tantos males juntamente.
 Conmovido el Capitan
 De las lágrimas que vierte,
 Parando el veloz caballo
 Que paren sus males quiere,
 Gallardo Moro, le dice,
 Si adoras, como refieres,
 Y si, como dices, amas,
 Dichosamente padece,
 ¿Quien pudiera imaginar.

Viendo tus golpes crueles,
 Que cupiera alma tan tierna
 En pecho tan duro y fuerte?
 Si eres del amor cautivo,
 Desde aquí puedes volverte,
 Que me pedirán por voto
 Lo que entendi que era suerte.
 Y no quiero por rescate
 Que tu dama me presente
 Ni las alfombras mas finas
 Ni las granas mas alegres.
 Anda con Dios, sufre y ama,
 Y viviras si lo bicieres,
 Con tal que quando la veas
 Pido que de mi te acuerdes.
 Apeöse del caballo,
 Y el Moro tras él desciende,
 Y por el suelo postrado
 La boca a sus pies ofrece.
 Vivas mil años, le dice,
 Noble Capitan valiente,
 Que ganas mas con librarme,
 Que gauste con prenderme.
 Así se quede contigo,
 Y te dé victoria siempre
 Para que estendas tu fama
 Con hechos tan excelentes.
 Apenas vide trocada
 La dureza de esta sierpe,

Quando

Quando tú me escuitavste,
 Mira si es bien que lamenta.

IV.

Aquí entre la verde juncia,
 Quiero como el blanco cisne
 Que envuelta en dulce armonía
 La dulce vida despide,
 Despedir mi vida amarga
 Envuelta en endechas tristes,
 Y quezrellarme de aquella,
 Tan hermosa como libre.
 Descansa entre tanto el arco
 De la cuerda que le aflige,
 Y pendiente de sus ramas
 Orne esta planta de Alcides,
 Mientras yo á la tortolilla,
 Que sobre aquel olmo gime,
 Le hurto todo el silencio
 Que para sus quejas pide.
 Bellísima cazadora,
 Mas fiero que las que sigues
 Por los bosques; cruel verdugo
 De mis años infelices,
 Tan grandes son tus extremos
 De hermosa y de terrible,
 Que están los montes en duda,
 Si eres diosa ó eres tigre.
 Preciaste de tan soberbia

Tomo III.

30

Contra quien es tan humilde;
 Que considerados bien
 Todos los monteros dicen,
 Que los dos no parecemos
 Al robie que mas resiste
 Los soplos del viento airado,
 Tú en ser dura, yo en ser firme.
 En esto solo eres robie,
 Y en lo demas flaca mimbre
 No solo á los recios vientos,
 Mas á los ayres sutiles.
 Ya no persigues, cruel,
 Despues que a mí me persigues.
 A los ciervos voladores
 Ni á los fieros jabales;
 Ni de tu dichoso albergue
 Las nobles paredes visten
 Los despojos de las fieras,
 Que como á mi muerte diste.
 No porque no gustes dello,
 Sino porque no te obligue
 El encontrarme en la caza,
 A que siquiera me mines.
 Los monteros te suspiran
 Por todos estos confines,
 Y el mismo monte se agravia,
 De que tus pies no le pisen.
 Haz tu gusto, que yo quiero
 Dexar (pues dello te sirvas)

El espíritu cansado
 Que mis flacos miembros rige.
 Conseguirémos en esto
 Ambos á dos nuestros fines;
 Tú el de cruel en dexarme,
 Yo el de leal en morirme.
 Tú Rey de los otros rios,
 Que de las sicrras sublimes
 De Segora al Oceano
 El fértil terreno mides;
 Pues en tu dichoso seno
 Tantas lágrimas recibes
 De mis ojos que en el mar
 Entran dos Guadalquivires;
 Ruégote que su crueldad
 Y mi firmeza publiques
 Por todo el húmido reyno
 De la gran madre de Aquiles.
 Porque no solo en las selvas,
 Mas los que en las aguas viven
 Conozcan quien es Daliso,
 Y quien es la ingrata Nise.

V.

Aquel rayo de la guerra,
 Alférez mayor del Reydo,
 Tan galán como valiente,
 Y tan noble como fiero;
 De los mozos envidiado,

Y admirado de los viejos,
 Y de los niños, y el vulgo
 Señalado con el dedo;
 El querido de las damas
 Por cortesano y discreto,
 Hijo hasta allí regalado
 De la fortuna y el tiempo;
 El que vistió las mezcuitas
 De venturosos trofeos,
 El que pobló las mozmorras
 De christianos caballeros;
 El que dos veces armado
 Mas de valor que de acero
 A su patria libertó
 De los peligrosos cercos;
 El gallardo Abeuzulema
 Sale á cumplir el destierro
 A que le condena el Rey,
 O el amor, que es lo mas cierto,
 Servia á una Mora el Moro
 Por quien el Rey anda muerta,
 En todo extremo hermosa
 Y discreta en todo extremo,
 Dióle unas flores la dama
 Que para él flores fuerón,
 Y para el zeloso Rey
 Yerbas de mortal veneno,
 Pues de la yerba tocalo
 Lo manda desterrar luego,

Culpando su lealtad,
 Para disculpar sus zelos.
 Sale pues el fuerte Moro
 Sobre un caballo overo,
 Que á Guadalquivir el agua
 Le behió y le pació el heno.
 Con un hermoso jaez,
 Rica labor de Mazaruecos,
 Las piezas de filigrana,
 La mochila de oro y negro.
 Tan gallardo iba el caballo
 Que en grave y ayroso huello
 Con ambas manos media
 Lo que hay de la cincha al suelo,
 Sobre la marlota negra
 Un blanco albornoz se ha puesto,
 Por vestirse los colores
 De su inocencia y su duelo,
 Bordó mil hierros de lazos
 Por el capellar, y en medio
 En Arábigo una letra,
 Que dice: *Enos son mis yerros*
 Bonete lleva myqui
 Derribado al lado izquierdo,
 Y sobre él tres plumas presas
 De un precioso Camafeso,
 No quiso salir sin plumas,
 Porque vuelen sus deseos,
 Si quien le quita la tierra

Tambien no le quita el viento,
 No lleva mas de un alfiang
 Que le dió el Rey de Toledo,
 Porque para un enemigo,
 El le hasta y su derecho.
 De esta suerte sale el Moro
 Con animoso deuenido,
 En medio de los Alcaides
 De Arjona y del Marisulejo,
 Caballeros le acompañan,
 Y le sigue todo el pueblo,
 Y las damas por do pasa
 Se asoman llorando á verlo.
 Lágrimas vierten ahora
 De sus tristes ojos bellos
 Las que desde sus balcones
 Aguas de olor le vertieron.
 La bellissima Balaxa,
 Que llorosa en su apotenta
 Las sinrazones del Rey
 Le pagaban sus cabellos,
 Como tanto estruendo oyó
 A un balcon salió corriendo,
 Y enmudecida le dixo,
 Dando voces con silencio:
 Vete en paz, que no vas solo,
 Y en tu ausencia ten consuelo,
 Que quien te echa de Jaen
 No te echará de mi pecho.

El con el mirar responde;
 Yo me voy, y no te dexo;
 De los agravios del Rey
 Para tu firmeza apelo,
 En esto pasó la calle,
 Los ojos atras volviendo
 Cien mil veces, y de Andujar
 Tomó el camino derecho.

VI.

Ciego que apuntas y atinas,
 Caduco Dios y rapaz,
 Vendado que me has vendido
 Y niño mayor de edad;
 Por el alma de tu madre,
 Que murió siendo inmortal,
 De envidia de mí señora,
 Que no me persigas mas:
 Déxame en paz, amor tirano,
 Déxame en paz.

Baste el tiempo mal gastado
 Que he seguido á mi pesar
 Tus inquietas banderas,
 Foragido Capitan.
 Perdóname amor aquí,
 Pues yo te perdono allí,
 Quatro escudos de paciencia,
 Diez de ventaja en amar.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ANTONIO ALVAREZ"
 PASEO DE LA UNIVERSIDAD 171, BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 INSTITUTO GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

®

Amadores desdichados
 Que seguís milicia tal,
 Decidme, ¿que buena guía
 Podeis de un ciego sacar?
 De un páxaro ¿que firmeza,
 Que esperanza de un rapaz,
 Que galardón de un desuado,
 De un tirano que piedad?
 Déxame en paz, etc.

Diez años desperdiçé
 Los mejores de mi edad,
 En ser labrador de amor
 A costa de mi caudal
 ¡Como aré, sembré, cogí,
 Aré un atterado mar,
 Sembré en estéril arena,
 Cogí vergüenza y afán.
 Déxame en paz, etc.

Una torre fabriqué
 Del viento en la vanidad,
 Mayor que la de Nembrot,
 Y de confusión igual.
 Gloria llamaba a la pena,
 A la cárcel libertad,
 Miel dulce al amargo aribar,
 Principio al fin, bien al mal.
 Déxame en paz, amor tirano,
 Déxame en paz.

VII.

Angelica y Medoro.

En un pastoral albergue
 Que la guerra entre unos robles
 Lo dexó por escondido,
 O la perdono por pobre,
 Do la paz viste pellico,
 Y conduce entre pastores
 Ovejas del monte al llano,
 Y cabras del llano al monte;
 Mal herido, y bien curado
 Se alberga un dichoso jóven,
 Que sin clavarle amor flecha
 Le coronó de favores.
 Las venas con poca sangre,
 Los ojos con mucha noche,
 Lo halló en el campo aquella
 Vida y muerte de los hombres.
 Del palafren se derriba,
 No porque al Moro conoce,
 Sino por ver que la yerba
 Tanta sangre paga en flores.
 Límpiale el rostro y la mano
 Siente al amor que se esconde
 Tras las rosas, que la muerte
 Va violando sus colores.
 Escondiése tras las rosas,

Porque labren sus harpones
 El diamante del Catay
 Con aquella sangre noble,
 Ya lo regula los ojos,
 Ya le entra sin ver por donde
 Una piedad mal nascida,
 Entre dólces escorpiones;
 Ya es herido el peñernal,
 Ya despide al primer golpe
 Centellas de agua: ¡ó piedad,
 Hijo de padres traydores!
 Yertas le aplica á sus llagas
 Que si no sanan entónces
 En virtud de tales manos,
 Lisongean los dolores,
 Amor le ofrece su venda,
 Mas ella sus velos rompe
 Para ligar sus heridas:
 Los rayos del sol perdonen,
 Los últimos mudos dába
 Quando el cielo la socorre
 De un villano en una yegua
 Que iba penetrando el bosque,
 Enfrentándole de la bella
 Las tristes piadosas voces,
 Que los firmes troncos mueven,
 Y las sonrisas piedras oyen.
 Y la, que mejor se halla
 En las selvas que en la corte

Simple bondad, al pio rugo
 Cortesmente corresponde.
 Humilde se apes el villano,
 Y sobre la yegua pone
 Un cuerpo con poca sangre,
 Pero con dos corazones.
 A su cabaña los guía
 Que el sol dexa su horizonte,
 Y el humo de su cabaña
 Le va sirviendo de norte.
 Llegaron temprano á ella,
 Do una labradora acoge
 Un mal vivo con dos almas,
 Una ciega con dos soles.
 Blando heno en vez de pluma
 Para lecho les componer,
 Que será talamo luego,
 Do el garzon sus dichas logre.
 Las manos pues, cuyos dedos
 Desta vida fueron dioses.
 Restituyen á Medoro
 Salud nueva, fuerzas dobles;
 Y le entregan quando menos
 Su beldad y un reyno en dote,
 Segunda envidia de Marte,
 Primera dicha de Adónis,
 Corona un lascivo exámbre
 De Cupidillos menores
 La choza, lieca como abejas,

Hueco tronco de alcornoque,
 ¿Que de nudos le está dando
 A un áspid la envidia torpe,
 Contando de las palomas
 Los arrullos gemidores!
 ¡Que bien la destierra amor
 Haciendo la cuerda zozote,
 Porque el caso no se infame
 Y luchar no se inficione!
 Todo es gala el Africano,
 Su vestido espira olores,
 El lunado arco suspende,
 Y el corva alfanje dispone.
 Tórtolas enamoradas
 Son sus róticos atambores
 Y los volantes de Venus
 Sus bien seguidos pendozas.
 Destuda el pecho anda ella,
 Vuela el cabello sin orden
 Si lo abrocha es con clavetes,
 Con jazmines si lo coge.
 Todo sirve a los amantes,
 Plumas les batan veloces,
 Ayrecillos lisongeros,
 Si no son murmuradores.
 Los campos les dan alfombra,
 Los árboles pabellones,
 La apacible fuente sueño,
 Música los Ruiseñores;

Los troncos les dan cortezas,
 En que se guarden sus miembros,
 Mejor que en tablas de mármol,
 O que en láminas de bronce.
 No hay verde fresno sin letra,
 Ni blanco chopo sin mote,
 Si un valle Angélica sueña,
 Otro Angélica responde.
 Curvas do el silencio apénas
 Dexa que sombras las mugren,
 Profanan con sus abrazos
 A pesar de sus horrores,
 Chozas pues, talamo y lecho,
 Contestes destes amores,
 El cielo os guarde, si puede,
 De las locuras del Conde.

VIII.

Segun vuelan por el agua
 Tres galeotes de Argel
 Un Aquilon Africano,
 Las engendrò á todos tres:
 Y segun los vientos pisa,
 Un bergantín Genoves,
 Si no viste el temor alas,
 De plumas tiene los pies.
 Mortal cara viene dando
 Al fugitivo baxel,
 En que a Nápoles pasaba

En conserta del Virey ;
 Un Español con dos hijas
 Una sol, y otra clavel,
 Que tuyéron a Leon
 Por oriente y por vergel.
 Derrotó un temporal,
 Y ya que no dió al traves,
 A vista dió de Morato,
 Remegado Calabres.
 El tagarete Africano,
 Que la español garza ve,
 En su noble sangre piensa
 Esmaltar el cascabel.
 Peñándose va las plumas,
 Mas el viento burla del
 Interpuesto entre las alas
 Y entre la garra cruel.
 Ya surcan el mar de Denta,
 Ya sus altas torres ven,
 Grandeza de un Duque ahora,
 Título ya de Marques.
 De sus torres los descubren,
 Y distinguido despues
 La cruz en el tafetan
 La luna en el alquizel,
 Ocho ó diez piezas disparan,
 Que en ocho globos, ó diez
 Envuelven de negro humo
 Al corsario su interca.

Los brazos del puerto ocupa
 Con fatiga y con placer,
 El bergantín destrozado.
 Desde la quilla al garces.
 El Leonés agradecido
 Al cielo de tanto bien,
 De libertad coronado
 Dice, sino de laurel ;
 ; O puerto, templo del mar,
 Cuya húmeda pared,
 Antes saltará que tablas
 Señas de naufragios den ;
 Fortaleza imperiosa,
 Terror de Africa, y desden,
 Yugo fuerte y real espada,
 Que reprime, y que da ley !
 Defensa os debo, y abrigo,
 Mi libertad vuestra es,
 Y mi lengua desatada
 En alabanzas también.
 Con tus altos muros viva
 Tu inclito dueño, é quien
 Como á ti el Mediterraneo
 La envidia le bese el pie :
 Inmortal sea su memoria
 En la gracia de su Rey,
 Por galardón proseguida,
 Si comenzó por merced.
 Que servicio tan honrado,

Y de Acétes tan fiel,
Inmortalidad merecen
Si no de vida, de fe.

IX.

Levantando blanca espuma
Galería de Barbaroxa
Ligeras le daban caza

A una pobre galeota,
En que alegre el mar surcaba
Un mallorquín con su esposa,
Dulcísima Valenciana,
Bien nacida y hermosa.
Del amor agradecido,
Se la llevaba á Mallorca,
Tanto á celebrar las Pascuas,
Quanto á festejar las bodas;
Y quando á los serenos remos
Mas se humillaban las olas,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla;
Esperándola detras

De una cala insidiosa,
Estaba el fiero terror
De las playas españolas.
Sobresaltada en un punto,
Que por una parte y otra
Sus quatro carmigos leños
Tristemente la coronan.

Crece en ellos la codicia,
Y en estotros la congoja,
Mientras se queja la dama
Derramando tierno aljófar.
Favorable y fresco viento,
Si eres el galán de Flora,
Válemo en este peligro
Por el regalo que gozas.
Tú que embravecido puedes
Los baxeles que te enojan
Embestillos en la arena
Con mas daño que en las rocas;
Tú que con la misma fuerza,
Quando al humilde perdoux,
Sneles de armadas fiebes
Escapar barquillas rotas;
Salga esta vela á lo ménos
Destas manos rigurosas,
Qual de garras del halcon
Blancas alas de paloma.

X.

Criábase el Albanes
En la corte de Amurátes,
No como prendas cautivas
En rehenes de su padre,
Sino como se criara
El mejor de los Sultanes,
Del Gran-Señor regalado,

Querrido de los Baxaes.
 Gran capitán en las guerras,
 Gran cortesano en las paces,
 De los soldados escudo,
 Espejo de los galanes.
 Recien venido era entonces
 De vencer y de ganalles
 Al Ungaro dos banderas,
 Y al Soffi quatro estandartes.
 ¿Mas que aprovecha domar
 Invencibles Capitanes,
 Y contraponer el pecho
 A mil peligros mortales;
 Si un niño cirgo le vence
 No mas armado que en carnes,
 Y en el corazon le dexa
 Dos harpones penetrantes?
 Dos penetrantes harpones
 Que son los ojos suaves
 De las dos mas bellas turcas
 Que tiene todo Levante.
 Que no hay turquesa tan fina,
 Que á sus ojos se compare,
 Discretas en todo extremo,
 Y de gracias singulares.
 No le defendio el escudo
 Hecho de finos diamantes,
 Porque el amoroso fuego
 Es el rayo semejante.

Que el duro hierro en sus manos
 Disminuye y le deslucie:
 No para en hierro el amor,
 Pues sin errar tiro, sabe
 Poner en el alma el hierro
 Y en la cara las señales.
 Fue tan desdichado en paz,
 Quanto en la guerra triunfante,
 Rendido en paz de mugeres,
 Siendo en guerra el fiero Marte.
 Bien conoció su valor
 Amor, pues para enlazalle;
 Por tener así sujeto
 Al que sujetó el Dios Marte,
 Un lazo vió que era poco,
 Y quiso con dos vendalle.

X I.

Amarrado al duro banco,
 De una galera turquesca,
 Ambas manos en el remo,
 Y ámbos ojos en la tierra,
 Un forzado de Dragut
 En la playz de Marbella
 Se quejaba al ronco son
 Del remo y de la cadena;
 ¡O sagrado mar de España!
 Famosa playa y serena!
 Teatro donde se han hecho

Cien mil navales tragedias ;
 Pues eres tú el mismo mar ,
 Que con tus crecientes besas
 Las murallas de mi patria
 Coronadas y soberbias ,
 Traeme noxeas de mi esposa ,
 Y dime si han sido ciertas
 Las lágrimas y suspiros
 Que me dice por sus letras.
 Porque si es verdad que llora
 Mi cautiverio en tu arena ,
 Bien puedes al mar del Sur
 Vencer en lucentes perlas.
 Dame ya, sagrado mar,
 A mi demanda respuesta,
 Que bien puedes, si es verdad
 Que las aguas tienen lenguas.
 Pero pues no me respondes ,
 Sin duda alguna que es muerta,
 Aunque no lo debe ser ,
 Pues que yo vivo en su ausencia.
 Pues he vivido diez años
 Sin libertad y sin ella,
 Siempre al remo condenado ,
 A nadie matarán penas.
 En esto se descubrieron
 De la Religión seis velas,
 Y el cómitre mandó usar
 Al forzado de su fuerza.

XII.

Continuación.

La desgracia del forzado ,
 Y del corsario la industria ,
 La distancia del lugar ,
 Y el favor de la fortuna ,
 Que por la boca del viento
 Les daña á soplos ayuda
 Contra las christianas cruces
 A las otomanas lunas ,
 Hicieron que de los ojos
 Del forzado á un tiempo huyan
 Dulce patria, amigas velas ,
 Esperanzas y ventura.
 Vuelve pues los ojos tristes
 A ver como el mar le hurta
 Las torres, y de las naves
 Las velas, y les da espumas.
 Y viendo mas aplacada
 En el cómitre la furia ,
 Vertiendo lágrimas dice,
 Tan amargas como muchas :
 ¿De quien me quejo con tan gran extremo,
 Si ayudo yo á mi daño con mi remo ?
 Ya no esperan mas mis ojos ,
 Pues ahora no lo vieron
 Sin este remo las manos

Y los pies sin estos hierros,
 Que en esta desgracia mis
 Fortuna me ha descubierta,
 Que quantos fuerón mis daños,
 Tantos serán mis tormentos.
 De quien me quejo, etc.

Velas de la religion,
 Eufread vuestro denudedo,
 Que mal podréis alcanzaros,
 Pues tratáis de mi remedio.
 El enemigo se os va,
 Y favorecelo el tiempo,
 Por su libertad no tanto
 Quanto por mi cautiverio.
 De quien me quejo, etc.

Quedaos en aquesta playa,
 De mis pensamientos pñerto;
 Quejaos de mi desventura,
 Y no echéis la culpa al viento.
 Y tú, mi dulce suspiro,
 Rompe los ayres ardiendo,
 Váita á mi esposa bella,
 Y en el tiar de Argel te espero.
 De quien me quejo, etc.

XIII
 DIRECCIÓN GENERAL

Guarda corderos, zagala,
 Zagala, no guardes fe,

Que quien te hizo pastora
 No te escusó de ingerir.
 La pureza del arminio
 Que tan celebrada es,
 Vístela con el pellico,
 Y desnúdala con él.
 Dexa á las piedras lo firme,
 Advirtiendo que tal vez
 A pesar de su dureza
 Obedecen al cincel.
 Resiste al viento la encima,
 Mas con el villano pic,
 Que con las hojas corteses
 A qualquier céfiro erree.
 Aquella hermosa vid,
 Que abrazada al olmo ves,
 Parte pámpanos discretas
 Con el vecino laurel.
 Tortollilla gemidora,
 Depuesto el casto desden,
 Tálamo hizo segundo.
 Las ramas de aquel ciprés.
 No para una abeja sola
 Sus hojas guarda el clável,
 Beben otras el aljófar
 Que guarda su rosicler,
 El cristal de aquel arroyo
 Undosamente fiel,
 Niega al zusente su imógea

Hasta que la vuelve á ver.
 La inconstancia al fin da plumas
 Al hijo de Venus, que
 Poblada de ellas sus alas,
 Viste sus flechas tambien.
 No pures tu libes albedrio
 Lo tirauze iñeres,
 Ni amor que de singular
 Tiene mas que de fiel.
 Sacude preciosos yugos,
 Coyundas de oro no den,
 Sino cordones de lana
 Al suelto cabello ley.
 ¡Mal hayas tú si constante
 Mirares al sol, y quien
 Tan aguilá fuera en esto,
 Dos veces mal haya y tres!
 ¡Mal hayas tú si mirares
 En las iua cándides,
 Las aves de la deidad,
 Que primero espuma fué!
 Solicitando prolixa
 La ingratitud de un doncel,
 Ninfa de las selvas ya
 Vocal sombura vino á ser.
 Si quieres pures, zagaleja,
 De tu hermosura cruel,
 Dar entera voz al valle,
 Desprecia mi parecer.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

I.

Frescos ayrecillos,
 Que á la primavera
 Destexis guirnaldas,
 Y esparceis violetas;
 Ya que os han tenido
 Del Tago en la vega,
 Amorosos hurtos,
 Y agradables penas;
 Quando del estio,
 En la ardiente fuerza
 Alamos os daban
 Frondosas defensas;
 Alamos crecidos
 De hojas inciertas,
 Medias de esmeralda,
 Y de plata medias;
 De donde las niñas
 Y las zagalejas
 Del sagrado Tajo
 Y de sus riberas
 Mil veces llamaste,
 Y vinieron ellas
 Al ocupar del rio
 Las verdes cenefas;
 Y vosotros luego

Calándoos apriesa
 Con lascivos soplos
 Y alas lisongeras;
 Sueño les truxiátes,
 Y descuido á vueltas,
 Que en pago os valieron
 Mil vistas secretas,
 Sin tener desvelo,
 Envidia ni queja,
 Ni andar con la falda
 Luchando por fuerza:
 Ahora, pues, ayres,
 Antes que las sierras
 Córrenen sus cumbres
 De confusas nieblas;
 Y que el aquilon
 Con dura inelemeucia
 Desnude las plantas,
 Y vista la tierra
 De las secas hojas,
 Que ya fuéron tregua
 Entre el sol ardiente
 Y la verde yerba;
 Y antes que las nubes
 Y el yelo conviertan
 En cristal las rosas,
 Y en vidrio las selvas,
 Batid vuestras alas,
 N dad ya la vuelta

Al seno templado,
 Que alegre os espera.
 Veréis de camino
 Una ninfa bella,
 Que pisa orgullosa
 Del Bétis la arena.
 Montará gallarda,
 Temida en la sierra,
 Mas por su mirar
 Que por sus saetas.
 Ahora la balleis
 Entre la maleza
 Del fragoso monte
 Siguiendo las fieras;
 Ahora en el llano
 Con planta ligera,
 Fatigando el corzo
 Que herido vuela;
 Ahora clavando
 La armada cabeza
 Del antiguo ciervo
 En la encina vieja;
 Quando ya cansada
 De la caza vuelva,
 A dexar al rio
 El sudor en perlas;
 Si está calurosa;
 Soplad desde afuera,
 Y quando la ingrata

Mejor os entienda ;
 Decidle ayrecillos :
 Bellísima Leda ,
 Gloria de los bosques ,
 Honor del aldea ,
 Enfermo Daliso
 Junto al Tajo queda
 Con la muerte al lado ,
 Y en vision de ausencia.
 Suplicate humilde ;
 Antes que le vuelvan
 Su fuego en ceniza ,
 Su destierro en tierra ,
 Que en premio glorioso
 De su amor merezca
 Ya que no suspiros ,
 A lo menos letra ,
 Con la punta escrita
 De tu aguda flecha
 En el campo duro
 De una dura peña :
 (Porque no es razon
 Que razon se lea
 De mano tan dura
 En cosa mas tierna)
 A donde le digas ;
 Muere allá , y no vuelvas
 A adorar mi sombra ,
 Y arrastrar cadenas.

II.

La mas bella niña
 De nuestro lugar ,
 Hoy viudita y sola ,
 Y ayer por casar.
 Viendo que sus ojos
 A la guerra van ,
 A su madre dice ,
 Que escucha su mal ,
 Déxadme llorar ,
 Orillas del mar.

Pues me distes , madre,
 En tan tierna edad ,
 Tan corto el placer ;
 Tan largo el pesar ;
 Y me cautivastes
 De quien hoy se va ,
 Y lleva las llaves
 De mi libertad ;
 Déxadme llorar , etc.

En llorar convirtiese
 Mis ojos de hoy mas
 El sabroso oficio
 Del dulce mirar ;
 Pues que no se pueden
 Mejor ocupar ,
 Yéndose a la guerra

Quien era mi paz,
Dexadme llorar, etc.

No me pongais freno,
Ni queráis culpar,
Que lo uno es justo,
Lo otro por demas:
Si me queréis bien,
No me hagáis mal;
Harto peor fue
Morir y callar.
Dexadme llorar, etc.

Dulce madre mía,
Quien no llorará
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad.
Dexadme llorar, etc.

Váyase las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacían
Los míos velar.
Váyase, y no vean
Tanta soledad
Después que en mi lecho
Sobra la mitad.

Dexadme llorar,
Orillas del mar.

III.

Lloraba la niña,
Y tenia razon,
La prolixa ausencia
De su ingrato amor.
Dexóla tan niña,
Que apenas creyó
Que tenia los años
Que ha que la dexó.
Llorando la ausencia
Del galán traydor,
La halla la luna,
Y la dexa el sol:
Añadiendo siempre
Pasion á passion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor,
Llorad, corazon,
Que tenéis razon,
Dícele su madre,
Hija, por mi amor
Que se acabe el llanto,
O me acabe yo.
Ella le responde,
No podrá ser no,
Las cosas son muchas,

Los ojos son dos,
 Satisfagan, madre,
 Tanta sinrazon,
 Y lágrimas floren
 En esta ocasion,
 Tantas como dellos
 Un tiempo tiro
 Flechas amorosas
 El arquero dios.
 Ya no tanto, madre,
 Y sí tanto yo,
 Muy tristes endechas
 Mis canciones son.
 Porque el que se fué
 Con lo que llevó,
 Se dexó el silencio,
 Se llevó la voz.
 Llorad, corazón,
 Que tenéis razon.

IV.

Las flores del romero,
 Niña Isabel,
 Hoy son flores azules,
 Mañana serán miel.

Zelosa estás la niña
 Zelosa estás de aquel
 Dichoso pues lo buscas,
 Ciego, pues no te ve,

Ingrato, pues te enoja,
 Y confiado, pues
 No se disculpa hoy
 De lo que hizo ayer.
 Enxuguen esperanzas
 Lo que lloras por él,
 Que zelos entre amantes,
 Que se han querido bien,
 Hoy son flores azules,
 Mañana serán miel.

Aurora de ti misma,
 Que quando á amanecer
 A tu placer empiezas
 So eclipsa tu placer;
 Serenense tus ojos,
 Y mas perlas no des,
 Porque al sol le está mal
 Lo que á la aurora bien.
 Desata como nieblas
 Todo lo que no ves;
 Que sospechas de amantes,
 Y querellas despues,
 Hoy son flores azules
 Mañana serán miel.

V.

Vida del Muchacho.

Hermana Marica,
 Mañana que es fiesta,
 No irás tú á la miga,
 Ni yo iré á la escuela.
 Podráste el corpiño
 Y la saya buena,
 Cabezón labrado,
 Toca y albanega.
 Y á mi me pondrán
 Mi camisa nueva,
 Sayo de palmilla,
 Media de estameña.
 Y si hace bueno,
 Traeré la montera
 Que me dió la Pascua
 Mi señora abuela,
 Y el estadal roxo,
 Con lo que le cueles,
 Que truxo el vecino
 Quando fué á la feria.
 Irémos á missa,
 Verémos la Iglesia,
 Darémos un quarto
 Mi tia la ollera.
 Comprarémos del,

Que nadie lo sepa,
 Chochos y garbanzos
 Para la merienda.
 Y en la tardecita
 En nuestro plazuela
 Jugaré yo al toro,
 Y tú á las muñecas
 Con las dos hermanas
 Juana y Madalena,
 Y las dos primillas
 Marica y la tuerta.
 Y si quiere madre:
 Dar las castañetas,
 Podrás tanto de ello
 Bailar en la puerta,
 Y al son del adufe.
 Cantará Andreguela:
 No me aprovecháron,
 Mi madre las yerbas.
 Y yo de papel
 Haré una librea
 Teñida con moras,
 Porque bien parezca,
 Y una caperuza
 Con muchas almendras.
 Pondré por picacho
 Las dos plumas negras
 Del rabo del gallo
 Que aculé en la guerra.

Anaragramos
 Las carnestolendas :
 Y en la caña larga
 Pondré una bandera
 Con dos borlas blancas
 En sus tranzaderas.
 Y en mi caballito
 Pondré una cabeza
 De guadamecí,
 Dos hilos por riendas.
 Y entrare en la calle
 Haciendo corbetas,
 Yo y otros del barrio,
 Que son mas de treinta.
 Jugaremos cañas
 Junto á la plazuela,
 Porque Bartolilla
 Salga acá y nos vea :
 Bartola la hija
 De la panadera,
 La que suele darme
 Tortas con manteca ;
 Porque algunas veces
 Hacemos yo y ella
 Las bellaquerías
 Detras de la puerta.

VI.

¿ Arroyo, en que ha de parar,
 Tanto anhelar y subir,
 Tú por ser Guadalquivir,
 Guadalquivir por ser mar,
 Compañero, en acabar
 Sin caudales y sin nombres,
 Para exemplo de los hombres.

Hijo de una pobre fuente,
 Nieto de una dura peña,
 A dos pasos los desdena
 Tú mal nacida corriente :
 Si tu ambicion lo consiente,
 En que imaginas me di ?
 Mormura, y sea de ti,
 Pues que sabes mormurar :
 Arroyo en que ha de parar, etc.

¿ Que días tienes reposo,
 A que noche debes sueño ?
 Si corres tal vez risueño,
 Siempre caminas quejoso.
 Mucho tienes de furioso,
 Aunque no en el tirar cantos,
 Y así tropiezas en tantos,
 Cuando te quies levantar :
 Arroyo en que ha de parar, etc.

Sí tu corriente confiesm ,
 Sin intermision alguna ,
 Que la cabeza en la cuca ,
 Y el pie tienes en la huesa ;
 ;Que fatal desdicha es esa
 En solicitar tu daño ?
 Pésame que el desengaño
 La vida te ha de costar :
 Arroyo en que ha de pasar , etc.

VII.

Dineros son calidad ,
 Verdad ;
 Mas ama , quien mas suspira,
 Mentira.

Cruzados hacen cruzados,
 Escudos pintan escudos ,
 Y tahures muy dexados
 Condados ganan Condados.
 Ducados dexan Ducados ,
 Y coronas magestad ,
 Verdad.

Pensar que uno solo es dueño
 De puerta de muchas llaves ,
 Y afirmar , que penas graves
 Las pague un mirar risaño ,
 Y entender que no son suño
 Las promesas de Masfira ,
 Mentira.

Todo se vende este dia ,
 Todo el dinero lo iguala ,
 La corte vende su gala ,
 La guerra su valentia ,
 Hasta la sabiduria
 Vende la Universidad ,
 Verdad.
 Siendo como un algodón ,
 Nos jura que es como un hueso ,
 Y quiere probarnos eso
 Con que es su cuello almidon ,
 Goma su copete y son
 Sus vigotes alquitira ,
 Mentira.

Qualquiera que pleytos trata ,
 Aunque sean sin razon ,
 Dexe el río Marañon ,
 Y entree en el de la Plez ,
 Que hallará corriente grata ,
 Y puerto de claridad ,
 Verdad.

Siembra en una artesa herros
 La madre , y sus hijas todas
 Son perros de muchas bodas ,
 Y bodas de muchos perros ,
 Y sus yernos rompen hierros
 En la toma de Algecira ,
 Mentira.

VIII.

Manda amor en su fatiga,
Que se sienta, y no se diga,
Pero á mi mas me contenta
Que se diga, y no se sienta.

En la ley vieja de amor,
A tantas hojas se halla,
Que el que mas sufre y mas calla,
Ese libeará mejor.
Mas triste del amador,
Que muerto á enemigas manos
Lo hallaron los gusanos
Secretos en la barriga,
Manda amor en su fatiga, etc.

Muy bien se puede culpar
Por necio, qualquier que fuere
Que como hño sufiere,
Y como piedra callare.
Manda amor lo que mandare,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus leyes una higa,
Manda amor en su fatiga, etc.

Bien se que me han de sacar
En el auto con mordaza,
Quando amor sacate á plaza

Delinquentes por hablar.
Mas yo me pienso quejar
En sintiéndome agraviado,
Porque el mar viene alterado,
Quando el viento lo fatiga, etc.

Yo sé de algun joveneto
Que tiene muy entendido,
Que aguarda mas bien Cupido
Al que guardó su secreto:
Mas si murió el imperfecto
De amoroso corazón,
Morirá sin confesion
Por no culpar su enemiga.
Manda amor en su fatiga, etc.

IX.

Ande yo caliente,
Y ríase la gente.
Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantecillas y pan tierno,
Y las mananas de invierno,
Narajanda y aguardiente,
Y ríase la gente.

Coma en dorada vajilla
El Principe mil cuidados
Como pildoras doradas

Que yo en mi pobre mesilla
 Quiero mas una morcilla
 Que en el asador rebiente,
 Y riase la gente.

Quando cubra las montañas
 De plata y nieve el Enero,
 Tenga yo lleno el bratero
 De bellotas y castañas,
 Y quien las dulces patatas,
 Del Rey que rabió me cuente,
 Y riase la gente.

Busque moy en hora buena
 El mercader nuevos soles,
 Yo conchas y caracoles
 Entre la menuda arena,
 Escuchando a Filomena
 Sobre el cliopo de la fuente,
 Y riase la gente.

Pase á media noche el mar,
 Y arda en amorosa llama
 Leandro por ver su dama,
 Que yo mas quiero pasar
 De Yepes y Madrigal
 La regalada corriente,
 Y riase la gente.

Pura amor es tan cruel,
 Que de Piramo, y su amada

Hace tálamo una espada,
 Do se junten ella y él:
 Sea mi Tishé un pastel,
 Y la espada sea mi diecate,
 Y riase la gente.

X.

Da bienes fortuna,
 Que no están escritos
 Quando pitos flutas,
 Quando flutas pitos.

Quan diversas sendas
 Se suelen seguir,
 En el repartir
 Las horas y haciendas;
 A unos da encomiendas,
 A otros Sambenitos;
 Quando pitos, etc.

A veces despoja
 De choza y apero
 Al mayor cabrezo,
 Y á quien se le antoja,
 La cabra mas coxa
 Parió dos cabritos,
 Quando pitos, etc.

Porque en una aldea
 Un pobre mancebo

Hurtó un solo huevo,
Al sol hambones,
Y otro se pasea,
Con cien mil delitos
Quando pitos, etc.

XL

No me llame fea, calle,
Que la llamare vieja, madre.

Abra los ojos y vea,
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala,
Ni vieja que no lo sea;
La mejor moza es libre,
Y la vieja despreciada
Es como fiesta quiseda,
Que mandan que no se guarde,
No me llame fea, calle, etc.

La mujer mas celebrada
Si tiene el rostro arrugado,
Es qual vid que se ha secado,
Muy buena para quemada:
No viva tan confiada,
Sino tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto.
La vieja de mejor carne,
No me llame, etc.

En palacio la Princesa,
En la ciudad la señora,
En la aldea la pastora,
Y en la corte la Duquesa,
Madre, á ninguna le pesa
Que le digan que es perfecta
Que la mas noble y discreta
Se pierde porque la alaba:
No me llame fea, calle;
Que la llamare vieja, madre.

ROMANCES BURLESCOS.

Recibí vuestro billete,
Dama de los ojos negros,
Con mil donayres cerrado,
Y con mil ansias abierto;
Y en fe de los treinta escudos,
Que en vuestro renglon tercero
Vienen en un alma mia
Disimulados y enrueltos,
Os envío ese inventario
De las partidas que tengo,
Que es como si os enviara
Las del Infante Don Pedro.
Porque en materia de escudos
Solo tengo un paves viejo,
Y en moneda de reales
Yo soy de un lugar Realengo,

Y quanto á las alcabalas,
 Tengo un grande privilegio,
 Que como no hay que vender,
 Ni las pago ni las debo.
 De los navios de Indias
 Poderosos y soberbios
 Me viene la dulce nueva
 Como llegaron al puerto,
 Cúpome de particion
 De molinos de agua y viento,
 El molino de mis dientes
 Que no muele á todos tiempos.
 De dehesas y cortijos,
 Vinos, huertas, y majuelos,
 Me cupieran los caminos
 Y la ciudad de líderes.
 No se me quejan las fuentes,
 Ni los claros arroyuelos
 Que les enturbian cabezas
 Señaladas de mi hierro.
 En fin mis hatos se incluyen
 En los que ciñen mi cuerpo,
 Y en un agüesde de algun día
 Se rematan mis corderos.
 Solo el adorno de casa
 Es señora de momento,
 Porque en un momento es vista,
 Y se acaba en un momento.
 Tambien tengo alguna plata,

Por ser poca no la cuento,
 Que es una santa patria,
 Que heredé de mis abuelos;
 No tengo paños de corte;
 Mas no me faltan enteros,
 Porque ya tengo la corte,
 Solo el paño es el que espero.
 Tambien para mi salud,
 Que es la prenda que mas quiero,
 Hay muy gentiles gallinas
 En mi mozo y en su dueño.
 Al fin que, señora mía,
 Dicho por menos rodeos,
 Si yo tengo solo un quarto,
 Muera de quatro contrercho.
 Sin duda que se hallaron
 En mi triste nacimiento
 Las estrellas en ayunas
 Pues tal hombre en mi influyeron.
 Aguarde que otra vez nazca
 En mas venturoso agüero,
 Que por desauo mi madre
 Me puede parir de nuevo.

II

Asi Biselo cantaba
 En su rabel de tres cuerdas
 Aquel de la tapa blanca,
 Y de las costillas negras,

El que tiene por remate
Una burlada sirena,
Divisa contra engañosas
Que cantan y desesperan;
Como hizo aquella fácil
De cuya voz no se acuerda,
Porque amor que es ave y uirio,
Si no le regalán vueltas,

Digo pues que así cantaba
Con su triple de cornes,
Oyéndole guiso, esquinas,
Dos calles y una taberna:
Vamos horros en los gustos,
Aldéna, que rebientas
Por mostrarme que en tu lumbre
Mil corazones se queman.
A lo simple nos queramos,
Sea nuestra fe de cera,
Cada qual siga su autojo;
Pues que la gracia no es deuda.
Franca de celos te hago,
Porque los llamó mi abuela
Brujas que á las almas niñas
Les chupan la sangre nueva.
Y yo que soy bachiller
Por Alcázar de Cansuegra,
Los compuro á los erizos,
Que á quien los toma penetran.
No quiero que á nuestras vidas

Que son dos palomas dueñas
Las tienen esos pecados
Que la voluntad infernan.
Si te vas por la mañana,
Yo te aguardaré á la siesta,
Y si á la noche faltares,
Dormiré aunque no parezcas.
Si quieres tener visitas,
Sin miedo puedes tenerlas,
Y si á mi me convidaren,
Déxame ser Pero entrellas.
Ya no quiero que me digas,
Que un señor de cruz vermeja
Te promete montes de oro
Por galopar tu vega:
Ni tampoco que te tañen
Con caxas ni con trompetas,
A que seas capitana
De faldellín por banders.
Porque pienso que lo dices
Aplicando la conseja,
Para que ligeras anden
Mis pesadas faltriqueras.
Bien se me trasalte á mí
Que el arco de amor se flecha,
Por las poderosas manos
De su consejo de hacienda.
Vénus la diosa de Cipro
Ya es mstrona genovesa,

Guarismo sabe su niño,
 Multiplica, suma y resta.
 Ya el rapaz anda vestido,
 Las alas aforra en tela,
 Y el que esperanzas comiz,
 Pavos come, y tortas cens.
 A la discrecion le ha dicho
 Que compre y no diga perlas,
 Y á la gentileza pobre
 A pintura la condena.
 Su secretario es el dar,
 Un mozo que allana sierras,
 Robador de voluntades,
 Y cumplidor de promesas.
 Por esto, aldeana mia,
 Quiero yo seguir la seca,
 De aquellos cuyas entrinas
 Parecen carne, y son piedras.
 Si no merezo tus glorias,
 No me revista tus penas;
 Y si por dicha te agrado,
 Mas verdad y menos tretas.

III.

Triste pisa y afligido
 Las arenas de Pisuerga,
 El ausente de su dama,
 El desdichado Zulema.
 Mero alcyde y no bellido,

Amador con axaqueca,
 Arrocinado de cara,
 Y carigordo de piernas,
 No lleva por la marlota
 Bordada cifra, ni empresa
 En el campo de la adarga,
 Ni en la banderilla letra,
 Porque es el Moro idiota,
 Y no ha tenido poeta
 De los sastres de este tiempo,
 Cuyas plumas son tixeras.
 Los ojos tiene en el rio
 Cuyas ondas se lo llevan,
 Y envueltas entre las ondas
 Lleva sus lágrimas tierzas.
 Tanto llora el hi de puta,
 Que si el año de la seca
 Llorara en dos hazas mias,
 Acudiera á diez hanegas.
 Los espacios que no llora
 De memorias se alimenta,
 Porque le dan las memorias
 Lo que los ojos le niegan.
 Pienso se da de memorias
 Rumiando glorias y penas,
 Como rábanos mi mula,
 Y una mona berengenas.
 Contempla luego en Balaxa,
 La qual, mientras la contempla,

Ojas de imaginacion
 O se la traen ó la llevan.
 Y ella se está merendando
 Duraznitos en su huerta,
 Y tirándole los cuescos
 Al que tal país por ella.
 Ojos claros, cejas rubias
 Al vivo se le presentan,
 Lanzando rayos los ojos,
 Y flechas de amor las cejas.
 El moro contemplativo
 A los de su dama vueta,
 Como à los ojos del hubo
 Cercicalos de uñas prietas,
 ¡Ay bella Mora, le dice,
 No ménos dulce que bella!
 No estraguen tu condicion
 Las condiciones de susencia.
 ¡Ay Moro mas gemidor
 Que el exe de una carreta!
 Pues no soy tu Mora yo,
 No me quiebres la cabeza.
 Recibe allí este suspiro,
 Y este llanto desta tierra,
 Donde el Rey me ha desterrado,
 Y mis euidades me entierran.
 Llote alto, Moro amigo,
 Suspire recio y con fuerza,
 Que han de andar llanto y suspiro

Mas de noventa y seis leguas.
 En esto ya saltado
 De una juvenil vergüenza
 A lavar el tierno rostro
 De su caballo se apea.

IV.

Castillo de San Cervantes,
 Tú que estás junto à Toledo;
 Fundóte el Rey Don Alonso
 Sobre las aguas de Tejo.
 Robusto, sino galan,
 Mal fuerte, peor dispuesto,
 Pues que tienes mas parientes
 Que un hijo de racionero;
 Lampiño debes de ser
 Castillo, si no estoy ciego,
 Pues siendo de tantos años,
 Sin barba cana te veo.
 Contra ballestas de palo,
 Dicen, que fuiste de hierro,
 Y que anduviste muy hombre
 Con dos Morillos honderos.
 Tiempo fué, (papeles hablen)
 Que te respetaba el reyno
 Por juez de apelaciones,
 De mil católicos miedos:
 Ya menospreciado ocupas
 La aspereza de este cerro

Mohoso, como en Diciembre
 El lantón del viñadero.
 Las que ya fueron coronas
 Son alcandara de cuervos,
 Almenas, que como dientes
 Dicen la edad de los viejos.
 Quando mas mal de tí diga,
 Dexar de decir no puedo,
 Si no tienes fortaleza,
 Que tienes prudencia almenos.
 Tú que á la ciudad mil veces,
 Viendo los Moros de lejos,
 Sin ser espíritu santo,
 Hablaste en lenguas de fuego;
 Entre todas las mugeres
 Serás bendito, pues siendo
 En el miras atalaya,
 Eres piedra en el silencio.
 Mira, castillo de hien,
 Que hagas lo que te ruego,
 Aunque te he obligado poco
 Con dos docenas de versos.
 Quando la bella terrible,
 Hermosa como los cielos,
 Y por decillo mejor,
 Aspera como su pueblo;
 Alguna tarde saliere
 A desfrutar los almendros,
 Verdes primicias del año,

Y dulcísimo alimento;
 Si de las aguas del Tajo
 Hace á su beldad espejo,
 Ofrécele tus ruinas
 A su altivez por exemplo.
 Háblale mudo mil cosas,
 Que bien sabrás, pues saberas
 Que á palabras de edificios,
 Orejas los ojos fueron.
 Dirásle que con tus años
 Regule sus pensamientos,
 Que es verdugo de murallas,
 Y de bellezas el tiempo:
 Que no crean á las aguas
 Sus bellos ojos serenos
 Pues no la han lisongreado
 Quando la murmuran luego:
 Que no fie de los años
 Ni aun un mínimo cabello,
 Ni le perdone los sayos,
 A la ocasion, que es gran yerro:
 Que no se durcra entre flores,
 Que recordará del sueño
 Mordida del desengaño.
 Y del arrepentimiento;
 Y abrirá entonces la pobre
 Los ojos, (ya no tan bellos),
 Para haylar con su sombra,
 Pues no quiso con su cuerpo.

¡O que dixero de ti,
 Si tú le dixeses esto,
 Antigualla venerable,
 Si no quieres ser trofeo!
 Mi Musa te antepondrá,
 A San Angel y Santeimo,
 Aunque no quisiese Roma,
 Y Malta quisiese mentos.
 Que aunque te han desmantelado,
 Y no con tantos pertrechos,
 A tulliduras de grajos,
 Te defenderás mas presto.

V.

Dexad los libros ahora,
 Señor licenciado Ortiz,
 Y escuchad mis desventuras
 Que á fe que son para oír.
 Yo soy aquel gentilhombre,
 Digo aquel hombre gentil
 Que por su Dios adoró
 A un cieguzuelo ruin.
 Sacrifiqué mi gusto
 No una vez, sino cien mil,
 En las aras de una moza,
 Tal qual os la pinto aquí.
 El cabello es de un color,
 Que ni es quarto ni es florin,
 Y la revelada frentes

Ni arabache, ni marfil.
 La ceja entre parda y negra,
 Muy mas larga que sutil,
 Y los ojos mas compuestos
 Que son los de quivselquí:
 Entre cuyos belllos rayos
 Se describe la nariz,
 Terminando las dos rosas
 Francas señas de su Abzil.
 Cada labio colorado
 Es un precioso rubí,
 Y cada diente el aljófar
 Que el alba suele vertir.
 El aliento de su boca,
 Todo lo que no es pedir,
 Mal haya yo si no excede
 Al mas suave jazmin.
 Con su garganta y su pecho,
 No tiene que competir
 El nácar del mar del Sur,
 La plata del Potosí.
 La blanca y hermosa mano,
 Hermoso y blanco alguacil
 De libertad y de boiss,
 Es de nieve y de neblí
 Lo demás. Etrado amigo,
 Que yo os pudiera decir,
 Por mi fe que me ha rogado
 Que lo calle el faldellín:

Aunque por bráxula quiero,
 Si estamos solos aquí,
 Como á la sota de bastos
 Descubriros el hotin.
 Cinco puntas calza estrechas
 Este señor hasta al fin;
 Si hay serafines trigueros,
 La moza es un serafín.
 Pudo conmigo el color,
 Porque una vez que la vi
 Entre mas de cien mil blancas,
 Ella fué el maravedí
 Y porque no sin razón
 El discreto en el jardín
 Cogió la negra violeta,
 Y dexa el blanco alhelí.
 Dos años fué mi cuidado,
 Lo que llaman por allí,
 Los jacarandos respeto,
 Los modernos tabeli.
 En cuyos alegres años
 Desde el ave al perejil,
 Por esta negra odisea
 La bucólica le di.
 Sus piezas en el invierno
 Visitó flamenco tapiz,
 Y en el verano sus piezas
 Andalúz guadamaci;
 Hoy desechaba lo blanco,

Mañana lo carmesi,
 Hasta que en la peña pobre
 Quedó ermitaño Amadis.
 Preguntadlo á mí vestido,
 Que riéndose de mí
 Si no habla por la boca,
 Habla por el bocaci.
 Ya iba quedándome en cueros
 A la lumbre de un candil,
 Casi pasando el estrecho,
 De no tener y pedir;
 Quando Dios en hora buena,
 Me fué forzado el partir
 A la ciudad de la corte,
 A la villa de Madrid.
 Comenzó á mentir congojas,
 A suspirar y gemir
 Mas que viuda en el sermón
 De su padre fray Martin.
 Dixo que acero sería,
 En esperar y sufrir:
 Fué despues cera, y si acero,
 Ella se tomó de orin.
 Ternísima me pidió,
 Que ya que quedaba así
 La ovejuela sin pastor,
 No la dexé sin mastin.
 Y así le dexé un mulato
 Por espía y adalid,

Que á mí me esperó en saliendo
 Y se lo vino á decir.
 Dexéla én su antiguo lustre,
 Y luego que me partí
 Echó la carnaza afuera :
 ¡O Maldito barcegui!
 Pásome el cuerno un traydor
 Mercadante corchapín,
 Que tiene bolsa en Oran
 E ingenio en Mazalquivir.
 Rico es y mizacote
 De los mas lindos que vi,
 Precioso pero pesado,
 Como palo de Brasil.
 ¡O interes, y como eres,
 O por fuerza ó por ardid,
 Para los diamantes sangre,
 Para los bronces huril!
 Dáme Dios tiempo, en que pueda
 Tus proezas escribir,
 Y quitemelo en buena hora,
 Para los hechos del Cid
 Y vos tronco, á quien ahrazza
 La mas luxuriosa vid,
 Que este lagrimoso valle
 Ha sabido producir;
 Vivid en sabrosos nudos,
 En dulces trepas vivid,
 Siempre juntos á pesar
 De algun loco paladin.

VI.

VI.

Labrando estaba Artemisa
 Aquel famoso sepulcro
 Que fué milagro de Grecia,
 Y maravilla del mundo.
 Llorando la noche y dia
 El malogrado difunto,
 Sus impertinentes ojos
 Parecen arroyos turbios.
 Consolábala una dama
 Mas elegante que julio,
 Boquirrancida de labios,
 Nazia corva, y rostro enxuto.
 Dexa ese llanto, le dice,
 Porque ya está puesto en uso
 Que no llegue el sentimiento
 Mas que á cumplir con el vulgo.
 Si el estado que te queda
 Supieses bien, yo presume
 Que estarias mas contenta,
 Que con su renta el gran turco.
 Si es muerte la esclavitud,
 Y la libertad bien sumo,
 Si quedas libre, hoy comienzas
 A tener vida de gusto.
 Compañia de varon
 Ni la aprecio ni la culpa,
 Que voluntaria es suave,
 Tomo III,

35

Y pesada si es con yugo.
 Bien parece un hombre en casa,
 Pero si continuo es uno
 Es muerte cruel, y mas
 Si acierta á ser calvo ó zurdo.
 El primer mes de marido
 Puede sufrirse á lo sumo,
 Y es suma felicidad
 Quando se ensiuda al segundo.
 El mas afable es zeloso,
 El mas discreto importuno,
 Si es mozo, es desperdiciado,
 Y avariento si es caduco.
 El estado de casada
 Solo ha de servir de punto,
 O escala para subir
 Al de vida mas seguro.
 Ser de una cama y de un lecho
 La muger dueño absoluto,
 Dicen algunos Doctores,
 Que engorda y alegra melio.
 ¡Comer siempre de un manjar,
 A quien no causa disgusto,
 Y mas quando acierta á ser
 Algo desahrido ó sucio?
 Un marido es vaca eterna;
 Mejor es hoy que á tu gusto
 Des un sazonado pavo,
 Mañana un lego besugo,

Si te da pena este trage,
 A que te obliga el difunto,
 Viste el tronco de colores
 Y la corteza de luto.
 Con esto cumplió Artemisa
 Su pensamiento confuso,
 Medio arrepentida ya
 De haber labrado el sepulcro.

VII.

¡Que necio que era yo antaño!
 Aunque ogaño soy un bobo:
 Mucho puede la razon,
 Y el tiempo no puede poco:
 A fe que digo muy bien,
 Quien dixo que eran de corcho
 Cascos de caballo viejo,
 Y cascos de galan mozo,
 Serri al amor quatro años,
 Que sirviera mejor ocho
 En las galeras de un turco,
 O en las mazmorras de un Moro.
 Lisonjas majaba y zelos,
 Que ex el espanto de todos
 Los majaderos cautivos,
 Que se venca de unos ojos.
 De esta dura esclavitud,
 (Hace un año por Agosto)
 Me redimió la merced.

De un taldudillo dichoso.
 A este mal debo los hienes
 Que en dulce libertad gozo,
 Y vame tanto mejor,
 Quanto va de cuerdo á loco.
 Heme subido á Tarpeya
 A ver qual se quemaa otros
 En tan vergonzosas llamas
 Que su honor volversá en polvo;
 Y he de ser tan inhumano,
 Que á quien otra vez piadoso
 Ayudara con un geito,
 Acudiré con un soplo.
 Háganse tontos cenizas,
 Que con cenizas de tontos
 Discretos cueelan sus paños
 Manchados, pero no rotos.
 Quince meses ha que duermo,
 Porque ha tantos que reposo
 Sobre piedras como piedra,
 Sobre plumas como plomo.
 No rompen mi sueño zelos,
 Ni pesadumbres mi ocio,
 Ni serenos mi salud,
 Ni mi hacienda mal cohro.
 Tengo amigos los que bastan
 Para andarme siempre solo,
 Y vame tanto mejor
 Quanto va de cuerdo á loco.

Con doblados libros hago
 Los dias de Mayo cortos,
 Las noches de Enero breves,
 Por lo lascio y por lo tosco.
 A devocion de un ausente,
 A quien ausente y devoto
 Con tiernos ojos escribo,
 Y con dulce pluma liero;
 Discreciones leo á ratos,
 Y necedades respondo
 A tres ninfas que en el Taja
 Dan al ayre trenzas de oro,
 Y á la que ya vió Pisuerga,
 La sijaba pendiente al hombro,
 Seguir la casta Diana,
 Y eclipsar su hermano roxo.
 En mi aposento otras vezes
 Una guitarrilla tomo,
 Que como barbero tempo,
 Y como házharo toco.
 Con esto eogaño las horas
 De los dias perrezosos,
 Y vame tanto mejor,
 Quanto va de cuerdo á loco.
 Pagela al tiempo dos deudas
 Que tenia tras de un torrio,
 Mas ya ha dias que á la Iglesia
 Del desengaño me acojo,
 En cuyo lugar sagrado

Me ha comunicado Astolfo
 Todo el licor de su vidrio,
 Y la razon sus antojos.
 Con que veo á la fortuna
 De la fábrica de un trono
 Levantar un cadahalso
 Para la estatua de un monstruo.
 Y por las calles del mundo
 Arrastrar colas de potros,
 A quien de carro triunfal
 Se aped en el capitolio.
 Veo pasar como humo
 Afirmado el tiempo cojo
 Sobre un cetro imperial
 Y sobre un cayado corvo.
 Despues que me conocí
 Estas verdades conozco,
 Y vanse tanto mejor,
 Quanto va de cuerdo á loco.

 NOTICIAS DE DON LUIS DE GÓNGORA.

Nació en Córdoba á 22 de Junio de 1561. Pasó á la Universidad de Salamanca á estudiar Derecho en edad de quince años. Parece que allí compuso la mayor parte de sus Poesías amatorias, Romanos y Letrillas satíricas, y que esta ocupacion agradable le distrajo de los estudios que habian de proporcionarle una colocacion correspondiente á su clase, que era distinguida. A los quarenta y cinco años de su edad se hizo eclesiástico, y

obtuvo una racion en la Catedral de Córdoba, y por el favor del Duque de Lerma, y del Marqués de Siete Iglesias fué nombrado Capellan de honor del Rey Felipe III. Vino con este motivo á la Corte; pero su edad ya avanzada no le dexó adelantar en el favor que habia sabido granjearse. Una enfermedad que le atacó en la cabeza y le privó de la memoria, le obligó á volver á Córdoba, donde agravándose el mal falleció á poco tiempo despues de su llegada, en 24 de Mayo de 1627.

Fin del Tomo Tercero.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
 NOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

DE LOS POETAS

Cuyas composiciones escogidas se contienen en este Tomo tercero.

<i>Lope de Vega</i>	p. 3
<i>D. Juan de Jauregui</i>	181
<i>D. Luis de Góngora</i>	337

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AM
NAM
S

II AB... EV
C... NERA... TEC